Fray Mocho
REVISTA SEMANAL





"RETRATO DE NIÑA"
Por Giov. Batt. Greuze

N.° 820

10.1.1928.

AVENTURAS DE PIPIRI























FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII — Buenos Aires, enero 10 de 1928 — N°. 820

Páginas de la vida, por Rojas



—El ex rey Fernando de Bulgaria viene a la Argentina a estudiar Zoología, Botánica y Piscicultura.

—¿Y qué quiere decir eso de piscicultura?

—Que viene a ver si pesca algo.

—Todos los elementos políticos contrarios a Primo de Rivera se han puesto de acuerdo para hacerle una oposición vigorosa. Actuarán bajo la dirección de Sánchez Guerra.

—España sale de una para meterse en otra. Salió de la guerra de Marruecos y ahora se tiene que preparar para entrar en la guerra de Sánchez.



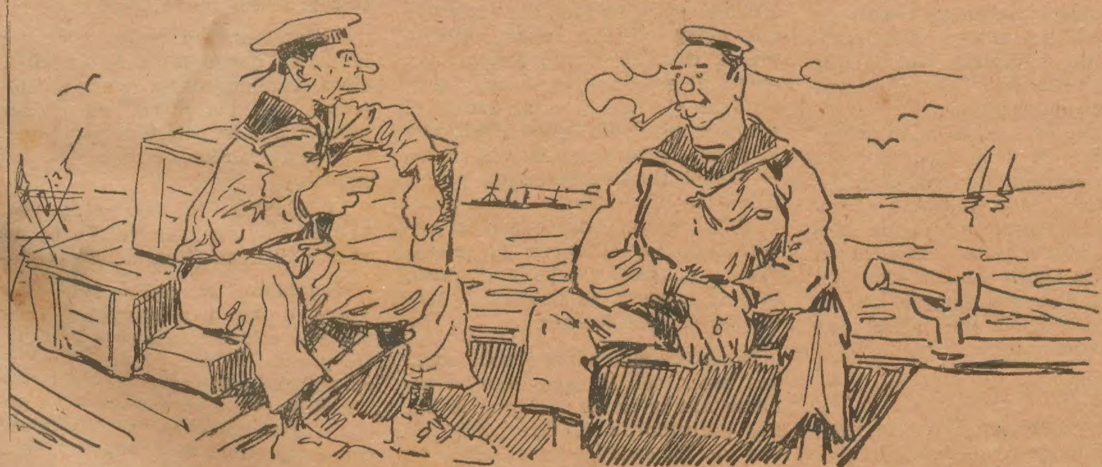
—¿No decías que año nuevo vida nueva?

—Y lo sostengo

—Pues te veo echado como en el año 1927.

—Es que el año pasado me echaba del lado izquierdo y en este que empezamos lo hago del derecho.





—El gobierno español anuncia que invitará a los países iberoamericanos a designar las respectivas reinas de belleza para que concurran a la exposición de Sevilla. Todas esas hermosas mujeres viajarán en un barco de guerra.

—Yo no iría en ese barco porque seguramente arderá la Santa Bárbara.

—Mr. Arthur Sterry jefe del museo de Historia Natural de Nashville ha manifestado que el dinosaurio, animal que existió hace diez millones de años, a pesar de medir veinticinco metros desde la cola a la cabeza, tenía el cerebro tan chico como un dedo pulgar.

—Pues sepa usted que muchos diputados, que se sientan en nuestra Cámara, ni siquiera tienen ese dedo.

¿VIVA O MUERTA?

Por Rabindranath Tagore

Kadambini, la viuda de la casa de Saradasandakar, el zemindar — propietaria de tierras — de Ranihat, no tenía parientes por parte de padre. Uno tras otro, todos se le habían ido muriendo. En la familia de su marido tampoco había nadie a quien pudiera llamar verdadaderamente suyo, pues no había tenido hijos. Su único amor era el hijo de su cuñado Saradasandakar, a quien había criado, porque la madre estuvo enferma mucho tiempo, después de haberle dado a luz.

Cuando una mujer hace las veces de madre con un hijo de otra, su amor es muy fuerte porque no tiene derecho sobre él, quiero decir, ningún derecho de parentesco, sino sencillamente el del amor; y el amor no puede probar con documentos su derecho ante la sociedad, ni tampoco desea probarlo, conformandose solo con adorar con doble pasión el tesoro inseguro de su vida.

Así, pues, todo el amor imposible de la viuda se concentró en la criatura. Una noche de Sraban, Kadambini murió repentinamente. Su corazón, quien sabe por qué, dejó de palpitar. El mundo siguió su marcha en todas partes. Sólo en aquel tierno pechito, que sufría de amor, el reloj del tiempo se detuvo para siempre. Para que la policía no viniese a molestar, cuatro de los criados bramines del zemindar se llevaron, sin ceremonia alguna, el cadáver para quemarlo. El lugar donde se quemaban los muertos en Ranihat, estaba muy lejos del pueblo. Había en él una choza junto al estanque, una enorme higuera, y nada más. Antiguamente, un río, seco ahora del todo, pasaba por allí, y una parte de su cauce había sido cavada como estanque, para el cumplimiento de los ritos funerarios. La gente creía que el estanque era parte del río, y le tenía gran reverencia. Los cuatro hombres entraron el cuerpo en la choza y se sentaron a esperar que trajeran la leña. Como tardaban tanto, dos de ellos, Nitai y Gurucharan, se cansaron y se fueron a ver por qué no la traían. Bidhu y Banamali se quedaron velando el cuerpo. La noche de Sraban estaba obscura, y pesadas nubes pendían del cielo sin estrellas. Los dos hombres, sentados en la sombra, callaban. De nada les sirvieron los fósforos ni la lámpara. Los fósforos húmedos, no ardían a pesar de todos sus esfuerzos, y la lámpara se había apagado. Después de un largo silencio, uno de ellos dijo: "Hermano, mejor sería ir por un poco de tabaco, que se nos olvidó con la prisa".

Contestó el otro: "Yo iré en una carrera y traeré todo el que haga falta".

Comprendiendo por qué Banamali quería irse — se supone que el lugar de la cremación está frecuentado por espectros — Bidhu dijo: "Sí, claro está, y mientras, me quedaré yo aquí, solito".

Callaron de nuevo. Cada minuto les parecía un siglo. Maldecían, en su pensamiento, a los dos que se habían ido por la leña, que estarían seguramente sentados en algún sitio agradable, charlando. Sólo se oía en el silencio el incesante rumor de las ranas y de los grillos del estanque. De pronto creyeron que la cama de la muerta se sacudía levemente, como si el cadáver se hubiese revuelto. Bidhu y Banamali murmuraron temblando: "Ram, Ram". Entonces se oyó un hondo suspiro, y los vigilantes salieron huyendo despavoridos hacia la aldea. Habría corrido cosa de una legua, cuando encontraron a sus compañeros, que volvían con un farol. Lo que habían hecho era fumar y no sabían una palabra de la leña. Sin embargo, aseguraron que ya habían derribado un árbol y que encuanto lo destrozaran traerían la leña. Bidhu y Banamali les contaron lo ocurrido en la choza, pero Nitai y Gurucharan se burlaron de ellos y los colmaron de insultos por haber abandonado así su deber. Los cuatro volvieron de prisa a la choza. Desde la puerta vieron que no estaba allí el cadáver. Sólo la cama vacía. Los cuatro se quedaron mirándose. ¿Se lo habría llevado un chacal? Pero por ninguna parte quedaba un vestigio de ropa. Salieron y en el fango de la puerta de la choza vieron que había recientes huellas diminutas de unos pies de mujer. Como Saradasandakar no era tonto y no creería pobrablemente en un cuento de aparecidos, los cuatro decidieron, después de discutirlo mucho, que lo mejor sería decir que el cuerpo había sido quemado.

Al amanecer, cuando los hombres que traían la leña llegaron, los otros les dijeron que como tardaban tanto, habían quemado el cadáver sin esperar más; que después de tanta busca, encontraron leña por la choza. No era fácil que los otros dudaran, porque un cadáver no es objeto tan valioso que quiera nadie robarlo.

II

No hay quien ignore que la vida, a veces, aunque no dé señal de ello, está secretamente presente, y que puede volver a un cuerpo muerto en apariencia. Kadambini no había muerto. No fué más sino que la máquina de su cuerpo se había parado de pronto, sin saber por qué.

Cuando volvió en sí, una espesa obscuridad la rodeaba. Pensó que no estaba acostada donde siempre. Llamaba: "¡Hermana!", pero nadie le respondía en la sombra. Al incorporarse, recordó, pasmada de espanto, su cama mortuoria, el dolor súbito de su pecho, aquel comienzo de ahogo. Su cuñada, la mayor, estaba calentando leche para el niño. De pronto, ella se sintió desfallecer y cayó sobre la cama, diciendo con voz ahogada: "Hermana, no sé lo qué tengo. Tráeme el niño". Después todo se hizo negro, como cuando se nos vuelca el tintero sobre el libro, en el colegio. Su conciencia, su memoria, todas las letras del libro del mundo, se hicieron en un momento uniformes. No podía recordar si el niño, con dulce voz de amor, la llamó "Tita" por última vez o no; si, al dejar el mundo familiar, para el infinito viaje desconocido de la muerte, había recibido el regalo de una apasionada despedida, ese óbolo que da el amor para la tierra silenciosa. Al principio, tal vez creyó que aquel obscuro lugar solitario era la casa de Yama, donde nada se ve, ni se oye, ni se hace, y todo es vela eterna. Pero al sentir el frío viento húmedo que entraba por la puerta y el croar de las ranas, recordó lúcidamente, en un punto, todas las lluvias de su corta vida, y sintió su parentesco con la tierra. Centelleó entonces un relámpago y apareció a su luz el estanque, la higuera, la llanura inmensa, los árboles lejanos.

Recordaba que había venido algunas veces, con la luna llena, a bañarse allí, y lo terrible que le había parecido la muerte, una vez que vió un cadáver en el lugar de la cremación. Lo primero que se le ocurrió fué volver a su casa, pero pensó al punto: "¿Cómo puedo volver, si estoy muerta? Atraería sobre todos la desgracia. Yo he abandonado el reino de la vida y no soy más que mi propio fantasma. Si no, ¿cómo podía haberme salido del bien guardado zenana — habitaciones reservadas a las mujeres, — de Saradasandakar, haber venido a este lugar distante de la cremación, a media noche? Y además, si mis ritos funerarios no se hubiesen ya consumado, ¿dónde están los hombres que había de quemarme?" Al recordar el momento de su muerte, en la casa alegre de Saradasandakar, ¡se sentía tan sola en aquel sitio de los muertos, lejano, desierto y obscuro! Seguramente ella no pertenecía ya al mundo de los vivos. Ahora era un ser de espanto, de mal augurio, su propio espectro.

Pensando así, todas las ataduras que la ligaban al mundo saltaron. Sintió que tenía fuerza maravillosa, libertad infinita, que podía hacer lo que quería, ir donde quisiera. Enloquecida por esta sugestión, salió de la choza como una racha de de viento y se detuvo en el lugar de la cremación. No le quedaba rastro de timidez ni de temor.

Pero a medida que iba andando, andando, sus pies se le cansaban, se le rendía todo el cuerpo. Ante ella estaba el llano inmenso. Aquí y allá se hundía en el agua hasta la rodilla por los arrozales.

A la primera luz del alba, oyó piar unos pajarillos en los bambúes, junto a las casas aun lejanas. Un gran terror se apoderó de ella. No podía adivinar qué nueva relación sería la suya con la tierra y con los vivos. Mientras estuvo en la llanura y en el campo de los muertos, envuelta en la obscura noche de Sraban, no había sentido miedo alguno, libre ciudadana de su propio reino. Pero ahora, en el día, las casas de los hombres le atemorizaban.

Hombres y fantasmas se temen mutuamente, porque sus tribus habitan distintas orillas del río de la muerte.

III

Sus ropas estaban apegotadas de barro. Su nocturno caminar, entre pensamientos extraviados, le había dado aspecto de loca. Realmente, su aparición era para amedrentar a cualquiera, y los niños pudieron apedrearla o huir de ellas espantados. Por fortuna, quien primero la vió fué un caminante, el cual se le acercó y le dijo: "Madre, pareces mujer decente. ¿Adónde vas sola y de ese modo?"

Kadambini, sin poder fijar sus ideas, se quedó mirando en silencio al caminante. No le era posible pensar que pertenecía aún a este mundo, que pareciese mujer decente, que un caminante le hiciera preguntas.

El hombre le dijo otra vez: "Vente conmigo, madre. Yo te llevaré a tu casa. Dime dónde vives".

Kadambini se quedó pensativa. Volver a casa de su suegro, era absurdo, y ella no tenía casa paterna. De pronto, se acordó de Jogmaya, su amiga de la infancia. No la había visto desde su adolescencia, pero habían seguido escribiéndose con riñas, como es de suponer, porque Jogmaya no tenía límites, mientras que su amiga se quejaba de no ser bien correspondida. Y las dos estaban seguras de que si alguna vez volvían a encontrarse en la vida, serían inseparables.

DESPEDIDA

Amanecer de abril!... El claro día
con una languidez voluptuosa
tus trenzas enjoyó de pedrería;
y en la ventana, toda ruborosa,

entre el rosal que alegre florecía,
era tu faz como botón de rosa
que al soplo de las brisas se entreabría
para hacer mi ilusión más luminosa...

Lloraba el mar en el palmar cercano;
y al desligar mi mano de tu mano,
para romper el lazo que nos ata,

la última estrella, en el azul del cielo,
rodó como una lágrima de plata
por el celeste adiós de tu pañuelo!...

Francisco VILLAESPESA

Dijo, pues, al caminante: "Quiero ir a casa de Sripato, en Nisindapur".

El iba a Calcuta, y Nisindapur, aunque algo desviado, le quedaba en camino; llevó a Kadambini a casa de Sripati, y las dos amigas se volvieron a ver. Al principio no se reconocían, pero a poco, cada una fué recordando las facciones de la otra.

"¡Qué alegría!" — dijo Jogmaya. — "¡Creí que nunca había de volverte a ver! ¿Pero cómo ha sido esto, hermana? ¿Cómo te ha dado permiso la familia de tu suegro?"

Kadambini permaneció callada. Luejo dijo: "Hermana, no me preguntes por mi suegro. Dame el peor rincón de tu casa, y trátame como a una criada, que yo haré tu trabajo".

"¿Pero qué estás diciendo?" — exclamó Jogmaya. — "¿Tú mi criada, tú, que eres mi mejor amiga... mi... mi?...." Y así, sucesivamente.

Entonces entró Sripati. Kadambini se quedó mirándolo fijamente un rato, y luego salió despacio. Ni se cubrió la cabeza, ni mostró la menos modestia, ni el más ligero respeto. Jogmaya, temiendo que Sripati no acogiera bien a su amiga, comenzó a hacerle una relación complicada; pero Sripati, que generalmente asentía a cualquier cosa que dijera Jogmaya, cortó en seco el cuento, dejándola llena de incertidumbre.

Kadambini se quedó allí, pero no podía identificarse con su amiga, porque la muerte las separaba. Mientras su existencia le fuese dudosa y perdurase su conocimiento, ella no podía sentir intimidad con los demás. Miraba a Jogmaya y se quedaba murmurando pensamientos: "Ella tiene marido y ocupaciones y vive en un mundo lejano del mío. Ella comparte cariño y deberes con los de este mundo, y yo soy una vana sombra. Ella es de la tierra, y yo de la eternidad".

Jogmaya estaba también inquieta, sin explicarse la razón. La mujer ama poco el misterio, porque, aunque lo incierto puede trasmutarse en poesía, en heroísmo, en saber, no se puede aprovechar para los deberes caseros. Así, cuando una mujer no comprende una cosa, la destruye, la olvida o la hace apta para su servicio propio; y si no logra confinarla en ninguna de estas formas, le toma odio. Mientras más abstraída estaba Kadambini, más irritada se ponía Jogmaya con ella, preguntándose qué preocupación pesaría sobre aquel entendimiento.

Después surgió otro conflicto: Kadambini se asustaba de sí misma y no podía huir. Los que tienen miedo de fantasmas, temen a lo que pueda estar detrás de ellos y en lugares en donde no se ve; pero el terror más grande de Kadambini está dentro de ella mismo. A media noche, sola en su cuarto, gritaba: en la velada, si veía su sombra a la luz de una lámpara, todo su ser se estremecía. Su miedo llenó de miedo a todos los de la casa.

Los criados y Jogmaya misma comenzaron a ver sombras.

Una madrugada, Kadambini salió llorando de su dormitorio y gimió a la puerta de Jogmaya que le abrieran: "¡Hermana, hermana!"— decía — "déjame que me acueste a tus pies! ¡No me hagas dormir sola!"

La indignación de Jogmaya fué tan grande como su miedo. De buena gana hubiera echado de su casa a Kadambini en aquel mismo instante; pero el buenazo de Sripati consiguió a duras penas tranquilizar a su huéspeda, y la puso en la habitación de al lado.

Al otro día, Sripati fué llamado inesperadamente a las habitaciones de su mujer. Jogmaya le riñó: "¿Y te llamas hombres? De modo que una mujer se escapa de casa de su suegro, se te mete en la tuya, se pasa un mes en ella y no se te ocurre decirle la menor indirecta para que se vaya, ni se te oye la menor protesta... Haz el favor de explicarme qué significa esto. Todos los hombres son iguales!".

Una carta podía no dar resultado satisfactorio; de modo que resolvió ir él mismo a Ranihat y obrar con arreglo a lo que sucediera.

Así, pues, Sripati se fué. Jogmaya, por su parte, dijo a Kadambini: "Amiga mía, no me parece que sigas aquí más tiempo. ¿Qué diría la gente?

Kadambini, muy seria, miró con fijeza a Jogmaya, y le dijo: "¿Y qué tengo yo que ver con la gente?"

Jogmaya se quedó pasmada. Luego respondió con acritud: "¡Si tú no tienes nada que ver con la gente, nosotros sí tenemos que ver! ¿Cómo quieres que expliquemos el secuestro de una mujer de otra casa?"

Dijo Kadambini: "¿Y dónde está la casa de mi suegro?"

"¡Maldito sea!" — penesó Jogmaya — "¿qué irá a decir esta desgraciada?"

Lentamente, Kadambini fué hablando: "¿Qué tengo yo que ver con vosotros? ¿Soy acaso de esta tierra? Vosotros reís, lloráis, amáis, tomáis cada uno lo vuestro y os aferráis a ello; yo, sólo miro. Vosotros sois humanos; yo, una sombra. ¡No puedo comprender por qué me retiene Dios en este mundo vuestro!"

Eran tan extrañas sus miradas y sus palabras, que Jogmaya comprendió algo de lo que quería decir, aunque no todo. Y viendo que no era posible despedirla ni preguntarle más, se fué de allí, preocupada con sus pensamientos.

EL LAGO

Jardines del otoño, sonámbulos jardines!
en que el alma se pierde por las rutas desiertas...
Bórranse con la bruma sus lejanos confines
y florece el recuerdo entre las hojas muertas!

La soledad suspira en lo alto de la torre.
Con su paso de seda eternamente suave,
el angel del silencio la avenida recorre;
y el crepúsculo llega como el vuelo de un ave,

¡Quietud inverosímil y dolor sin recurso!...
La inquieta juventud de momento envejece,
y la vida anhelante que detiene su curso,
como un lago en la noche, se ahonda y resplandece.

Fernán Félix de AMADOR

La mayor parte de los hombres profesan un cariño tan poco razonable a sus mujeres, que con él dan motivo a que se les quite la razón. Aun cuando Sripate estaba dispuesto a tocar el cuerpo de Jogmaya y a jurar que sus buenos pensamientos hacia la desesperada y hermosa Kadambini no excedían un punto de lo debido, le era imposible probarlo con su comportamiento. El pensaba que la familia del suegro de Kadambini debía haber tratado mal a la infeliz viuda, y que ella no la pudo soportar más y se vió obligada a refugiarse en casa de su amiga. No teniendo ella padre ni madre, ¿cómo había él de desampararla? Y diciendo esto a su mujer procuró desentenderse del asunto, pues no era su intención angustiar a Kadambini con preguntas desagradables.

Su mujer entonces intentó otros medios de ataque contra su calmoso marido, hasta que éste comprendió que su amor a la paz le imponía avisar al suegro de Kadambini.

IV

Serían las diez de la noche cuando Sripati volvió de Ranihat. La lluvia torrencial inundaba la tierra. Parecía que ya nunca dejaría de llover, que no terminaría más la noche.

Jogmaya le preguntó: :"¿Qué hay?"

"Voy ahora mismo. Tengo mucho que contar".Diciendo esto, Sripati se mudó de ropa y se sentó a comer.

Luego se echó a fumar un poco. Todo era duda en su pensamiento.

Su mujer contuvo un buen rato su curiosidad; pero, al fin, se fué al diván de él y le preguntó: "¿Qué te han dicho?"

"Que estás completamente equivocada".

Jogmaya se picó. Una mujer no se equivoca, y si se equivoca, el hombre sensato no debe darse por entendido. Más le vale echar la equivocación sobre sus propios hombros. Saltó Jogmaya: "¿Y puede saberse en qué?"

Sripati respondió: "Esta mujer que tienes en tu casa no es Kadambini".

Oí oir esto, Jogmaya se sintió muy fastidiada, especialmente porque su marido era el que lo decía. "¿De modo que no conozco yo a mi amiga? ¡Tendré que preguntártelo a ti! ¡Cuidado que eres listo!

Sripati dijo que no era necesario discutir ahora su viveza, y que podía probar lo dicho porque era indudable que Kabamdini había muerto. Jogmaya contestó:: "Estoy segura de que has metido la pata. ¿A que has ido a otra casa a preguntar? O no te habrás enterado de lo que te han dicho... ¿Quién te mandaría a ti ir? Escribe, y así se aclarará todo".

Sripati se resintió mucho de la desconfianza de su mujer sobre su habilidad ejecutiva, y fué sacando a relucir, sin resultado alguno, toda clase de pruebas. Era media noche y aun estaban discutiendo. Ya habían llegado los dos a un acuerdo en lo de despedir a Kadambini; pero Sripati creía que su huéspeda había estado engañando todo el tiempo a su mujer con su pretendida amistad, y Jogmaya que era una prostituta; y ninguno quería darse por vencido. Sus voces se fueron haciendo recias, olvidados de que Kabamdini dormía junto.

El decía: "No seas así, mujer; te digo que lo oí con mis propios oídos". Y ella contestaba furiosa: "¿Y qué me importa a mí eso? ¿Acaso no tengo yo ojos?"

Entonces la puerta se abrió de pronto, y una racha de viento húmedo apagó la lámpara. Tras él se entró la sombra y llenó toda la casa. Kadambini estaba allí. Sería la una, y la lluvia rebotaba afuera.

Kadambini dijo: "Amiga, yo soy Kadambini, pero estoy muerta".

Jogmaya dió un grito de espanto, y Sripati se quedó sin habla.

"Pero aparte de estar muerta", siguió Kadanmbini, "no te he hecho mal alguno. No me quieren los vivos, ni los muertos. ¡Ay! ¿Adónde iré?" Y llorando, como para despertar al Creador dormido en la negra lluvia de la noche, repitió: "¡Ay! ¿Adónde iré?"

Diciendo esto, Kadambini dejó a su amiga desmayada en la casa obscura, y salió al mundo.

V

Es difícil saber cómo Kadambini llegó a Ranihat. Al principio no se presentó nadie, y pasó todo el día en un templo ruinoso, desfallecida de hambre. La tarde de

HISTORIA DE UN BURRO SABIO

Un individuo que se vió abandonado en el desierto lloraba diciendo:

—¿Quién hay en este desierto más desgraciado que yo?

Y le contestó un burro de carga:

—¡Insensato! ¿Cuánto tiempo te quejarás tontamente de tu suerte? Da gracias a Dios por no ser un burro sobre el cual se cabalga, en vez de quejarte por no disponer de un burro que te pueda llevar a un poblado.

SAADI

su hora, negra como la pez.

Cuando todos, apretándose en las casas, esperaban medrosos la tempestad inminente, salió Kadambini. Al llegar a la casa de su suegro, se le saltaba el corazón; se echó un velo espeso por la cara y entró.

Creyéndola una criada, los porteros la dejaron pasar. La lluvia caía a torrentes, y aullaba el viento.

La mujer de Saradasandakar estaba jugando a lascartas con su hermana viuda. En la cocina había una criada, y el niño, enfermo, dormía en la alcoba. Kadambini, procurando no ser vista, entró en el cuarto del niño. Ella misma no sabía a qué había vuelto a casa de su suegro. Sentía sólo un afán inmenso de ver otra vez al niño.

En la alcoba encendida vió al niño, que dormía apretando los puñitos, afilando el cuerpo por la calentura. Mirándolo, su corazón se puso seco y sediento. ¡Si pudiera estrechar el cuerecito doliente contra su pecho! Pensó en seguida: "Yo no existo, y nadie me vería. Esa madre no piensa más que en la gente, en la charla y en las cartas. Cuando yo estaba con el niño, ella, libre, no se preocupaba de él en absoluto. ¿Quién lo cuidará ahora como yo lo cuidaba?"

El niño dió una vuelta y gritó medio dormido: "¡Tita, dame agua!" "¡Hijo mío! ¡No había olvidado a su tita!" Kadambini, excitada, febril, fué por agua, y cogiendo al niño contra su pecho, se la fué dando.

Mientras estaba dormido, el niño no sintió extrañeza alguna al tomar el agua de la mano acostumbrada; pero cuando Kadambini, colmando su anhelo largamente esperado, lo besó, comenzó a mecerlo para que no se despertara, el niño abrió los ojos y le dijo: "¿Tú te moriste, Tita?"

"Sí, mi vida".



—Te digo que el hombre que le pega a una mujer no es hombre
—Pero si aquí es el caso contrario. ¡Es ella la que me ha pegado a mí!
—Entonces tampoco eres hombre

"¿Y has vuelto, verdad? ¡No te mueras otra vez!"

Antes de que pudiera contestarle, vino la catástrofe. Una de las criadas, que entraba con una taza de agua la dejó caer, y ella misma rodó al suelo. Con el ruido, la madre dejó sus cartas, y al entrar en la alcoba, se quedó rígida como un poste, sin poder hablar ni huir. Viéndolo, el niño también sintió miedo, y se echó a llorar. Lloraba: "Vete, tita; vete!"

Kadambini comprendió entonces que no había muerto. En casa de Jogmaya, comprendió que estaba muerta su amiga de la infancia; en la alcoba del niño, supo que la tita no estaba muerta, ni cosa que se le pareciese. Dijo angustiosamente: "¿Por qué me temes, hermana? ¿No ves que soy la misma de antes?"

Su cuñada no pudo más, y cayó desmayada. Saradasandakar vino a la semana, y juntando las manos, le dijo lastimeramente a Kadambini: "¿Por qué has hecho esto? ¡No tengo más hijo que Satis! ¿A qué te pareces a él? ¿No somos tus parientes? Desde que te fuiste, la calentura se ha ido comiendo al niño día tras día. A toda hora te llama: "¡Tita, tita!" Tú has dejado el mundo; rompe los lazos de esta malla — afecto ilusorio que liga un alma a este mundo, — que ya te haremos los funerales".

Kadambini no podía con tanto sufrimiento. Gritó: "¡o estoy muerta! ¡Qué haré yo para que te convenzas de que estoy viva! ¡Estoy viva! Cogió del suelo una jarra de cobre, y se golpeó la frente con ella. La sangre corrió. "¡Mira", gritaba, "mira cómo estoy viva!"

Saradasandakar se había quedado inmóvil como una estatua.

Entonces Kadambini, gritando: "¡o estoy muerta!", bajó los escalones del pozo de zenana, y se echó en él de cabeza. Saradasandakar oyó el golpe desde arriba.

La lluvia torrencial siguió cayendo toda la noche y toda la madrugada.

Al mediodía siguiente aún llovía.

Kadambini había tenido que probar, muriendo, que no estaba muerta.

Gedeón y sus mujeres

Por Whip

Toda persona digna de tal nombre puede ser vista de frente o de perfil.

Pues ocurrió que en la cena dada en la casa de los Gonflaboc, Gedeón se encontró en la mesa sentado frente a la graciosa Angelina, y así pudo apreciar en conjunto su deliciosa cara ovalada, provista a cada lado de una linda orejita, y su bella cabecita adornada con sus cabellos sedosos y ensortijados, bajo los cuales destacaban la blancura de una frente irreprochable, el brillo de unos ojos negrísimos separados por una línea de una nariz encantadora, y el doble arco de una boca que se abría para dejar paso a los trozos de alimento clavados en la punta de un tenedor, asido por una mano fina y gordezuela que servía de extremidad a un brazo marfileño, unido a un hombro delicado y redondo.

Y aquí tenemos a Gedeón seducido por toda aquella belleza, que le pareció más apetitosa al contemplar después el cuello y la espalda de Angelina, dignos de competir con los de las mujeres más hermosas.

¿Qué ocurrió luego?

Que unas semanas después Gedeón era el marido de Angelina.

Al cabo de unos días de vida común Gedeón vió a su mujer de perfil. Y quedó consternado al ver que su mujer, vista así, perdía todos sus encantos, que provocaron su entusiasmo la noche que la conoció.

Vió que la nariz de Angelina era muy chica, demasiado chica; que apenas sobresalía un centímetro sobre el labio superior, como si hubiera pasado toda su infancia con la nariz apretada contra una pared.

De frente aquéllo no se veía. Si Gedeón lo hubiese visto no se hubiera casado, porque le causaban horror las narices demasiado pequeñas.

El pobre muchacho era, pues, bien digno de lástima.

Se dirá que el remedio era bien sencillo: no mirar a su mujer de perfil. Pero en un matrimonio esto es muy difícil.

Gedeón se puso triste, se volvió neurasténico y tuvo crisis de desesperación en las que su único consuelo eran las palizas que propinaba a su mujer.

—¿Por qué me pegas? — le preguntaba Angelina.

Pero Gedeón no le decía la causa verdadera, por no contrariarla.

Y a fuerza de ser desgraciado a causa de la nariz demasiado chica de Angelina, Gedeón acabó por divorciarse.

Pero, una vez solo, se aburrió y pensó en volverse a casar. Y esta vez, para evitar que se repitiese el caso de Angelina, cuidaba de mirar a las mujeres de frente y de perfil. Al fin encontró una de su gusto, con el único defecto de tener la nariz un poco más grande. Pero pensó que más valía una nariz algo grande, que demasiado pequeña.

Se casó y fué feliz.

—Esto es una nariz — se decía. —No trata de pasar inadvertida y no engaña a nadie.

Y Gedeón era tan dichoso que no pegaba a su mujer.

Hasta que una noche el taxi en que iba al teatro chocó con un autobús y su mujer resultó con la nariz partida.

Y he aquí como después de tener una mujer con la nariz muy chica y otra con la nariz grande, se encontró con una mujer sin nariz.

Gedeón fué muy desgraciado. Y para no ver la causa de su desgracia obligó a su mujer a estar siempre de espaldas.

REVELACION

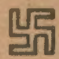
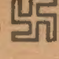
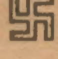
Calló la tempestuosa palabra de los mares,
y erguido en la ribera que azota la onda inquieta,
el Genio, peregrino de una ansiedad secreta,
vió allá lejos la negra visión de sus pesares.

El último relámpago, con claros luminares,
bañó en su luz de fuego su frente de profeta,
y empurpuró las cumbres de una montaña escueta,
como en los holocaustos la sangre a los altares.

Hendióse en denso velo de una siniestra nube,
tal si la hubieran roto las alas de un querube;
y cual los fieros genios de la leyenda hebrea,

descubrió a la distancia las rutas de la historia,
donde los pueblos iban en busca de la gloria,
sin calma y rumorosos como una gran marea.

Ricardo ROJAS

LA OTRA

Por Víctor Alberto Buzio

Tenía la certidumbre de que el desenlace no podía ser otro que el previsto con mucha anterioridad al estado actual de cosas. Habían llegado al justo límite en que era necesario definir posiciones. ¡Definir posiciones! ¿Pero, acaso, era imprescindible definirse? ¡Y bien que lo era! La chiquilla había agotado sus recuroso de dialéctica, velada y diplomática, y abría fuego graneado sin parapetarse ya tras de ningún muro.

Se imponía entonces abandonar, salirle al encuentro o rendirse.

Al poco meditar convino en que salirle al encuentro era exponerse a ser maltratado sin provecho ni posibilidad de desquite, pues su temperamento no se avenía a la controversia dada la flojedad de sus ideas perennemente horadadas en su base por la carcoma de la duda.

¿Rendirse?... Menos que menos. Ello significaba entregarse maniatado e indefenso para ser recluído a perpetuidad en una cárcel de barrotes dorados, llena de dicha, quizá, pero, cárcel al fin. Y su vida ¡su vida! no podía ni debía tener continente.

Pudo haberlo tenido, pero el golpe rudo de la adversidad trastocó sus ideologías y sus afectos más íntimos invirtiendo sus valores morales.

Los sentimientos y modalidades de sus primeros años podían simbolizarse en un arbusto coposo y aferrado a la tierra por unas raíces aceradas y tentaculares, llenas de sabia y de vida.

En cambio, hoy era un pajarraco de especie desconocida, mezcla de buitre y de cóndor, con arrullos de paloma y fiereza de halcón. De pie sobre la colina de su quimera, sus ojos brunos y radiosos, avizoraban el infinito en un insaciable afán de abarcarlo todo. No desentendía las alas por quién sabe qué secreto temor y en la consunción de la espera iba agotando su dinamismo espiritual y lírico. Diríase que el ave en el momento culminante de emprender vuelo — quizá sin retorno — por raro e infernal sortilegio metamorfoseábase en un pólipo adhiriéndose a la tierra implacable y tesonero.

Y ante esa evidencia, más de una vez, acarició voluptuosamente el pomo del revólver. Llegó a colocar el caño junto al corazón resuelto a que cesara de una vez por todas, su latir violento. Su postrer deseo de suicida habría sido arrojarlo a la voracidad de los perros. De los mismos perros humanos que señalaron en sus carnes la media luna del mordisco y a quienes no derrengó a palos porque ese corazón, que ahora les arrojaría, se abrió para ofrendarles el caudal de sus cristianas indulgencias. Y en la cancha footballística de la vida —valga la metáfora — su corazón sirvió para pelotearlo siendo impulsado de una a otra parte con destreza profesional y artera.

Capacitado para el bien por vocación hereditaria e íntima, imperceptiblemente el fragor de la lucha fué borrando inocencias de sus pupilas, y despertando, a ratos, el caníbal bárbaro y criminal que se aduerme en el fondo de todo ser. Era entonces cuando sus nervios se encogían y estiraban en une epilepsia de rencor y venganza; la sangre furente invadía sus sienes y los ojos desorbitados en la demencia del rapto, veían una aureola tinta en rojo desintegrarse en una llovizna de sangre.

¿Era aquello un signo? No cabía duda. Su vida que debió mecerse suave como una góndola en el lago, epilogaría en tragedia.

¡Había pasado por el drama al estrangular sus más caros sentimientos!

... ...

En la obscura callejuela proyectábanse dos sombras al amparo de una luna mortecina que prestaba su complicidad pasiva al diálogo delincuente.

—¿Por qué ese llanto, Laurita?

—León... ¡Mi León!

—¡Habla!, qué te ocurre?

—No puedo creer que aún no lo hayas sospechado...

—Este... No. ¿Qué es ello?

—Voy a ser madre. ¿Entiendes? ¡Madre!

Los ojos de León relampaguearon en una extraña fosforescencia. Despertó el caníbal...

—¡Hay que impedirlo!

—¡Nunca! ¡Es mi hijo!... ¡Es tu hijo, León! La coronación de nuestros amores...

—¡Tontuela! Habla la inexperiencia de tus pocos años.

—¡Benditta inexperiencia— que me hace comprender la santidad de la misión materna! Si eres incapaz de asumir la responsabilidad, yo sola lo defenderé contra ti, y contra todos.

León, había adunado al ocaso prematuro de sus veintiocho años, la alborada frangante de las dieciocho rosas de Laurita. Fué hacia ella en procura de olvido al dolor de un pasado amoroso. Sus ojos de cielo atenuaron, en parte, la vivacidad incisiva del recuerdo; y cuando ella, virgen y pura, se dió toda al hombre que había sabido adueñarse de su corazón, sintió él, en el paroxismo del goce, que su instinto gritaba el nombre de... ¡la otra!

La otra que tenía ojos de misterio y de abismo. La única, la irremplazable, la inolvidable: ¡la otra!

Vano fué clamar al olvido la piedad de su agua letal. Soñó en viajes a tierras exóticas donde otros cielos, climas y mujeres, pourían mudar su pavoroso cuadro interior; pero las zarzas se habían incrustado en sus pies y la fatiga relajado sus nervios de caminante.

Había sido un sacrificado a la pasión amorosa. ¿Devolvería ciega o inicuamente, mal por mal, victimando a la inocente chiquilla con quién había compartido sus horas de doloroso abandono?

Recordó el precepto bíblico y su corazón fué, una vez más, generoso y magnánimo.

... ...

Se casaron.

Tiempo después, Laura, experimentó los dolores del alumbramiento superados por una impensada crueldad de la naturaleza.

Frustrada la madre, convirtióse en hija amantísima de una madre universal: el dolor. En sus ubres, expandidas y repletas — diría con místico recogimiento el brahamán devoto del Karma — succionó la hiel de quién sabe qué secretas y lejanas culpas.

Su desesperación traspuso el límite de lo concebible, cuando una noche oyó de boca de su compañero el nombre de otra mujer que penetró sibilando en su oído, como una víbora infame, echándole por tierra la última ilusión.

También en la mujer duerme el caníbal. Su sueño es más profundo ¡Guay si despierta!

Los celos le aguijonearon despertando la femenina intuición; el amor a otra mujer le dió la explicación de aquellas incomprendidas tristezas matizadas con inopinados furores pasionales.

Fué entonces cuando al calor de su regazo comenzó a madurar un propósito de venganza: el caníbal se desentumecía.

León, en tanto, se había entregado a la bebida con el deliberado móvil de poner tregua al recuerdo incisivo y criminal, solo suavizado en la inconsciencia de las borracheras lúbricas y bestiales.

En la embriaguez sentía una rara voluptuosidad al evocar el pasado. Por su recuerdo, a guisa de pantalla cinematográfica, desfilaban vertiginosas las visiones de su niñez y adolescencia.

Cuando niño creció abriendo su mente y su corazón al sol fecundante de verdades eternas; su hado apartóle de todo contacto impuro y no supo de odios, deseos, vanidades ni otras carroñas. Era un alma blanca: el barro cumpliría su misión.

Un día, un soplo de fuego encendió su alma en colores rojizos. Una mujer había cruzado su trayectoria y él, que nació para astro, convirtióse a la vergüenza de un satélite en la dependencia de otro ser que desde entonces prestó luz a su penumbra para suplir sus fanales destrozados en la vehemencia del rapto.

La pasión — cualquiera sea ella — es siempre pródiga en males sin cuento; — roto el equilibrio fué navío sin timonel en los mares de la vida y sus olas lo impulsaron sobre rocas y escollos, y sus gritos de auxilio en la lobreguez de sus noches, sólo lo oyeron los perros... Y los perros contestaron con ladridos.

... ...

Aquella noche el reloj de la iglesia cercana dió tres lúgubres campanadas sin que León estuviera de regreso. Laura lo aguardaba llorando su desconsuelo en el abandono de la alcoba.

En las horas vacías de sus noches solitarias iba debilitándose su razón ante el panorama tétrico de su fracaso sentimental y materno. Para su alma ansiosa de gustar las

exquisiteces de un amor sincero, la vida le ofreció las babas y el aliento de un borracho.

Experimentaba el hipo de todas las náuseas al pensar que León bebía para aplacar el fuego de un amor desventurado; nada sabía de su rival a quién hubiera fulminado con el solo pensamiento.

—¡Laura!... ¡Laurita!

León había entrado sin ser oído. Restregóse los ojos sobresaltada.

—¿Llorabas? ¡Pobre chiquilla! Te he ligado a mi destino de maldito...

Intentó acariciarla. Venía como de costumbre semi idiotizado por sucesivas libaciones de alcohol.

—¡Déjame, León! ¡Me inspiras asco!

—¡Está bueno! Yo siento piedad por ti.

—Prefiero tu odio a esa piedad que siempre me baboseas.

Torpemente quitóse el saco. Pretendió colocarlo sobre una silla y dió un traspiés cayendo de bruces. Ensimismada en sus pensamientos, Laura permaneció agena al accidente.

Se incorporó con mucho esfuerzo espetándole con rabia:

—¡Ni para ayudarme a levantar sirves!

—Tú en cambio has servido para labrar mi infortunio ¡Perdulario!

—Tienes razón. ¡Yo también la tengo! Todos tenemos razón en este mundo infame...

—¡Hazme el favor de callarte!

—¡Callar?... ¡No! Yo tengo un secreto. La noche es propicia a la revelación... He bebido el ajenjo del recuerdo y tengo el alma más ebria que el cuerpo. La nenita nació muerta... ¡Es un secreto...! !Yo lo sé!

—¡Habla! ¿Qué sabes?

—Nació muerta por que la engendró la conmiseración, el fracaso y el consuelo!

—Ten el pudor de callar... ¡Canalla!

—¿Canalla? ¡Tienes razón! Por querer ser menos malo, me constituí en tu verdugo.

—Concluye, ya que has comenzado...

—Ahí va el secreto, escucha: Tú, no puedes ser madre de mis hijos ¡Nunca podrás serlo Usurpas el lugar de la otra... ¿Sabes quién es la otra?... ¡Es la única!... ¡La inmortal! ¡Su imagen jamás podrá borrarse de mis pupilas por que es invencible la quimera, y mi alma está presa a su antojo! Con ella, con la otra, mis hijos se asemejarían a dioses porque serían hijos de un amor grande e insuperado... ¡Hijos del amor! ¿éntiendes? ¡No de la bondad mal comprendida y del mero cariño!

Laura, había escuchado con la impasibilidad que da el odio, las frases irreparables de León. Sus ojos centellearon el fulgor de su despecho y gritó con toda la indignación de su juventud burlada:

—¡Miserable! ¿Dónde está esa mujer?

—¡Aquí! En el corazón... Arráncamela y te daré un beso de gratitud! Hunde tus uñas... ¡Despedázala!... ¡Recién entonces podré amarte!

Cuando la razón se halla debilitada, los ímpetus del corazón adquieren violencias de huracanes. Loca en su dolor de mujer y madre escarnecida, precipitóse sobre el cajón del velador y extrajo el revólver. Mirándole con odio desenfrenado, por tres veces consecutivas presionó el disparador.

Herido en el corazón, bañado en sangre. Ella, espantada de su propia obra, corrió a su lado pretendiendo restañar la herida.

—¡León!... ¡Mi León! ¡Perdóname!

—Gracias, Laurita. ¡Has dado fin a mi sufrir! Así debí proceder con ella, con la otra, cuando comprendí que no me amaba... Así... Así..

Sus dedos, aferrados a la garganta de Laura, se hundían con voluptuosidad criminal. Como otras veces, sus ojos, veían la aureola roja de sus augures desintegrarse en una llovizna de sangre.

Y apretó... Apretó mascullando débilmente: La otra... ¡La otra!

El reloj de la iglesia cercana gimió cuatro campanadas y la luz del amanecer alumbró la trajedia.

MIEL..

El palomar entre las madreselvas:
Arrullo de palomas y perfume que enerva.
Remeda el arrullo, como con sordina,
incesante zumbido de abejas.
Y por todas partes
las palomas ébrias
de amor, de perfume, de sol. se persiguen
y se picotean.
Y pienso al mirarlas que engolosinadas
sin cesar se besan:
¿Será por las flores, o por las palomas
que hay tantas abejas?

Alberto LARRAN DE VERE

¡Canario, pero no tanto!

Por Jorge Auriol

Tengo un canario joven, del que, sin duda, no os disgustará oír hablar, porque es único en su género. Atiende por Jack. Jack se ha casado en el mes último con una pequeña canaria holandesa llamada Lina, avecilla encantadora, muy distinguida, bien educada y, por añadidura, muy buena tiple.

Nada de viaje de bodas, como os podréis figurar; pero apenas inauguraron su nido, tapizado de rafia y algodón, cuando el cielo se apresuró a bendecir su enlace.

El cielo — ya se sabe — ha dado siempre pruebas de una solicitud especial en lo concerniente a los pájaros.

Tres semanas después de la ceremonia nupcial, un huevecillo verdoso, moteado de puntos grises, hizo su aparición en el hogar de mis dos amables volátiles. Pronto siguieron otros tres, a los que Natura, decoró de idéntica manera.

A partir de aquel día comprobé que Jack y su compañera cantaban más fuerte cada vez que me acercaba a visitarlos. Hasta parecía como que se dirigían a mí para decirme algo. Alegres por su próxima paternidad, y celosos, sin duda, de hacerme partícipe de su alegría, se esforzaban concienzudamente en demostrármelo.

Una mañana, al penetrar en la habitación que les tenía reservada, asistí a un extraño espectáculo. Los cuatro huevos, estaban remojándose en la bañadera, y confortablemente instalado sobre ellos, Jack los empollaba arrogante.

"!Este animal está loco!", pensé, no sin indignación, y me retiré.

Volví por la tarde para comprobar si había novedad ¡¡¡Lina estaba cubriendo el improvisado nido acuático!!!

"Bueno — me dije. — ¿Habrán concebido estos dos troneras el descabellado propósito de incubar ranas?"

Con esta idea me fuí a acostar un poco desorientado, lo confieso, y al día siguiente, a primera hora, los cuatro huevos yacían hechos pedazos en el suelo de la jaula.

Jack y Lina los pellizcaban frenéticamente a picotazos, porque— ¡caso insólito! — la clara y la yema se habían solidificado.

Intrigado, mandé llamar a mi vecino, el tío Cloche, uno de los más distinguidos ornitólogos del distrito, suplicándole me dijera si entendía alguna cosa de todo esto.

—Querido señor — me respondió con una voz ligeramente gangosa; — cuando los canarios están criando es preciso darles de comer huevo cocido. Usted no lo ha hecho; sus canarios le han llamado al orden, sin que usted se diera por entendido.

En vista de ello, el inteligente animal ha realizado algo bien sencillo: ha sumergido los huevos en el baño. Valiéndose de su calor natural hizo cocer el agua... ¡En una palabra: ha endurecido los huevos para comérselos!

¡Que esto le sirva de lección para otra vez!

LA VERDAD

La verdad, esa luz celeste, es la única cosa que en el mundo es objeto de los cuidados y de las investigaciones del hombre. Sólo ella es la vida de nuestra virtud, la regla de nuestro corazón, la fuente de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, el alivio de nuestros males, el remedio de nuestras penas; es el único consuelo de la buena conciencia, el terror de la mala, la pena secreta del vicio, la recompensa interna de las buenas acciones; es la única que inmortaliza a quien la ama, que ilustra las cadenas de quien por ella sufre, que atrae los honores públicos sobre la ceniza de sus mártires y de sus defensores, y hace respetables la abyección y la miseria de quien todo lo ha dejado por seguirla; sólo ella, en fin, inspira pensamientos magnánimos, forma caracteres heróicos, caracteres de los cuales no es digno el mundo; sabios que sólo ellos son merecedores de este nombre. Todos nuestros cuidados debieran limitarse a conocerla, toda nuestra locuacidad a publicarla, todo nuestro celo a defenderla.

Juan B. MASSILLON

DOÑA CASIMIRA

Por Sebastián Gomila

El vulgo había forjado una leyenda en torno a aquella mujer, ya machucada. No era hermosa, pero sí arrogante; una exhuberancia femenil, toda energía en el cuerpo y ternura en el espíritu. Vivía sola, retraída, con una muchacha montañesa de pocos años a su servicio. Gozaba de una modesta renta que, por lo visto, sabía administrar a maravilla, pues sin extremar los tonos la apariencia alejaba todo supuesto de penuria.

En el rostro, sí; en el rostro parecía asomar un tinte amargo, que a simple vista daba una expresión de altivez o cara de pocos amigos. No los apetecía abundantes, la verdad; pero los pocos eran fieles, porque precisamente aquella impresión se había trastocado en sorpresa tan pronto hubo ocasión de conocer el alma de doña Casimira. La llamaban así porque, a pesar de su soltería y de no tener sobrados años, llamarla señorita resultara algo chocante.

Se había forjado la leyenda en virtud de la presencia, de la conducta y de escasos datos. Toda acción y toda palabra de doña Casimira parecían encerrar algún misterio o tener doble sentido. Y a la malicia humana le bastan retacitos para crear figuras y poemas a su antojo. Todo se reducía a un gran desengaño y a una triste soledad, una historia de amor dolorosamente sencilla y una historia de dolor nada extraordinaria. Se tropezó con un ingrato y vió desaparecer a todos los suyos. Quedaba en la un tanto exótica situación de la solterona, con el clavo de la falsedad en el corazón y los golpes de la adversidad en el cerebro.

¡Doña Casimira!... Muchos la miraban irónicamente; otros se hurtaban como quien huye un riesgo. Los hombres, sobre todo, era una cosa singular. Ni una fineza, ni una galantería. Como presintiéndolo, o dispuesta a impedirlo, la mirada era de los que cortan un intento a cercén. ¿Quién iba a acercarse a semejante erizo?... ¡Si parecía clavar alfileres con los ojos!...

La fama llegó a atribuir el maleficio a doña Casimira, aquel bicho raro que apenas salía de su huronera, que tenía en el ademán atisbos vampirescos y en la mirada fulgores de ogresa. Se movía en un ambiente de recelo y animadversión, y tal vez el notarlo poníala más adusta y reservada.

—¿Su historia, lo real?... Pues que un mozo, Pepe Aznar, de estampa buena y pico de oro, supo pintar un querer profundo, diciendo mieles y mostrándose rendido...

¡Con qué encanto lo había visto y escuchado Casimira en sus quince abriles!... Los padres, no; los padres vislumbraban la inconstancia al través de la exageración. Y amigos y relaciones hacían coro, augurando algo siniestro en el idilio. Casimira le había dicho a veces:

—¿Ves qué dicen, Pepe?

—No creas ni jota. Todo es para roña de la malevolencia...

—¡Si acertaron!...

Mirábale de hito en hito, con aquel mirar flechero y atravesante que la distinguía.

—¿Dudas?

—Yo no. Mas, por lo mismo..., si ello ocurriese... ¡Sería horrible, Pepe! Merecerías la maldición...

Interrumpió gallardo:

—¡Cayera sobre mí y todo lo mío merecidamente!

Casimira no hacía más que repetir:

—¡Sería horrible, Pepe, muy horrible!...

Horrible o no, fué un hecho. No acertó el corazón, y acertaron los recelosos y los mordaces.

Fué un sueño, una pesadilla atroz. Y casi no cabía culpar al inconstante. ¡Si parecía aquello una conjuración de la necedad! ¡Sí: más que abandonarla él, fué alejarlo con el prurito, empujarlo

No era más que una niña. Pero le sobraba entereza. Las lágrimas que bañaron su faz no las vieron ojos humanos... ¿Quejarse? ¿Gemir? No daría gusto a la malquerencia. Se lo habían, como quien dice, arrebatado, y, más que odiarle a él, odiaba a todos los demás.

Ya no hubo brillo en la mirada, ni sonrisas en los labios, ni dulzores en la voz, ni atractivo en el talante. Y pasó el tiempo, y fué quedándose sola, solita con su pena, entreverada de rencor... Y fué teniendo años y viendo todo lo de la vida sombrío y admirable.

Supo que aquel hombre estaba unido a otra mujer. Casimira sintió la compasión. ¿No es un castigo enlazarse con un falsario?... La piedad borraba la rivalidad.

* * *

El azar tiene cada cosa... Ocurrió que Pepe Aznar y su mujer fueron a vivir en el piso segundo de la misma casa cuyo tercero ocupaba doña Casimira. Como apenas se trataba ésta con nadie, no se enteró hasta no topar un día con Pepe en la escalera... Le dió un vuelco el corazón y acertó a corresponder a un saludo, mitad cortesía, mitad asombro, con arrogante indiferencia.

¡Ah!... ¡Era él, tras los años mil, venido de lejanas tierras!... ¡Era él, por lo visto, el padre de dos muñecos que hubieron de llamarle a ella la atención por lo bonitos y vivarachos!... Bueno, todo iba a consistir en mudarse de habitación. No por nada, sino por la molestia de una posible serie de encuentros, cuando no con aquel hombre sus rorros... Y, no obstante, sentía algo así como la atracción de un peligro... Ella, la *vampiresa*, recordaba con fruición que aquellas lindas caritas le habían dicho monísimamente en el portal: *"¡Adió, zeñola!"*, con una cortesanía que era un encanto... Pues, ¿y la madre? Era graciosa, amabilísima, al parecer... La compasión operaba un *ritornelo*.

Resumen: que hubo una tanda de vacilaciones durante algún tiempo, hasta que un día... Pues que al más pequeño de los chiquillos, en un momento de descuido de la criada, se le pegó fuego a las ropitas, y no murió achicharrado por un querer de Dios.

No ya en la casa, en todo el barrio, produjo penosísima impresión la desgracia. ¡Qué horror!... ¡Y un chiquitín tan mono!... ¡Pobres padres!... Porque no murió el pequeño al quedar envuelto en llamas. Pero su estado era lastimoso y los médicos desconfiaban de salvarlo...

Casimira supo que uno de ellos proponía, esperanzado, un recurso heroico. Ella no entendía bien. Sacó en consecuencia que se trataba de aplicar a las llagas del niño, trozos de piel de otra persona sana...

Fué como un rapto de enajenación, un impulso invencible, que la hizo bajar unos escalones y llamar en aquella vivienda desolada...

Apareció Pepe Aznar, demudado el semblante, indeciso, perplejo.

—¿Cómo sigue el niño? — preguntó Casimira, sin mirarle, yendo al grano.

—¡Mal, muy mal! — contestó el padre.

—¿Qué dice el médico?

—Una cosa..., un recurso...

—¿Eso de la piel de otra persona?

Pepe Aznar afirmó con un movimiento de cabeza, y fué diciendo en voz baja, como hablando consigo mismo:

—Eso dice el doctor..., que sin pérdida de tiempo... ¡Ah! ¡Es terrible!...

Un silencio de segundos fué una eternidad de sentimientos encontrados.

Lo rompió Casimira para preguntar:

—¿Va a venir hoy el médico?

—Seguramente.

—¡Yo seré... esa persona!

Lo dijo en voz indefinible, pálido el semblante y la mirada vaga.

Pepe Aznar se puso en pie.

—¿Tú?... ¿Tú? — repitió anonadado.

Sobraban las palabras. Y los hechos fueron como sigue:

Aceptado el sacrificio, no bastaba para el caso. El médico declaró necesitarse más de una persona... Pepe Aznar sintió la amulación y, además, era padre de aquella infeliz criatura...

Resistieron ella y él la prueba. Y se salvó el angelito. En su cuerpo quedaba injertada carne de la suya, de la ogresa, junto a la del inconstante y mentidor. La Providencia había dispuesto, sin duda, que en una u otra forma se juntaran. Y la forma era sublime...

Doña Casimira no intrigaba ya al vulgo. Lo asombraba.

Un beso del angelín, sano y salvo, fué la recompensa que anheló y esperó la heroína.

Luego realizó su primitivo propósito.

No solamente cambió de habitación, sino también de residencia.

REDENCION

Por Sara Insúa

El centinela que medía el ancho de la puerta a pasos iguales se detuvo un instante, hizo el saludo militar y despidió al que salía con una sonrisa y un "¡Buena suerte!"

Después de franquear hacia afuera aquellos umbrales, que doce años antes atravesara hacia adentro, esposadas las manos, Bermúdez dió unos cuantos pasos más para detenerse, perplejo, en mitad del camino.

El camino estaba abierto, de frente y a los lados. Dando la espalda al edificio de piedra gris y estrechas ventanas enrejadas, del que acababa de salir, el horizonte aparecía ante los ojos parpadeantes, inacostumbrados aun a la plena luz, como un inmenso semicírculo, como un cuarto creciente, policromo, cuya última línea se fundía con la primera de la gran bóveda azul.

El camino estaba abierto ante Bermúdez, y Bermúdez era libre. ¡Libre! Saboreaba mentalmente la frase, sin comprender del todo su sentido. Por de pronto, significaba la facultad de andar a su antojo, de hacer lo que le apeteciese, de no estar supeditado a una disciplina para ejecutar los menores actos de la vida.

Echó a andar. Sin orientarse, siguiendo la carretera amplia, aunque no muy cuidada, que se extendía frente a él, como si una fuerza instintiva lo impulsase a alejarse, vuelta siempre la espalda a la prisión.

Anduvo poco a poco, como si en su mente, entumecida por la bruma del correccional, empezase a penetrar la luz magnífica del mediodía primaveral; pensó.

Reconstruyo mi vida. Su vida casi olvidada en el tedio entorpecedor de los últimos doce años. Se vió de niño en la buhardilla alegre, en cuya ventana, que era un cuadro luminoso, se erguían unos geranios y una clavellina, como queriendo tocar el cielo... Vió a su padre, un ferroviario, buen mozo, risueño y decidor, que le alzaba del suelo para colocarlo, tras una rápida ascensión, sobre sus hombros anchos, que le prestaba su gorra de visera de hule... Vió a su madre, menuda, ligera, con una boca muy roja, siempre entreabierta para sonreírle o plegada para besarle... Vió unos soldaditos de plomo que formaba sobre el tapete azul de la mesa y una mulita de cartón sobre la que cabalgaba en la meseta de la escalera...

Después se vió adolescente, empezando a trabajar como limpiavías, al lado del padre, que ya era capataz... Le pareció oír las notas estridentes del organillo, a cuyo compás bailó los primeros chotis... Creyó sentir el frescor del agua del río humilde en que se chapuzaba durante las calores...

Luego, ya hombre, poco antes del sorteo militar, le enfermedad y la muerte del padre, que dejó consumidos los ahorros y agobiada de dolor a la esposa.

Sin embargo, aunque no pudiese llenarse el vacío que dejaba el ferroviario, buen padre y buen marido, la existencia no fué demasiado dura para los que le lloraban. A él le ascendieron en atención a la buena memoria de su padre, en su nuevo empleo supo cumplir.

Por aquella época hizo sus primeras armas en el campo del amor. Era buen mozo y simpático, como su padre, y tenía partido... Según el decir de su madre y de las vecinas que lo vieron nacer y crecer, se merecía cualquier cosa. Y también, al decir — o mejor, al susurrar — de la madre y las vecinas, cualquier cosa era aquella mujer por la que se encaprichó.

Fué lo eterno, el amorío empezado en broma por no quedar sin decir nada a la que todos dicen. Luego, el sentimiento que se arraiga sin querer. Y habrían podido ser felices; ella le quería también — todo lo que puede querer una mujer poseída de un atractivo y aureolada de un constante incienso de homenajes, — sólo que era difícil arrancarle los resabios de coquetería. Bermúdez estaba seguro de que Rosa no le faltaría— era honrada, dijesen lo que dijesen las envidiosas, y le quería;— pero no lo estaba de que no le pusiese alguna vez en ridículo.

Y el ridículo, esa situación que anonada o enloquece a los hombres, tuvo la culpa... de que Bermúdez matase a un hombre. Luis el ebanista, aquel muchacho que no había hecho otro mal que haber sido novio de la Rosa y alardear de ello...

Bermúdez evocó con trabajo el momento del homicidio. ¿Por qué fué?... ¿Cómo?... Una frase mal intencionada oída al pasar, una bofetada como réplica, la riña, un martillo que se encuentra en el cinturón, y el adversario que se desploma con una mejilla bañada en sangre que brota de la sien...

Le detuvieron allí mismo, en la puerta de la taberna del barrio. Tampoco él pretendió huir. Cayó en un estado de semiinconsciencia, producido por el estupor que le causaba su crimen. Un estupor que persistió en él durante mucho tiempo, que le impidió justificarse ante los jueces y que sólo se desvaneció dentro del penal, para nada.

Fué un penado ejemplar. En los doce años de encierro no formuló ni una protesta ni una lamentación. Ni intentó fugarse. ¿Por qué? Nunca trató de autoanalizarse. Aceptó su suerte. Eso fué todo.

Pero he aquí que cuando ya habían encanecido sus cabellos en el correccional, cuando ya — hombre animal de costumbres—la existencia se le hacía casi blanda; cuando aun faltaban ocho largos años —que no contaba—para cumplir la condena, en aquella dulce mañana de abril, en aquel bello día de Pascua, el indulto le abría la gran puerta por la que se salía a la libertad.

Sus evocaciones habían durado cerca de una hora, cuatro kilómetros de paso regular. Al no tener ya pasado en qué pensar, se detuvo. Volvió la cabeza. Ya no podía distinguirse el penal. Estaba muy lejos. El pasado quedaba definitivamente atrás. Y frente a él, la cinta blanca de la carretera iba a perderse en un punto ignoto como su porvenir.

Una repentina laxitud de todos sus miembros le obligó a sentarse en el borde del camino, sobre un talud. Entonces pensó en el porvenir. ¿Qué podría esperar de éste? Seguiría andando para ir ¿adónde? En la buhardilla alegre, de ventana florida, yo no estaba la madre, que había muerto de pena y miseria. En otro hogar hospitalario no había que pensar; no tenía parientes. En la Rosa no pensó tampoco; su amor había acabado de un modo extraño con la muerte de aquel pobre hombre... Después de la desgracia no había querido volver a ver a la que le hiciera matar... Tendría, pues que vivir solitario, sin un afecto, sin una alegría... Pero no estaba solo; la soledad, después de todo, habría sido insoportable. No estaba solo, llevaba a su lado, como una sombra fatídica, el estigma del condenado... ¿Cómo lo recibiría la sociedad con aquella vergonzosa compañía? Seguramente le negarían el saludo, como si sus manos manchasen. Tal vez le negaran el trabajo, y hasta la limosna. Si hubiera podido huir a otro país, cambiar de nombre... Pero ¿cómo? Disponía de muy poco dinero con el que apenas le alcanzaría para comer una semana.

Puso los codos sobre las rodillas y escondió la cabeza entre las manos encallecidas por el único trabajo que no ennoblece. Se encontraba sin fuerzas para seguir caminando hacia la vida, hacia la libertad...

De pronto, un acompasado ruido de herrajes trepidantes lo estremeció. Era el mismo que tantas veces oyera en sus años felices. Volvió la cabeza y miró hacia abajo, por el lado en que el talud descendía en violenta pendiente hasta la vía férrea. El tren se veía aún empequeñecido por la distancia, destacándose como un enorme y negro reptil. Bermúdez sonrió. Y fué la suya una sonrisa inefable, como no se había formado otra en sus labios desde hacía doce años. Y era aquella sonrisa para el tren, para la locomotora ardiente y brillante, que tantas veces limpió y engrasó, para los ruedas, entre las que estuvo acostado boca arriba, martillo en mano, para cada tornillo del gran monstruo de hierro, para el amigo antiguo, el único que no le rechazaría...

* * *

Cuando el maquinista se dió cuenta de que aquello que rodaba del talud a la vía era un hombre, no tuvo tiempo de frenar, y las ruedas amigas, tal vez las mismas que vibraron bajo sus martillazos, se tiñeron con la sangre de Bermúdez, el ex forzado al redimirle...

LA TRISTEZA DE AMAR

La conocí una tarde. Vagaba entristecido
bajo la luz que irradian las puertas del Lucerna.
Pasó ella sonriendo... Bajo el corto vestido
ostentando la grave morbidez de su pierna.

Como si muy adentro me hubiesen sacudido
alguna fibra ardiente, dolorosa y eterna
maldije aquel momento de haberla conocido,
tan rubia y triunfadora, tan sutil y tan tierna...

Y corrí como un loco, siguiendo su camino.
Ella volvió la vista, y un anhelo dañino
atravesó las fibras más puras de mi ser.

Medité en la distancia de mi amor olvidado,
y ante el grave dilema de un deseo inlogrado
resbaló mi sollozo tras la rubia mujer...

Eduardo María de OCAMPO

(Santiago de Chile)

EL REPARTO

Por Paul Cerviere

Los viejos siempre habían sido duros y exigentes, desconfiados e intratables, y por más que ella pusiera todo su empeño en satisfacerlos, jamás le fué posible conseguirlo. Pero, en realidad, desde que muriera Francisco, el único hijo y marido de la Mélie, ésta no se encontró ya con fuerzas para resistir a los malos tratos que la daban.

Su pena tan grande, tan sincera — ¡Había amado tanto a su Francisco, que la muerte le arrebatara después de un año de matrimonio, en toda le fuerza de su juventud, en toda la plenitud de su amor! — se veía aún aumentada por tanta injusticia, por tanto desprecio insultante que le mostraban los viejos como petrificados en su obra, perdidos en sus recuerdos y para quienes la joven nunca había sido sino la extranjera, la nuera impuesta a su hogar, por aquel hijo, loco de amor.

Que trabajara más que una bestia de carga, que jamás se cansara de trabajar, nada significaba para ellos; ni la Mélie tampoco se quejaba por esto. Los que viven de la tierra, están acostumbrados a un trabajo sin reposo. Que sus manos estuvieran callosas como las de un hombre, que su cutis puro se marchitase, que su figura esbelta se encorvase hasta la tierra que les daba de comer, tomando, en cambio, su belleza, ¡qué le importaba esto a la Mélie! Ya no estaba allí su Francisco para contemplarala, para admirar y adorar su hermosura... Y, además, la gente del campo no tiene tiempo para pensar en cuidarse y engalanarse. La coquetería dura apenas el tiempo del noviazgo, y luego la tierra vuelve a reclamarla posesionándose de todas sus horas, con tanta tenacidad y dureza, que sólo los domingos disponen de un momento para colocarse la cofia de encajes para ir a la iglesia y sentir que tienen veinte años...

No; lo que descorazonaba a la Mélie, lo que tanto acrecentaba su dolor de joven viuda, era el tono insultante que adoptaban los viejos cuando por casualidad le dirigían la palabra, las miradas cargadas de odio que le lanzaban, el desprecio, que era con lo único que correspondían a sus constantes desvelos y afanes.

Ella era huérfana. Desde que recordaba se veía sola en el mundo. Jamás una caricia había venido a alegrar su infancia solitaria, casi salvaje. Corría por los bosques por los prados, amaba los animales y las flores, y luego, al llegar a la edad de la adolescencia, presa de un vehemente deseo de amar, había adorado a Francisco, que, a su oído murmuraba embriagadoras palabras de amor..., las primeras y únicas palabras de cariño que escuchara en su vida...

Juiciosos los dos, habían ido derechamente al matrimonio. ¡Él, un hijo de ricos, con tantos bienes y tantas tierras, casarse con una pobre como ella! Los viejos se habían indignado, enfurecido, exasperado... Pero de nada les sirvió; el zagal, fuerte en su amor, no cejó en su empeño, exigiéndoles, obligándoles a dar por fin su consentimiento, y luego delante de los viejos irritados, rencorosos, adoró a su joven esposa.

Delante del hijo — el único ser que amaban — los viejos no osaron hacerle ningún mal, pero en su interior... ¡con qué ferocidad detestaban a la vagabunda, que no poseía ni un pedazo de tierra, ni dinero, ni nada; sólo sus veinte años y sus dulces y luminosos ojos azules...!

Sin embargo, ella trabajaba por dos; y viéndola tan animosa e incansable, la vieja — más cruel aun que el viejo — quiso despedir a la criada; pero Francisco se opuso enérgicamente; su Mélie no iría a matarse a fuerza de trabajar; y muy amenudo iba él a arrancarla de sus faenas demasiado pesadas, forzándola al reposo... Y luego nació el pequeño, y los viejos, tan ásperos de ordinario, conocieron la dulzura y la alegría sin límites de mecer entre sus brazos al hijo de su hijo. La Mélie entonces se les hizo indiferente; no la hablaban jamás, pero su rencor parecía haberse apaciguado en algo.

Durante dos meses la joven fué completamente feliz; luego la inexorable fatalidad cernióse sobre esta calma venturosa, y Francisco murió casi de la noche a la mañana víctima de un fuerte frío que tomara en sus trabajos del campo.

Mélie siguió trabajando con valor, con encarnizamiento; su pena inmensa parecía como entorpecerse algo en la fiebre de su tarea; sufría menos mientras su faena la absorbía por entero, y luego, al regresar del campo, donde ya nadie iba a arrancarle de su obstinado trabajo, ocupábase de su hijito.

¡Gran Dios! Si los viejos no hubiesen sido tan malos, tan odiosamente injustos, ella jamás había pretendido otra cosa; ¡pero de qué manera la trataban...! Hasta si parecían querer hacerla responsable de su desgracia...

En pie desde el alba, Mélie asumía el trabajo de dos hombres, sin por esto contestarles jamás; todos sus esfuerzos sólo eran acogidos con palabras injuriosas.

—Tú a trabajar y a callar... Nada tienes que decir... No eres nadie aquí...

Sin duda, ello lo sabía bien que no era nadie para ellos; ella, la extranjera, la pobretona...

Sufría en silencio. Por otro lado, ¿a quién habría podido quejarse, no teniendo a nadie que la amara? ¡Su hijito era tan pequeño!

Sin embargo, su sufrimiento se hizo insoportable, y por fin se rebeló. Un día, por una nonada, el viejo la castigó... Y ella, indignada hasta lo más profundo, osó decir:

—¡Ah! Basta, basta ya..., me voy...

Y él, abriendo de par en par la puerta, exclamó con ojos centelleantes de odio:

—Vete, vete, pues; ahora mismo puedes irte... Tuyo no es nada, nada de lo que ves; los campos, las praderas, el cortijo, todo, todo es nuestro; sal de aquí pronto... de aquí donde nunca debieras haber entrado...

Ella desdeñó la puerta abierta, y entró a la amplia cocina, limpia y prolija, brillante y pulida por sus manos.

En su cunita cubierta de muselina a cuadros rojos y blancos, dormía su niño, el hijo de su Francisco. Tomólo suavemente entre sus brazos sin despertarlo, envolviéndolo en una manta.

—¿Qué haces?... ¿Dónde vas?— preguntó angustiosamente, azorada, la vieja.

—Me voy... a ganar la vida para mí y para mi hijo; más que aquí no podré trabajar en ninguna parte...

—Pero deja el niño... — dijo el hombre con voz insegura, cubriendo con su cuerpo alto y seco la puerta de salida.

La Mélie los contempló a los dos y los vió trémulos, paralizados por el terror de perder al pequeño. Comprendió que había llegado el momento del desquite; que ahora los tenía a su merced, que sus amenazas, sus insultos, no serían ya sino ruegos y lágrimas..., que si ella así lo quería, gracias a su niño, sus verdugos serían ahora sus humildes esclavos que se arrastrarían suplicantes a sus pies. Comprendía que era *ella* la que todo lo poseería en adelante: el oro y los campos... Pero desdeñó todas las riquezas; era demasiado lo que había sufrido al lado de aquellos viejos crueles e injustos; era demasiado la amargura que se había posesionado de su alma, entrando a su corazón para no poder ya salir jamás, y sólo experimentó un deseo imperioso, invencible, de alejarse cuanto fuera posible de aquel martirio...

Y vengándose en una sola vez por todo el odio encarnizado de los viejos que la habían perseguido, les dijo:

—Sí, me voy; el pequeño *es mío*; ¡vosotros podréis guardaros las riquezas, los campos, la granja... todo eso *es vuestro* y yo para nada lo quiero.

—Lo único que poseo es mi hijo, y me lo llevo.

Y, altanera, erguida, pasó delante de los viejos vencidos y abatidos.

VIDAS QUIETAS

Por César González-Ruano

Dejó un momento de leer, y levantando la cabeza senil y arrogante que surgía entre aquellas albas gasas de gran señora suspiró apasionadamente:

—¡Ay Dios mío!...

Luciano seguía fumando imperturbable. Entonces tía Gimena se decidió a hablar:

—Me parece horrible, indecente, tu proceder. Los amigotes esos te han ido envileciendo de tal modo, que ni tú mismo te das cuenta de lo que haces. ¡Ay, si mi hermano levantara la cabeza!... Eduque usted un hijo con todo celo, en el más riguroso ejemplo de vida sensata y religiosa; mátese usted para darle una educación, para que luego se líe con una pardusca cualquiera, con una...

—¡Tía Gimena!...

Y el muchacho se levantó de un salto con el sonrojo de la indignación en la cara.

La estancia, amplia y señoril, tenía un familiar encanto, un no sé qué de sacristía, de fondo propicio para una conversación discreta, ante el chocolate servido en tazas isabelinas, como vemos en un viejo grabado o un tapiz. Tía Gimena había conservado su casa igual que la conociera de niña, viviendo aún abuela Eulalia y tía Isabel. Cornucopias de un dorado viejo y lunas empañadas, un secretaire Luis XV, un costurero de la misma época, grandes retratos familiares; todo un programa decorativo sereno y tradicional.

Luciano, muchas veces, con lágrimas en los ojos, había pedido consejo a aquellos lienzos familiares. Claro que el padre Luis de la Puente, autor de un Compendio de meditaciones, retratado con un crucifijo en una mano y la pluma en la otra, le miraba siempre en sermón; pero D. Juan José de Escalante le inspiraba, entonces, confianza mirándole con sus grandes ojos negros, que parecían decir: "¡Bravo, muchacho! ¡Si la quieres no retrocedas ante nada ni por nadie!"

Evidentemente, don Juan José era más europeo, más liberal, como le dirían entonces. En su retrato no existió escudo alguno hasta que lo mandó pintar tía Gimena. El otro, fray Luis de la Puente, era cosa bien distinta: no podía negar su descendencia de terribles capitanes cruzados, de inquisidores que empalaban indios bajo el sol del trópico.

Luciano hacíase estas consideraciones mientras tú Gimena seguía, incansable, disertando. Volvió a la realidad con las últimas palabras de la grave señora:

—... Y si insistes, ya sabes que has muerto para mí.

* * *

Salió a la calle y dióse a caminar.

—¡Eh, so primo alumbrao, que llevo ruedas!

La advertencia insolente y el bocinazo, que sonó tan próximo, le hicieron confesarse a sí miso que estaba preocupado.

"Sí, Luciano, sí — se decía —; tú no eres nada en la vida. No te preocupaste de ganar un peso y ahora..., ¿qué vas a hacer si tía Gimena no te da comida y cama?

Se encontraba pequeño, ruín, insignificante, ante el problema cifrado de la vida. Por no hacer nada, por no tener que trabajar, era capaz de todo. Y en esto tía Gimena nunca pudo portarse mejor. Llevaba, desde los diez años que quedó huérfano, otros diez a su lado, sin que ella le hiciese un solo reproche en aquel sentido. Antes al contrario, se lo decía mil veces:

—Nada te ha de faltar a mi lado, mientras yo viva, y ya sabes para quien ha de ser lo mío cuando muera...

ante el completo absoluto en el turno d e Julia.

—¡Hola, pichón! Tu pebeta está medio comprometida hoy. Creo que doña María le ha encontrado un mirlo blanco. Un franchute de esos que llevan un cristal en el ojo.

Luciano se impacientaba, devorado por una inquietud espantosa. No eran celos, que no los podía tener de Julia; era el temor fundado de que pudiera llegar lo que la misma chiquilla le dijo tantas veces.

Le debía dinero a doña María, y si él no se lo daba ella no podría negarse a lo que ésta le ordenase... Y ese mandato pudo haber sido ahora, podía estar realizándose en aquel momento...

Por fortuna, Julia apareció, descorriendo el portier del pasillo que conducía a los comedores reservados. Lo vió al instante y vino nerviosa, agitada, hacia él...

—¡Luciano!... ¡Luciano!... mi vida!... ¡Tiene que ser esta noche!... ¡No podemos esperar más! ¡Doña María..., un señor francés!...

Ya había dicho bastante. Luciano la oía como idiota, comprendiendo que Julia tenía razón, que había llegado el momento por el

La muerte todo lo iguala

Halló, al volver con otros a su tierra,
un nuevo cementerio un campesino,
y al cruzar por en medio del camino
vió inscrita en él esta inscripción que aterra:

Un Ponce de León aquí se encierra:
dobla al pasar la frente, ¡oh peregrino!
y acata humilde al que postró el destino,
recto juez en la paz, y héroe en la guerra.

Fija la vista en los eternos bronces,
gestos de admiración haciendo extraños,
dijo extasiado el campesino entonces:

¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡Quien les dijera a los ilustres *Ponces*
que aquí enterré yo un burro hace dos años!

Ramón de CAMPOAMOR.

Pero toda esta bondad se le hacía humillante, dolorosa. Se le trataba siempre con la lástima y la ternura con que se trata a un pobre niño inútil para bandeárselas por sí mismo, con la conmiseración con que se podría llevar sobre los hombros a un tullido.

* * *

Empujó la puerta y entró. El café estaba, en la tarde del domingo, lleno de soldados, de horteras pretenciosos, de estudiantes que fingían un cinismo, una naturalidad con la que intentaban disimular su azoramiento y su lujuria adolescente. Las camareras iban y venían impasibles, con sus sonrisas mecánicas y sus frases convenidas y estúpidas, ante los piropos y los atrevimientos de los clientes.

El domingo era el día más temido por Luciano, cuando podía tener menos tiempo a su Julia sentada a su lado, trenzando sueños eternos que hacían reir a las demás camareras.

Se sentó en la mesa que pudo,

que tanto había suspirado..., y a cuenta del cual tanto había prometido. Y reparaba en su inconsciencia de haber propuesto huídas imposibles, en su triste impotencia de no poder cumplir lo que tanto deseaba...

Ella seguía explicándole. Argumentaba con soltura y decisión... En el interior de Luciano se libraba una batalla formidable. Por fin decidióse. Iría a casa, robaría a tía Gimena y escaparían juntos. Todo pasaba ante su imaginación como una película obscura y rayada. Con la vehemencia de niño voluntarioso que le caracterizaba habló:

—Julia, mi vida; esta misma noche te escapas del café. Espérame a las once en donde sabes, y huiremos juntos... para siempre...

* * *

Tosía; el catarro se acentuaba, y él procuraba disimularlo. Tenía ya las joyas y quinientos pesos de tía Gimena en el bolsillo, y temblaba como pájaro herido.



—¡Estás temblando, Luciano; tienes fiebres..., te vas a acostar ahora mismo.

Luciano perdía fuerzas por momentos. Sentía una angustia honda que le apretaba en el corazón y en la garganta. Pensaba en Julia, que estaría escapando del café, a donde ya no podría volver; en Julia que, de no ir él, quedaría lanzada definitivamente a la aventura brutal, a una vida que a él le costaría la muerte. Tímidamente apuntó:

—Es que yo hoy... tenía que salir...; unos amigos...

Tía Gimena se indignó:

—¡Estás loco! ¡Ahora mismo vas a acostarte para sudar ese catarro! ¡No intentes convencerme, porque es inútil!

Luciano temblaba. Echó una ojeada en derredor suyo. El ambiente era grato, confortable. La estufa, atiborrada de carbón, hacía olvidar las inclemencias de un invierno crudo. Los muebles del comedor, ricos y solemnes; la plata repujada... Y luego pensaba en las fincas de tía Gimena, en los veraneos... Fuera le esperaba el amor; pero con el amor, la vida, la lucha que le horrorizaba, el trabajo, al que no estaba acostumbrado; el hambre, tal vez..., la policía. Y Julia... Julia sola, en la calle; Julia, confiada, que ni siquiera sabía su domicilio...

Esta impunidad le rondó el alma morbosamente. Se avergonzaba de este pensamiento, y, sin embargo...

La voz de tía Gimena le volvió a la realidad.

—¡Luciano, a acostarte!

Ya no dudó. Cautelosamente llegó hasta la alcoba de tía Gimena dejando las joyas y el dinero en su sitio. Luego, como un autómata, se acostó.

Encontraba cómodo el lecho, grato el calorcillo aquél. La vida, su vida cómoda de gato friolero, no se había quebrantado en nada. Seguiría junto a tía Gimena, cuidado, con sus pesillos para ir al café y al cine. No se atrevía a confesarse su alegría de feroz egoísmo. Le extrañaba no llorar siquiera. Apagó la luz, y, como todas las noches, recibió el beso de tía Gimena en la frente, y oyó cómo ésta le decía:

—¡Luciano, que pases buena noche! ¡Hasta mañana si Dios quiere!

Demasiado tarde

Por Manuel Dicenta

—¡José María aquí!... murmuró Nieves al leer la tarjeta que acababa de entregarle Clotilde, su doncella.

—¿Le hago pasar, señora?

Nieves, tras un momento de vacilación, ordenó:

—Sí, hazle pasar.

Pocos minutos después la figura del doctor Arizabal dibujábase arrogante en el dintel de la puerta. Fué un momento de gran incertidumbre para los dos. Uno de esos momentos en que la palabra queda supeditada a una mirada profunda y embarazosa. José María, sobreponiéndose, habló con fingida entereza.

—¿Cómo estás, Nieves?

—Perfectamente. A tí no hace falta preguntártelo. Poco has cambiado en tanto tiempo.

—Tampoco tú cambiaste nada — dijo Arizábal tomando asiento en la silla que Nieves le ofrecía. — No ha pasado el tiempo por ti. Eres la misma de hace nueve años... ¡Nueve años ya!... ¿Recuerdas?

Hubo un largo y embarazoso silencio. Las miradas vagaban de un lado a otro de la habitación como temiendo encontrarse. Parecían buscar en los rincones, escudriñar en las alturas, y si alguna vez se encontraban era, más que encuentro, rápido cruce. Varias veces frunciéron los labios como queriéndose decir algo. Otras tantas quedó en el misterio la palabra por pronunciar. Nieves, fingiendo tranquilidad, ojeaba, como distraída, el libro cuya lectura abandonó para recibir a José María. José María, como distraído también, parecía absorto en la contemplación de las exóticas figuras que el humo desprendido de su cigarrillo formaba en el vacío al cruzarse con un rayo de sol. Todo era silencio entre los dos, y sin embargo nunca hablaron tanto.

—¿Y a qué viniste, José María? — susurró por fin ella.

—A punto fijo no lo sé. Un íntimo deseo de recordar tiempos pasados. Un poco de nostalgia y un mucho de ilusión.

—¿De ilusión?... No comprendo.

—No es extraño. La vida tiene múltiples rarezas, Nieves. A veces un recuerdo amargo no lo es tanto porque con él nos trae añoranzas de tiempos más felices, y la amargura de un momento, ¿qué es?, ¿qué significa ante la felicidad de muchos días, de meses quizá? Al pisar de nuevo este suelo que dejé siendo casi un chiquillo, volvieron a mí en agradable tropel los recuerdos de aquel entonces, y el hombre, por su propia voluntad, se hizo niño, y por su propia voluntad ha querido vivir de nuevo los recuerdos de su primera juventud... Es extraño, ¿verdad?

—Un poco extraño, sí.

Nuevamente guardaron silencio. Los labios de José María luchaban por pronunciar una palabra, por dirigir una pregunta. No habló, sin embargo. ¿Por qué? Quién sabe si por miedo a la verdad.

Amáronse en una ocasión. Fueron felices el tiempo que juntos estuvieron. Vivían el uno para el otro, sin pensar nunca en el mañana, como si éste no existiese, como si sólo el presente fuera verdad.

Ciegos de amor, embriagados de felicidad, veían pasar el tiempo en la austeridad de la aristocrática ciudad provinciana.

Nunca pensaron que obligación alguna pudiese separarlos. Para ellos no había más obligación que la verdad de su cariño.

Pero el tiempo, el destructor de todo, fué pasando sin que ellos, absortos en su amor, lo notaran. José María iba haciéndose hombre, concluyó su carrera, y cuando ya creíanse ambos felices para siempre, imperativos mandatos familiares obligáronle a salir de la patria para ampliar sus estudios en el Extranjero.

El golpe fué terrible, ruda la separación. Promesas y lágrimas se unieron a un tiempo, y un beso largo, interminable, quizá el más sincero, selló las promesas y enjugó las lágrimas. José María partió lejos.

Estuvo ausente durante nueve años. Un día dejó de saber de ella. No pudo averiguar las razones de aquel silencio. Pasó el tiempo. José María Arizábal era ya una gloria de la Medicina. Volvió a la tierra nativa sediento de ilusión y con una firme decisión: buscarla y hacerla suya para siempre, y por ella volvió, al encontrarse frente a frente de nuevo, de tantas cosas como pensaba decir no pronunció ninguna. Sólo una pregunta, la misma, vagaba en su cerebro a sus labios, y tímidamente volvía de nuevo a su cerebro sin haber sido pronunciada.

El silencio continuaba. Mucho tiempo pasó sin que se viese interrumpido. Por fin, unos golpes dados en la puerta de la sala hicieron volver a la realidad a los que por tanto tiempo vagaron en la dulce ilusión del recuerdo.

—Adelante — ordenó Nieves.

—Señora — murmuró la doncella entrando, —el niño ha venido del colegio. ¿Lo paso aquí?

—Sí. ¿Cómo no?

Al poco rato una voz infantil alegró el ambiente:

—¡Ven, hijo mío!

Un beso largo fundió por un instante a madre e hijo. Nieves, mostrándole el niño, dijo volviéndose hacia José María:

—Mi hijo, José María.

—¡Tu hijo!...

La pregunta no pronunciada había tenido su respuesta. El tiempo, el destructor de todas las ilusiones, había destruído también la suya. La realidad, encarnada en aquella angelical criatura de seis años, parecía empeñada en convencer a José María de lo inútil de su ilusión. Parecía decirle:

—Has llegado demasiado tarde.

Nuestros poetas

Arturo Marasso



Arturo Marasso nació en Chilecito, provincia de La Rioja, el 18 de agosto de 1890. Desde 1911 vive en Buenos Aires, dedicándose por entero a la cátedra y a su labor de poeta. Es profesor de literatura en la Escuela Normal de Profesores "Mariano Acosta" y en la Universidad de La Plata. Inspirado poeta y comentarista autorizado de las letras españolas, lleva publicados los siguientes libros: "Bajo los astros", (1911); "La canción olvidada (1915); "Joaquín V. González", (1915); "Presentimientos", (1918); "Estudios literarios", (1920); "Paisajes y elegías", (1921); "Poemas y coloquios", (1924) y "Retorno", (1927). Su obra literaria, se complementa, además, con algunos folletos y ensayos.

De "Retorno", libro cuyo valor inestimable, analizamos en otra oportunidad, se transcriben en esta página algunos poemas. Son notas del más hondo lirismo y constituyen una verdadera joya para la joven literatura de América.

Vivíamos

De aledaños obscuros
llega el rumor del río,
chilla en el aire el buho
y en el umbral el grillo.
Sentimos disolverse
nuestro ser, en las cosas
y se hace más solemne
la soledad, más honda.
La Vía Láctea enciende
los tenebrosos cielos,
las altas copas mueve
la ráfaga de viento.
Va a nacer de la sierra
la luna de alta noche,
flor de la obscura piedra,
alma de viejos bosques.
Hasta esta amada casa
vendrá a hablar de tu ausencia,
despierta tus palabras
su luz en la alameda.
En esas largas horas
¿vivíamos? ¿soñábamos?
Estás conmigo ahora,
cual entonces callamos.
Veías y era el cielo,
oías y era el río,
oías y era el viento
y el álamo y el pino.
Era el pino el que hablaba,
lo oíamos, ¿recuerdas?,
lo oyes tú en la sagrada
nueva vida en que alientas.
Escucho y es el río,
veo la luna, el cielo;
vuélvese el hombre un niño,
vuélvese el mundo un sueño.

Sutilísima música

Sutilísima música escuchada
entre las peñas donde el agua brota,
en la siesta estival, en la quebrada,
lejos del hombre, en soledad remota,

Fino arrullo de agua y ave y viento,
de ave del monte; el piquillín florido
y el algarrobo al adorable acento
penétrase en la hondura de este olvido.

Agua del claro manantial, la dríada
te ama; en la siesta, en la fresca gruta her-
en el cristal de tu urna, embelesada (bosa,
te escucha; en la quietud y en ti reposa.

¿Huyó? No turbe el paso mío el suave
murmullo. Soy el árbol y el callado
amante de tus ondas; es esta ave
mi corazón, mi sueño inexpresado.

La voz amada

Deslumbrante desciende a la ribera
el sol; se inquieta el mar;
¿que voz amada nuestra mente espera,
de la onda al resonar?

Arde la nube y es el mar de rosas,
cegante hoguera el sol,
brilla en la arena en playas espumosas
encendido arrebol.

Es la hora en que el amor la mente toca;
antigua voz hablar
oímos en la espuma y en la roca,
viene a amar y añorar.

Palabras de la infancia hay en el viento
y en soledad de amor,
despierta del olvido el suave acento,
suspira en el rumor.

Voz que a mi oído con dolor murmuras.
con santa intimidad,
llevóse el tiempo halagos y ternuras,
dejó amarga ansiedad.

Tinte violeta ahóndase en la niebla;
en la onda creo ver
la vida que no apaga la tiniebla,
lo que va a renacer.

Háblame, habla a mi oído, voz amada.
aquí me he de quedar;
te escucho sollozando en la estrellada
tiniebla y en el mar.

En el silencio escucho

Del manatial borbota el agua fría
y clara entre las piedras; estoy solo;
dentro, en mi alma, en el silencio escucho;
murmura el árbol, fluye el tiempo, y alto
brilla el sol; las retamas amarillas,
la flor del aire en el cardón, el pámpano
de racimos purpúreos, en la dicha
matinal se adormecen; la cigarra
se ahonda en la luz viva; en suave instante
la peñascosa sierra y río y verdes
marañas en mí mismo se eternizan;
el tesoro de paz aquieta mi alma.
Murmura el manantial entre el boscaje,
la piedra y el silencio. Arrobo oído,
en lo íntimo; la piedra, el agua, el árbol,
la abeja. Y siglo a siglo la Hora eterna
creadora de espíritu. El reposo
de mi alma fué el reposo inenarrable
del poeta; él me escucha, hermano antiguo
en lo que es. En arrobo el hada entrega
al soñador la llave de los sueños;
y la hojita menuda, el botón de oro,
el inmóvil lagarto en la hendidura
del peñasco, contemplan viven, callan.

El arrebol palidece

El arrebol palidece;
ya el grillo su son modula,
el ramaje se estremece
y en suave ráfaga ondula.

La luciérnaga ha encendido
su viva luz en el viento;
acecha el sapo escondido,
del buho ulula el acento.

El agua al correr murmura
y el buey ve con ojo manso
que en cielo se transfigura
el verde gris del remanso.

Por la espesura en tinieblas
van inquietos geniecillos,
hay voces entre las nieblas,
pasos y fugaces brillos.

El nogal su hoja perfuma
y da su hoja el durazno.
¿Se esconde un monstruo en la bruma?
Está meditando el asno.

Oye voces misteriosas
de consuelo el que suspira;
de nocturnas mariposas
el ancho círculo gira.

Arboles verdes

Arboles verdes
en la onda clara,
remanso hojoso
de cielo y agua.

En el silencio,
la piedra, el alma,
duermen; el río
copia las ramas.

Lejanas tierras,
quimeras, ansias,
verdea el musgo,
el agua pasa.

Siesta en la sierra
boscosa, el alma
está en la piedra,
la luz, el agua.

Cúbrala el musgo
en hora en que habla
un silbo, un suave
son de agua y ramas.

Al recuerdo aún oímos

En la colina brilla Venus pálida,
está la luna llena en el cenit,
en luz de luna hay nieve de azahares
como en la vaga tarde en que te vi.

Los umbrosos naranjos son de plata,
se exhalan en aroma en la quietud,
parece que vivieran nuevamente
la primavera en que me amabas tú.

La fragancia de octubre en el silencio,
el cielo de sedeña claridad,
la montaña y el río y nuestras almas
en el murmurio de la noche están.

No ha pasado la vida, nos envuelve
en su red misteriosa la ilusión;
en la noche el recuerdo, aun oímos,
aún oímos nuestro corazón.

Arturo MARASSO

Un procedimiento que resultó ya excesivamente bueno

Por Francis de Miomandre

—A mí me parece — dijo el impetuoso jovencito, echando rayos por los ojos y haciendo el ademán de golpear con el puño una mesa imaginaria — que sólo hay una manera de conquistar a las mujeres, y es la violencia.

Y agregó, a renglón seguido, sin pizca de modestia.

—A mí siempre me resulta.

—Es, en efecto, un excelente procedimiento — repuso su interlocutor, el señor ya entrado en años, sonriendo. — Demasiado bueno algunas veces.

—¿Qué es lo que usted quiere decir? — le preguntamos, porque el impetuoso jovencito nos molestaba un poco con sus pretensiones, y nosotros sabíamos, por otra parte, que el señor ya entrado en años sabía muchos cuentos interesantes, los unos auténticos, los otros algo menos, pero siempre más entretenidos que las pobrecitas anécdotas del joven. Y no se hizo rogar.

—Yo también he sido joven— dijo con tristeza; — pero debo confesarles que en esa época de mi vida yo no compartía su punto de vista. Me había imaginado que para obtener la simpatía de una mujer era necesario mostrarse bajo el aspecto más amable. Era un resto del viejo espíritu caballeresco. Me parecía imposible como pareció a nuestros abuelos, que una dama fuera insensible a los atractivos de un galanteador tierno y discreto, y si era necesario, hasta ceremonioso. Ramos de flores, versos, caramelos, serenatas, entrevistas larguísimas bajo el claro de luna, al pie de una reja, miraditas misteriosas en la penumbra de las iglesias, etc. Todo el catálogo romántico, hoy pasado de moda, me encantaba. ¿Tendré necesidad de decirles que el sistema no me dió nunca resultado? Mi Dulcinea (que en verdad se llamaba Paulina) era decididamente indiferente. Yo no le preocupaba, ni casi existía para ella. Los ramos de flores se marchitaban sin que los pusiera en un florero, no leía nunca mis versos, distribuía mis bombones entre las sirvientas de la casa, y cuando le daba una serenata me cerraba la ventana en las narices.

Un día, armándome de valor, me atreví a dirigirle las más duras quejas sobre su actitud. Ella se echó a reir a carcajadas, y me hizo esta declaración sorprendente:

"Mi pobre Héctor, nosotros no podremos entendernos jamás. Yo soy una mujer muy sencilla, y usted... Mire, ¿quiere usted que le diga la verdad?... Usted es un actor cómico. Sí. ¡Oh, yo empleo el calificativo sin ninguna maldad! Pero es el único preciso y que conviene a su posición. Usted representa un papel. No es a mí a quien usted quiere, sino al personaje halagador que usted encarna. En el fondo se halla usted muy contento de tocar la guitarra bajo mi ventana y de arruinarse comprando flores. Pero usted haría lo mismo por Carlota la rubia o por Antonia la morena si usted las hubiese hallado en su camino antes que a mí..."

No les puedo explicar hasta qué punto su discurso me molestó. Mi indignación era mucho más profunda porque la semana precedente me había resfriado seriamente pasando dos horas en la esquina de la casa, durante una noche de temporal, esperándola en vano. Para colmo de mi desgracia, el resfriado degeneró en una congestión pulmonar. Estuve a punto de morir, y tuve que quedarme un mes en la cama. Cuando me levanté, ¡Cuál no fué mi horror al saber que en el intervalo Paulina se había comprometido con el buen mozo Pierre Berthier, un vividor, que, les juro, no tenía pizca de romántico!

La cólera me impulsó a una terrible resolución. Arrastrado por la fuerza ciega del instinto, compré un revólver, y una mañana me aposté en la esquina de su casa, esperé el paso de Paulina y apenas la vi, le disparé seis balazos, uno tras otro, sin preocuparme de apuntar, y luego, asustado de lo que había hecho, salí corriendo.

Fué una suerte que la cólera me cegase, pues en otro caso mi amada hubiese muerto en los diez primeros minutos con seis balas en el pecho, y yo, en vez de fumar tranquilamente este buen cigarro mientras les cuento el suceso, estaría en presidio. Vuelto a casa, aguardé febril y lleno de angustia la llegada de la Policía; pero ésta no fué a detenerme. Temerosa del escándalo, la familia de Paulina no se presentó a la justicia, y ella salió del paso con una leve herida en una mejilla, que le produjo un proyectil al rozarla. A su vez, Paulina tuvo que guardar cama dos meses. Apenas salió a la calle... adivinen lo que hizo...

—¿...?

—Vino a verme a casa.

Sí. Vino a casa, en un momento en que estaba solo, y... adivinen la conclusión...

Se echó a mis pies, me besó las rodillas y, con la voz entrecortada por los sollozos, me dijo:

"¡Usted es un hombre, Héctor; un verdadero hombre! Es un gesto hermoso el suyo. Ya sabía yo que si usted me amaba profundamente me lo probaría. Y así ha sido. Ahora soy suya."

Cierto. Yo veía bien que ella era mía. Yo la había conquistado a tiros de revólver, y sólo tenía que agacharme para hacerla mía. Mas he aquí que ya no tenía más deseos. Y no porque ella fuera menos seductora. La cicatriz en la mejilla... Sé bien que otros hubieran apreciado el carácter un poco singular que el ligero desperfecto daba a su belleza, acentuada por la exaltación de su sentimiento. Pero... Yo estaba como curado radicalmente, y sólo consideraba una cosa: que aquella mujer no había comprendido ni una sola de las mil delicadezas que prodiga un alma enamorada, y que no había podido sentir la santa emoción del amor más que a través de un gesto que el primer bruto hubiera podido hacer. Era a ese bruto a quien ella quería, y no al caballero. Se lo hice comprender con una glacial delicadeza.

Ella se fué desesperada.

Lo que no fué obstáculo para que, tres años después, se casara con Pierre Berthier. Tuvo cuatro hijos, y es una señora gruesa, muy gruesa...

El señor ya entrado en años guardó silencio unos segundos, y luego, dirigiéndose al impetuoso jovencito, con la más exquisita amabilidad...

—Usted ve, señor — le dijo, — que su procedimiento es demasiado infalible para ser verdaderamente bueno. Porque en la vida, lo mismo que el automóvil hay que contar con los movimientos bruscos del volante.

AVENTURERO

A mi excelente amigo don Cándido Hidalgo

De la aldea nativa salir una mañana
Rumbo a un país distante de imaginarias lomas,
Benjamín descendiente de una tribu gitana,
Fascinador de tigres y esclavo de palomas.

Cruzar todos los bosques y las praderas lilas,
Avido de aire, fresco, sediento de agua pura,
Oyendo el tintineo de las tardas esquilas,
Libre de los grilletes de la literatura.

Y hacer alto a la sombra de un árbol del camino,
Seguro que en el fondo, como el buen Aladino,
Una lámpara mágica el espíritu lleva...

Después seguir, alegre, la venturosa andanza,
Soñando — ¡oh, el Vellocino de Oro de la esperanza—
Con la fácil conquista de una América nueva!

Santos AGUILERA

GATOS ELECTORALES

(Del libro próximo a aparecer, "Hombres y Anécdotas")

SONNO IO...

Un voto nacionalista

Pietro Sciappacasse, — zapatero remendón, era una napolitano muy entusiasta por el Partido Nacional y utilizado en los días de elecciones por los directores de clubs para votar con balotas ajenas que correspondieran a personas cuyos apellidos fueran italianos.

—En todo caso, — lo instruían campechanamente, — si te observan protestala enérgicamente diciendo que sos ciudadano legal y que si no lo establece la balota ño es tuya la culpa.

—No, ¡an todo caso, dique ca soy cragoyo nomase, derechite vieque, figlio d'taliano, e todo el mundo boca abaco!

. . . .

. . . .

Llegó el momento de que, faltando el "gato criollo para una balota, se echara mano al "nación".

Andate a la mesa del 4o. distrito de la 15a. sección y votá allí por Epifanio Pérez. ¿Entendiste bien?

—¡Ah!... ¡Avise si sono matorrangue...!

Y como todavía no regía el voto secreto, allá marchó el amigo Schiappacasse con una balota más criolla que el mate amargo, extendida a nombre de Epifanio Pérez. Próximos a la mesa receptora habían unas doce o quince personas, razón por la cual el "gato", no obstante su apremio por seguir la "gira de circunvalación" hubo de esperar, no sin antes hacer entrega al presidente de la mesa de la balota para que lo llamaran en su debida oportunidad.

Tras breve espera le llegó su turno.

—¡Epifanio Pérez! — gritó el presidente.

Y una voz meliflua con esa entonación de canto, característica de los hijos del Vesubio partió del grupo ciudadano.

—¡Sonno io...!

¡PRESBITERO...!

Un voto colorado

Ya lo hemos dicho:

No teníamos voto secreto todavía y los "gatos", de ambos pelos andaban en manadas.

Ante una mesa receptora se presentó cierta vez con la balota de un cura, un sujeto no muy bien trajeado y con cara de pocos amigos, entregando el documento que estaba extendido a nombre de Enrique Aguirre. Caso clavado de "gato", fué observado por uno de los de la mesa, quien leyendo la filiación del sujeto preguntó:

—¿Oriental?

—Es verdad.

—¿De 34 años?

—Así es.

—¿Soltero?

—Parece...

—¡Presbítero?

—Sí señor; por parte de madre...

. . . .

Rómulo F. ROSSI.

Montevideo

Reminiscencias y anécdotas de una época de romanticismo periodístico

Con don Alfredo Varzi, soldado de aquella pléyade lírica de obreros del cerebro y del bien

Muy a menudo siéntese la necesidad de cerrar los ojos a la existencia presente y volver a los tiempos pasados, con sed de recuerdos y anhelo de reviviscencia, que proporciona frescura espiritual incomparable. Ayer, con la pátina que los lustros recubren su fisonomía, adquiere ese valor de antecedente que se sume en la bruma, sirviéndonos de estímulo o evitando el aletargamiento que producen las fatigas de vida intensa y es el consuelo de las almas atribuladas cuando las cabezas se recubren de la nieve que señala la vejez. Es tan grato recordar otrora. Proporciona solaz tan exquisito la contemplación en luna de plata de las imágenes que desfilan, poblando el alma con sonrisas que inundan de sentimentalismo, saturando con perfume sedante y metafísico! Para la juventud, para aquellos que llevan blanca la foja, diré parafraseando, estudiar ayer, asistir a representaciones pretéritas, renovar los sentimientos con un poco de sustancia añeja, de donde todo parte, constituye enseñanza elocuentísima.

Los comienzos de nuestro periodismo encierran cuadros tan hermosos, dignos que la pluma los describa, para ejemplo de las generaciones nuevas. Su marcha ascendente todos los conocemos; lo que se ignora son esos tiempos gloriosos, base de su actual grandeza.

Así conversábamos con el señor Alfredo Varzi, en su alojamiento del Cecil, mientras anillas azules de su cigarro habano describían arabescos azulados que ascendían al techo del elegante fumoir.

Nombrar a este inteligente y espiritual escritor rioplatense, equivale a sintetizar la amenidad de fondo y el romance cristalino. A reclinarse en lecho donde se sueñe con mujeres hermosas y atrayentes paisajes subjetivos. Magister con dotes de causser habilísimo, su personalidad de intelectual se adorna con preciadas galas. Justamente renombrado autor teatral, de rara enjundia, periodista sutil, ágil e irónico, actualmente no desarrolla toda la actividad que desearía en las letras, ocupado como está en tareas diplomáticas. No obstante Varzi, cuando no escribe, observa, penetra en modalidades, tendencias e inquietudes colectivas y luego estudia hábitos y costumbres para analizar en trabajos profundos y en comentarios salpicados con lindos brochazos de buen humor, defectos, morbosismos e idiosincracias y temperamentos.

—Hace mucho que no conversa con Vega Belgrano?

—¡Don Carlos! Verdadero Mecenas del periodismo, como lo calificó el doctor Manuel María Oliver, en un notable reportaje. Tuvo sus talegas abiertas como su corazón generoso, para toda la bohemia y fundió su fortuna entera en aquel diario que supo recibir el calor de Buenos Aires, traduciendo en sus hojas las aspiraciones populares y orientando la opinión con artículos maestros, hechos por muchachos generosos y plenos de talento, entusiasmo y altivez, que Vega supo mantener en la redacción. Todo lo que pueda decir parte de la época del lejano "Tiempo". ¡Qué años aquellos! Cuando me acuerdo me invade la nostalgia. Nunca olvidaré lo que nos ocurrió cierta noche. Salimos del diario después de haber realizado tarea improba, con un apetito terrible, canino. No había ni tranvías y en el bolsillo no teníamos más que contados discos... El arqueo que realizamos en camaradería arrojó un haber bastante franciscano. Ni aun queriendo ser frugales podríamos cenar. Ibamos pensando en cosas tan prosaicas, por la calle Artes, hoy Pellegrini, cuando un olor penetrante y sugestivo, acarició con vehemencia nuestras pituitarias. Previa investigación hallamos el foco. En mitad de cuadra una panadería. A esa hora estaban haciendo masas. Dominados por el apetito que el olorcillo había acentuado, entramos en el negocio. El maestro de pala, el mayor y los ayudantes colocaban sobre unos estantes las hornadas calientes. No pudimos resistir. Compramos dos panes para cada uno. Eramos seis. Y fuimos comiendo con impulso ancestral. Imagínese el efecto. El pan nos produjo una indigestión de esas de padre y señor mío. Más de quince días estuve padeciendo a causa de eso.



El escritor Alfredo Varzi, canciller del consulado uruguayo, acompañado de nuestro redactor, señor Roque Cepeda Verón, posando para FRAY MOCHO.

—Alguna anécdota de esos años.

—Un día el director Vega Belgrano, me comisionó a que fuera a un banquete que se serviría en el pabellón de la Plaza San Martín, preparado por los organizadores de la Exposición Vinícola Italiana. Ya en la mesa, noté que había vino a derecha e izquierda. No podía ser de otra manera tratándose de una vinícola.

Con una abundante comida nos sirvieron diez clases de vino. Yo me puse en un estado tremendo. Veía duplicarse, triplicarse y cuadruplicarse a mis vecinos. Me levanté veinte veces para hacer uso de la palabra sin lograrlo. La retirada fué colosal. Vivía entonces en la calle Balcarce cerca de la casa de Gobierno. Hacia allá me dirigí con paso seguro. Seguí, seguí, siempre derecho, hasta llegar al puerto y cuando faltaban pocos metros para entrar en el agua, un hombre que se hallaba en los muelles me gritó: ¡Eh! eh, ¡dónde va Vd? — A mi casa le repuse con aplomo. Mirándome de cerca el intruso se percató de que era una víctima más de la influencia báquica. Me metió en un coche y me hizo llegar a casa. De lo demás estoy confuso. Sé que Vega Belgrano esperaba desesperado al día siguiente mi crónica sobre el banquete y al objeto me hizo buscar. No sé como no morí ese día.

—¿Qué opina de la naurastenia?

—Es una enfermedad de muchos que no la tienen.

—Y de las personas que caminan veloces por las calles?

—Que en esta ciudad hay mucha gente que va ligero para no hacer nada.

—¿Qué es lo que usted más defiende?

—Todo aquello que trasunta alma, y no cerebro.

—¿Se acuerda de "El País" y "Sarmiento"?

—Eran dos órganos vigorosos que hacían honor al periodismo nacional. En ambos escribieron ilustres argentinos, cuya actuación llena páginas de nuestra historia. Era director de "El Sarmiento", Manuel María Oliver, ilustrado escritor, gran y querido compañero. El lo fundó y supo imprimirle una orientación, una fisonomía y un corte bello que jamás olvidaremos los porteños. Ambos diarios defendían la política de Carlos Pellegrini.

—¿Y "El Nacional"?

—Fundado por Vélez Sarsfield, tuvo siempre dirección y colaboración selectas.

—¿Qué timbre presentaba aquella época de Buenos Aires?

—Era romántica, lírica, nobilísima. En todas sus manifestaciones, especialmente las intelectuales. Los periodistas eran Quijotes con pluma en ristre a manera de lanza, con la que desparramaban ingenio chispeante e hidalguía, deshaciendo enrriedos y satirizando deformidades. Había más corazón y desinterés; mayor colorido caballeresco.

—¿Qué piensa de la Capital?

—Aunque nacido en el Uruguay me siento argentino, identificado con todo esto, por lo que protesto contra esa denominación que nos separa como a extranjeros. Yo soy rioplatense.

—El Uruguay es un pedazo grande de nuestro suelo.

—Sí y los lazos entre ambos países son tan profundos y fuertes que no hay nada que se oponga a que todo nos acerque cada día más en afecto, ya que en alma estamos confundidos.

—Hay comunión íntima entre ambas hermanas. Es sangre de los gloriosos 33 argentinos que surcaron el Plata, la que corre por las venas de sus compatriotas.

Varzi asiente gratamente conmovido.

—¿Qué puede decirnos de Artigas?

Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

—¡Qué puedo decir de Artigas! ¡Ah, amigo periodista, es tan grande la emoción que experimenta mi alma ante la figura del ilustre, que nada más que el propio silencio podrá traducirla con la fidelidad merecida.

Estoy muy grato con aquellos que han sabido colocar al héroe cispiatino en el lugar elevado y que por sus hermosos méritos le corresponde.

—Lejos de la fantasía popular y cerca de la verdad. Bien aquilatados sus valores.

La tarde declina. El cigarro se ha apagado, consumido casi. Llega la hora poética del crepúsculo. La quietud penetra en los ánimos.

Nos despedimos. Quisiéramos continuar embriagándonos con evocaciones tan lejanas y tan cerca de nosotros, de sabor íntimo, pero Varzi expresa:

—El corazón manda. Ha llegado mi hora sentimental.

Se aleja con paso chico, elegante de minué federal, resplandeciente, en un rosicler de amor.

Roque CEPEDA VERON.

La obra que más puede valer

Por José Pavía R. - Jaen

Se le tenía por excéntrico; en la casa pasaba por huraño y en realidad mostrábase así, con el laconismo de sus buenos días y sus buenas noches, sin gesto ni ademán que autorizara a retribuírselos con mayor amplitud. Era un hombre alto, de edad crepuscular y de rostro y de modales bondadosos, aunque enérgicos. Había llegado a la casa hacía tres meses y ocupado el altillo que locaba, y desde entonces, que al extendérsele el recibo dió su nombre, no pudo averiguarse más de él. Salía a la mañana, regresaba a mediodía, tornaba a salir a prima noche y se retiraba muy tarde, tan tarde que nadie le había visto retornar. Era medio misterioso; de madrugada, los que con el alba se levantaban en la casa, habían advertido luz en su pieza, a través de las rendijas de la puerta, lo que al llegar a oídos del encargado le había valido un aumento de alquiler. Don Matías — así se llamaba — recibió la noticia sin dar muestras de extrañeza, agrado o descontento; para evitarse explicaciones, a principios del mes siguiente, en vez de entregar al encargado los tres billetes de a diez pesos como de costumbre, y como importe de su locación, le entregó uno de cincuenta, para que se cobrara lo que fuese. Este estoicismo, como era natural, acabó de acreditarle: se trataba en verdad de un hombre raro.

El altillo de don Matías lindaba con el mío; mejor dicho, el altillo de la casa se componía de dos habitaciones: una la que ocupaba don Matías, otra, la de más al fondo, la que locaba yo. Entre una y otra, en la galería, había una canilla con su correspondiente pileta y sumidero, en donde nos solíamos encontrar todas las noches. Al principio, como era natural, nuestras relaciones se redujeron a un lacónico saludo, pero, con el desfilar de los días y lo que pudiéramos llamar el "flechazo" que las personas se producen, llegáronse a trocar en amistosas. Una noche fué él quien — con motivo de estar lavando sus adminículos de infusionar café — me brindó una taza, lo que de por sí trajo mi acceso a su habitación; otra, en que por retribuir atenciones le invité con chocolate, fuí yo quien lo llevé a la mía. Total, que en el transcurso de muy poco tiempo y con recíprocas invitaciones, habíamos establecido una costumbre: la de congregarnos a diario y departir de todo, porque de todo hablaba don Matías y con no poca sapiencia.

Su historia no me la contó de un tirón; no era necesario ni tampoco, quizá, hubiera resultado de este modo muy amena, pero en trocitos, con motivo de tal o cual tópico de la conversación que parecía suscitarlos, llegómela a decir. Había nacido muy lejos, en un lugar cuyo nombre no puedo acordarme pero de cuya ubicación y características podría suministrar los más preciosos datos; había recorrido la casi totalidad de la superficie del mundo, en dos o tres ocasiones, y habíase ganado la vida en profesiones muy distintas, desde la modesta de amanuense de un consignatario alemán, radicado en El Cairo, hasta la encopetada de consejero de un político de primera magnitud, de un país de América. Se había casado dos veces, había enviudado otras dos y perdido el único hijo que tuvo, de su segunda mujer, lo que daba a sus recuerdos la pincelada trágica. No fué rico; pero disfrutó de posiciones como si lo fuera; tuvo amigos falsos, mujeres pérfidas y el cortejo, sin fin, de admiradores egoístas, que no bien atisbaron un pequeño descenso en su posición, se desparramaron y perdieron.

Don Matías sabía muchas cosas; pero en lo que don Matías lograba resaltar era en lo que podríamos decir su verdadera profesión: en escribir para el público. Pensador original, tenía frases y aforismos muy felices, en donde la ironía y el buen gusto jamás se desbancaban. Un día, con motivo de la felicidad que disfrutaba un matrimonio de una pieza de abajo; ella ya de edad y él mucho más joven, antítesis de otro colindante con ellos, de iguales circunstancias aunque inversas, mi interlocutor llegó a decirme: es norma indesmentida: la mujer y el botín tienen mucho parecido: cuando no nos molestan... pues es, que ya no sirven. Y siguió hablando de otra cosa, con respecto a la cual también tuvo su puya.

Era el arquetipo del narrador entretenido; la personificación del cronista que buscamos en las páginas de los magazines. Pero no había llegado la ocasión de que me lo contase.

Me lo dijo una noche en que, decepcionado yo por la dificultad de colocar mis "cosas", necesitaba más que nunca de las palabras de un amigo. Es un episodio breve aunque no falto de gracia.

"Como usted, compañero — don Matías me designaba siempre así — ya desconfiaba yo conseguir un lugar en la falange de los que escriben para el público. Para ésto, como es obvio, no solo se necesitan condiciones sino también la oportunidad de mostrarse, y aunque no novel, pues ya me había entrevistado varias veces con el "respetable", necesitaba la tribuna autorizada desde la cual poder decir lo que tuviera que decir. Ya desconfiaba, digo, de que la revista norte de mis aspiraciones cobijara mis trabajos. Eran muchos los que le llevé a su director y de muy diversas índoles, y unos por una cosa, otros por otra, todos me los habían devuelto, aunque asegurándome siempre que al primar su gusto sobre el de los lectores, ni uno solo me hubiera rechazado. Pero en el periodismo, como en todas las cosas, lo primero era el negocio y había que conformar primero a los que el negocio representaban, y dejarse de lirismos, aunque de lirismos se tratase. Yo estaba desconcertado; por más que hacía no alcanzaba a comprender las características de lo que él llamaba el género de su semanario, y aunque me lo leía de punta a punta, deteniéndome a veces en nimiedades grandes, no lograba descifrar lo requerido.

En la casa de pensión donde me hospedaba, se alojaba también una divette, corista o bailarina de un teatrillo de arrabal, que, aunque no artista en el sentido amplio de la palabra, me había demostrado poseer la intuición de lo que al vulgo gusta.

Notándome mohíno, sabedora de mi desagrado y conociendo, como conocía, la casi totalidad de mi producción, me dijo: "Llévele usted "La Fosa"; si no se la publica... me dejo yo... afeitar las cejas.

Y más como galantería a su indicación que como recurso de conseguir mis propósitos, dos días después, tímidamente, como nunca, por la flojedad de lo que le llevara, entregué al director el cuento diputado.

Mi asombro fué grande cuando, al retornar al poco tiempo, me espetó:

—Esperándole estaba; la dirección ha resuelto que colabore usted rentadamente, en todos los números. Para el próximo deberá usted enviarme la poesía gnómica que me trajo días pasados; el cuento último es de mérito, pero vamos a reservarlo para más adelante. Bien entendido que queda aceptado y que puede usted, cuando guste, percibir sus derechos.

Yo salí de la redacción restregándome los ojos, para lograr ver bien y despertar si es que estaba durmiendo. Pero no soñaba; la novelita insulsa me había franqueado la fortaleza inexpugnable que a tantos y a tan vanos intentos se había resistido.

¡Cosa más rara! Una narración sencilla, sin mérito alguno y sin novedad mayor; la historia de un pobre hombre a quien, por mantener la posición social que no tenía, le imponía la mujer los mayores vejámenes. Esto sí, con lujo de descripciones y grande despilfarro de filosofía barata. ¡Y pensar que aquello!... Pero con el desfilar de los años encontré la explicación: mi novelita era, habiéndose escrito mucho antes de ocurrir los sucesos, la historia fidedigna del director del magazine. Y ahí tiene usted cómo, cuando menos se piensa y con lo que se cree más inaprovechable, se consigue lo más. Claro está que, de ésto, no vamos a deducir que haya que dejarlo todo librado al Destino, ni menos aún que todo estribe en sorprender una vida; pero nos permite asegurar que nuestra mejor obra, la que más pingües frutos nos haga merecer, no podemos diputarla ni menos aún proponernos su e l a b o r o; acuérdese usted de Colón, que murió sin saber que había descubierto un nuevo mundo.



EL COCO

Todos los niños tienen miedo en las noches yertas
del Coco que los cela por detrás de las puertas
para meterlos en su capuchón de abad...
No rías de los niños, ¡oh vieja Humanidad!
Que tú también le temes al Coco misterioso
que ruge por la boca del huracán furioso,
que unge de los tiranos los sangrientos puñales,
que no se afeitó nunca las barbas colosales
y que te acecha, como los bonzos han escrito,
allá, detrás de la puerta del Infinito.

GUERRA - JUNQUEIRO.






El reloj de arena

Por Jean Bouvier

Celestino Loriot ejercía la profesión de agente de negocios en el pueblo de Bize-la Risette, lugar fecundo en pleitos y pleitistas.

Era hombre prudente, avisado, de mala intención, cualidades que, unidas a su gran conocimiento del derecho usual y de las costumbres locales, le habían dado una gran notoriedad en el país.

Los vecinos de Bize-la-Risette acostumbraban consultarle con preferencia a los abogados y notarios, y su casa, una pobre casucha ruinosa de las afueras del pueblo, estaba atestada los días de feria y de mercado.

Emboscado detrás de su mesa de despacho, llena de papelotes y folletos, Loriot aguardaba a sus clientes como la araña a la mosca que ha de ser su víctima.

En cuanto tomaba asiento un cliente, Loriot colocaba un reloj de arena, que le servía para fijar la duración de la consulta, y, por tanto, los honorarios que debía pagar el cliente.

En diez minutos, el reloj vaciaba su provisión de arena por cinco francos.

Si el cliente quería continuar, Loriot volvía el reloj, y por otros cinco francos le escuchaba otros diez minutos, y así, sucesivamente. Por el mismo procedimiento se contaban las fracciones de tiempo.

Era una costumbre admitida, una tarifa aceptada.

A nadie se le había ocurrido protestar.

Cuando al salir decía alguno: "He empleado dos relojes y medio o tres relojes y cuarto", ya se sabía lo que le había costado su asunto.

Algunas veces, cuando la cuestión litigiosa era muy importante y eran precisas largas explicaciones, Loriot hacía una rebaja convenida o se fijaba como precio un tanto alzado. Pero esto sólo ocurría en casos muy excepcionales.

Una mañana, estando en la cama Loriot, llamó a su puerta su vecina la Biraud.

—Abra usted en seguida, que tengo que hablarle de un asunto urgente.

Loriot se levantó, abrió la puerta y dejó pasar a la vecina, que parecía muy excitada y daba muestras de una gran cólera.

—¿Qué le ocurre? — preguntó Loriot.

—Hacerle una pregunta, ya que se da usted tanta maña para desembrollar toda clase de asuntos.

—Hable usted — le dijo el agente, colocando sobre la mesa el reloj de arena. — Y dése prisa, porque mi tiempo es oro. Todo el mundo lo sabe.

—El mío vale tanto como el de usted — gruñó la Biraud.

Y puesta en jarras le preguntó:

—Diga usted. El dueño de un animal, ¿es responsable de los daños que éste cause, y debe, por tanto, pagarlos?

—Plantea usted un problema muy difícil de resolver, sobre todo, a las cinco de la mañana, y en vista de ello no puedo darle la solución por menos de seis relojes y medio.

La Biraud, que nunca había necesitado los servicios del agente, no estaba al tanto de esta tarifa del reloj, y respondió:

—Contésteme usted primero, y ya veremos después.

—Como usted quiera.

Durante largo rato estuvo consultando un voluminoso Código, y en tono doctoral dijo:

—Veo aquí en la ley que todo propietario de un animal es responsable de los daños que éste causa. Deberá, por consiguiente, abonar el importe de estos daños, previa justa estimación.

—¡Entonces — exclamó triunfalmente la Biraud — me debe usted treinta francos.

—¿Por qué?

—Por que su maldito perro ha entrado en mi gallinero esta noche y se ha comido tres pollos. Como el precio de éstos en el mercado es de diez francos, me debe usted treinta.

Loriot recibió impasible la ducha.

—Págueme — dijo la mujer tendiendo la mano.

—Paciencia. Si es cierto que le debo treinta francos por los daños que le ha causado mi perro, no es menos cierto que usted, por su parte, me debe treinta y dos francos y medio por la consulta, pues hemos convenido que, en vista de lo intempestivo de la hora, y dada la importancia de la cuestión, me pagaría usted seis relojes y medio, que a razón de cinco francos el reloj, hacen los treinta y dos francos y medio que me tiene que abonar.

Y como yo debo entregarle treinta francos por los daños de mi perro, y una deuda destruye la otra, resulta que todavía me debe usted dos francos y medio.

La Biraud salió amenazando con llevar a Loriot ante los tribunales; pero todo el mundo le aconsejó que desistiera, pues la tarifa del reloj había adquirido en la localidad fuerza de ley.

MUDANZA

Cubre tu tersa mejilla
El sol del ardiente estío,
Y el invierno, yerto y frío,
Embarga tu corazón.

En breve habrá en ti mudanza;
Saldrá a tu rostro, bien mío,
El invierno, y el estío
Arderá en tu corazón.

Enrique HEINE

La visita del crucero sueco "Fylgia".





El capitán de Navío Nils Akerblom, comandante del crucero "Fylgia", buque escuela de la armada de Suecia, acompañado de la oficialidad del buque, poco después de su llegada a nuestro puerto.



Grupo de guardiamarinas que cursan sus estudios a bordo del "Fylgia"



El buque escuela atracando a la dársena.

BAILE DE GALA EN EL CLUB DE FLORES





Dos vistas de la concurrencia, obtenidas durante la realización del baile de gala con que el Club de Flores festejó la entrada del nuevo año.

Bibliografía



De izquierda a derecha: señores Julio Vignola Mansilla, Alberto Romero y Eduardo Eiriz Maglione, autores de los libros "Senderos de Maya", "Soliloquio de un hombre extraviado" y "Críticas" (Pintura y Escultura), respectivamente, que acaban de aparecer.







PAVOROSO INCENDIO EN EL BARRIO DE LA BOCA



Presa de un voraz incendio, ocurrido en el barrio de la Boca, fué totalmente destruída la edificación de madera y cinc que contenía la manzana comprendida por las calles Pedro Mendoza, Olavarría, Gaboto y Lamadrid. — Un aspecto del lugar del siniestro, mostrando los restos de la manzana reducida a cenizas.



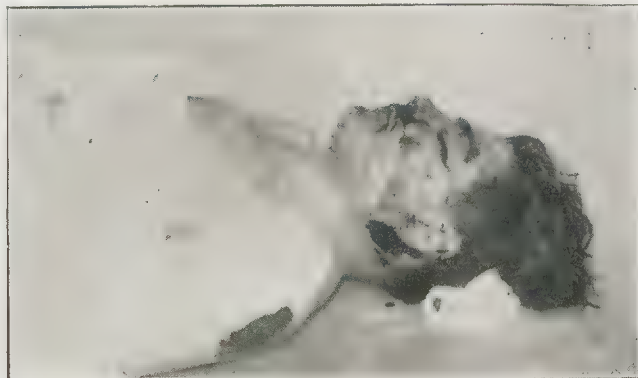
Estado en que quedó el edificio del destacamento de la Prefectura Marítima, igualmente arrasado por el fuego.



La manzana lindera a la del desastre que, como puede observarse, también fué seriamente dañada por el incendio



Otra vista del sitio del desastre en que perdieron su hogar ciento ochenta familias y en que resultaron un muerto y numerosos heridos, el primero perteneciente a la dotación de bomberos que acudió a combatir el incendio.



El heroico bombero Juan Regino Cuevas, que perdió la vida abnegadamente en el cumplimiento del deber, al atacar el voraz elemento.

CLUB JOSÉ C. PAZ



Señoritas que concurrieron al festival organizado en celebración de la entrada de año por el Club José C. Paz, entidad constituída por el personal de nuestro colega "La Prensa".



Regreso del Doctor Feinmann

Después de una gira de año y medio por Alemania, Francia, Italia, Suiza, Austria, Checoeslovaquia y España, adonde fuera enviado por el Gobierno Nacional y por el Poder Ejecutivo de la Provincia de Buenos Aires, con el fin de estudiar a fondo las instituciones hospitalarias de asistencia médica a los accidentados y enfermos del trabajo y las organizaciones políticas de protección a las clases trabajadoras, acaba de regresar al país, nuestro colaborador, doctor Enrique Feinmann, una vez satisfactoriamente cumplida su misión científica. En su carácter de facultativo, el doctor Feinmann asistió regularmente a diversas clínicas de Berlín, París y Viena, e invitado a dar algunas conferencia, habló en las Universidades y centros culturales de Italia, Austria, Francia y España.

SOCIALES



ENLACES. — Lola Celia López Cerri - Lorenzo Elisabe.



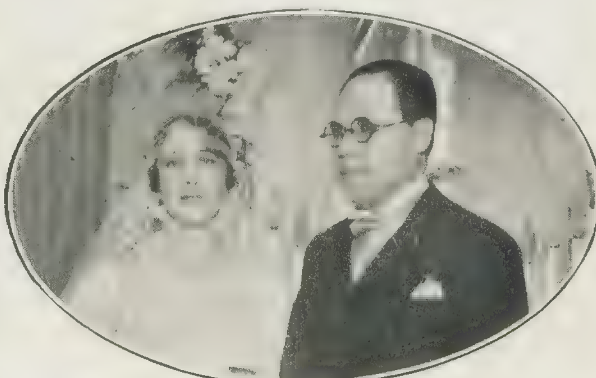
Tina Irene Mallié con José María Etchichury.



María Elena Benicia Ramírez Lassalle - Ramón Damián Gómez.



Celia Quiroga Molina - ingeniero Manuel E Ver



Lilia A. Pittaluga - arquitecto Pedro M. Bardi.



María Elisa Zapata - Plácido Mario de Llano.



Ofelia Blanca Bornemann - Coronel Camilo Idoate



Agueda Esther Reggini - Roberto P. Filippi.



Sarah Esther Warschawzky - Simón Rosenfeldt



Murthe - Favereau.



González - Podestá.



Los milagros del amor

Por Concha Espina

ALTO el sol, azul el cielo, ¡y un aroma en el campo y una alegría en el valle!!...

Ya salía la procesión, con mucho rumbo y mucho repique de campanas. Cuatro mocetones como castillos al decir de alabanciosos comentarios, llevaban las andas bizarramente, y la Vírgen del Carmen, desde el blando vaivén de su peana, sonreía, con el Niño en los brazos, muy puesta de bordada mantilla y de recamados nuevos en el traje. Mecía la señora en su dosel, con mucha solemnidad, varios ex votos flamantes, y uno de ellos consistía en dos trenzas sedosas de pelo rubio.

—Son de Lina — dijeron al punto que las contemplaron las mozas del lugar.

Y algunos pérfidos resplandores de contento brillaron en los ojos de las afirmadoras.

De Lina parecen — repetían las mujeres casadas con más indiferencia.

Los viejos callaron. Y los mozos dijeron con una persuación que era un himno de alabanza:

—De "ella" tienen que ser, que no hay en el valle otras aparentes como las suyas.

Una madre que rezaba, apartándose de los comentarios, sonrió con orgullo, y un muchacho guapetón y seriote, suspiró meditando.

—¿Si serán suyas?

Era este joven uno de los portadores de la imagen, y las trenzas rubias le iban dando unos golpecitos suaves como caricias en el hombro y en el cuello al compás de la marcha.

Pues, señor, aquel dale que te dale de los sacrificados cabellos iba poniendo nervioso a Manuel — así se llamaba el mozo — que ya exaltado y fuera de sí, dió en pensar que su negra suerte se le tornaba propicia; que su vida era ya, toda, un día de sol y de fiesta, como aquel de la patrona; que el cielo se quedaba para él siempre azul, claro el sol resplandeciente, olorosa y llana la tierra: Lina le quería, Lina se casaba con él... Todo ello era un milagro de la Vírgen del Carmen; una gran merced lograda por mediación de las trenzas rubias...

Se acordaba "como de ayer" de aquel día invernizo y triste en que ya seguro del despego de su novia, la conminó de esta manera:

—Si no me quieres, no "hables" conmigo por lástima, y me voy.

Ella suplicó sollozante y confusa:

—De buena gana te querría como antes, pero no puedo, Nelito.

—¿Y por qué no puedes? ¿Te ofendí en alguna cosa sin saberlo?... ¿O será que te ronda, con más suerte que yo, el forastero ése de la zamarra?... Responde, Lina, que dueña eres de tu voluntad, y yo no soy nadie para estorbarte el gusto.

—No es que me ronde otro — respondió la muchacha con grande azoramiento, — sino que "yo sola" sin motivo, me arrepentí de haberte dado palabra de boda... Y ya que tú no quieres "estorbarme el gusto", Dios te lo pagará si no vuelves aquí como novio...

Así mismamente lo dijo: "si no vuelves aquí como novio".

El no volvió; y desde entonces no se había acabado aquel día tristísimo de invierno... ¿Que medraban la cosecha? ¿Que aromaban los huertos? ¿Que había danzas y jolgorios?...

Para Nelito no existía en el pueblo más que un tío sinvergüenza, muy fachendoso, muy puesto de zamarra y camisola, rondando a Lina con perversas intenciones.

Porque del forastero se contaban malas historias; decían unos que era casado; otros, que era anarquista; aseguró el cartero que recibía periódicos "prohibidos", y en la feria de abril un traficante dijo que le conocía, y que no se llamaba Daniel Palacios...

¡Pobre Lina! Ya se murmuraba de ella en el lugar: que si su rondador era "afortunado", que si saltaba las tapias del huerto y tenía embeleñada a la moza...

Pero Manuel se acordó de pronto, como un fuerte rafagazo de esperanza en el corazón de que la noche del despido, cuando él salía, zozobrante de pena, por medio del corral, ella le llamó para decirle:

—Tú eres bueno; siento hacerte sufrir... yo pediré a la Vírgen del Carmen tu felicidad...

—Nada había respondido él, mudo en la angustia del llanto que tenía en el alma.

Mas hoy, al recordar con inefable contento la promesa de Lina, un aura de milagro le refrescó el semblante. Y pensó así: la moza, compadecida, le ofreció a la Patrona sus trenzas por mi bien.

Y la Vírgen, como es tan sabia, fué y dijo:

—Esta chica no comprende que el único bien de ese babieca es la personita que me lo pide; voy a hacer un milagro: el de la zamarra se marchará del pueblo tan misteriosamente como vino, y Lina y Manuel se casarán...

Una vez tomada esta determinación, nuestra Señora del Carmen decidióse a realizar el prodigio el día de su fiesta...

A la vera del portillo se encontraron los mozos. El, sin saludarla, blanco como un muerto, le dijo, tendiéndole el papel que llevaba en la mano:

—¿Es esto lo que buscas?

Miró Lina al escrito, miró al muchacho y pasmada, repuso:

—Esto es. ¿Dónde lo encontraste?

—Una chiquilla lo halló en un matorral de la castañera; ahí, según se sale. Estaba cantando la niña el "Quién perdió...", y dije que yo lo había perdido.

—Dios te lo pague, Manuel; y oye:

Se retiró hacia la puerta, asiéndole del brazo, y muy conmovida le dijo:

—En el pueblo me juzgan mal; no me importa si tú crees lo que voy a decirte. "Ese" que llamaban Daniel era novio mío; me gustaba pero no lo quería, ¿entiendes?

—No.

—Ese que no me parecía bueno como tu padre y como tú ¿sabes?

—Sí.

—Pretendía que yo bajase al huerto por las noches, muy tarde, para hablar con él, pero no quise nunca. Como en casa no le dejaban entrar, me ponía papeles, con cantares, en el hueco de aquel castaño. En uno de estos papeles me pidió con tales súplicas una cita, una sola, aquí de noche, que yo... consentí, y se lo prometía en esos renglones que tú leíste. Iba a llevarlos al sitio donde él me dejaba los suyos, y en el camino me arrepentí; dí la vuelta para casa, y al llegar reparo que he perdido el papel. ¿Lo crees, Nelito?

Y él con la cabeza, con los labios y con el corazón, responde:

—Sí.

—Pues verás lo que pasó. Al día siguiente me dijeron que Daniel Palacios había desaparecido del pueblo. Me quedé como tonta; no tenía sentimiento, pero sí mucha sorpresa, y tanta curiosidad, que ocurrí al escondite del castaño a ver si me dejaba algún aviso. Había allí una carta, pero no estaba en verso, y pásmate: era toda de insultos y de burlas, discurridas por el despecho de las citas que le negué. ¿Quieres ver esa carta, Nelito?

Con todo su cuerpo y con toda su alma contesta el mozo:

—¡No!

Ella, triunfante, deliciosamente bonita con su melena infantil y su aire confidencial, dice:

—Mi apuro, mi vergüenza, era ese papel que perdí; por encontrarle ofrecí mis trenzas a la divina patrona. Y ella me lo manda por tus manos.

—Para tí, Lina, hace milagros la Vírgen, — suspira el galán.

—Y para tí también, — añade la niña ruborosa.

—¿Cuál es, mujer?

—¿Venís o no, muchachos? — grita, desde el portal, la madre.

Y poco después, bebiendo el dorado vino de la Nava, al calor de los ojos prometedores de Lina, creyó Nelito que soñaba una felicidad toda de oro, dormido en siesta abrasadora al resistero del sol de julio, mes de rosas, de fiestas... y de los milagros de amor.

Actualidades cinematográficas



Flobelle Fairbanks, hija del célebre Douglas, una de las más jóvenes estrellas, que aparece en producciones Warner Bros, de la General.



Alberta Vaughn, Gaston Glass y Artur Hoy en "En los tiranos de acero", que la Corporación Argentina exhibe desde el sábado último.



Sally O'Neil, versátil y encantadora actriz de la Metro-Goldwyn-Mayer, convertida en un exquisito timonel.



Mary Philbin en una escena de "Rendición", otra de las extraordinarias que dará a conocer este año la Universal.



Escena de "La bala marcada", con Buck Jones como protagonista, que la Fox estrenará el jueves próximo.



Escena de "No descuides a tu mujer", donde intervienen Louise Fazenda, J. F. Mc Donald, Sammy Cohan, Dorothy Philhis y animales amaestrados que la Fox estrenará en la semana próxima.



Paul Robeson, célebre actor negro y Virginia Grey, protagonistas de "La cabaña del Tío Tom", uno de los films extraordinarios que la Universal estrenará este año.

"Buenos Aires s'amuse"



María Ley, estrella de la Compañía de Revistas Pierre Sandrini, en la obra "Buenos Aires s' amuse".



Las bailarinas de Sandrini con el más cómico de los danzarines, Mr Gregor, uno de los mayores éxitos en el espectáculo de referencia.



Mara Sisters. dos de las figuritas más simpáticas que intervienen en la mencionada revista.

De la temporada en Cacheuta



El paseo mañanero



Familias de Paez, Bravo y Balbi.



Señor Luis M. Rossi



Una pareja feliz





En pose para recuerdo



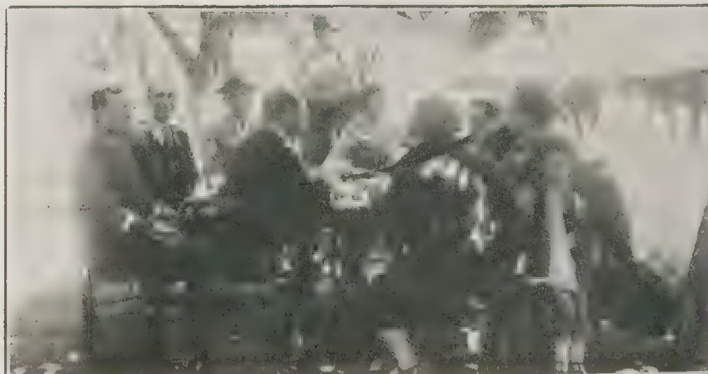


Señor César M. Heredia y señora



Chicos y grandes.





Contemplando los cueros de los chivos engullidos

Fots. Bejarano.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



RIO CUARTO. — El señor Marcos Lloveras hablando durante el homenaje tributado ante la tumba del Doctor Carlos Maidana, con motivo de cumplirse el primer aniversario de su muerte.



Grupo de miembros del foro y del comercio local, que participaron en el homenaje rendido a la memoria del doctor Maidana.



SAN LUIS. — Maestras normales recientemente egresadas de la escuela "Paula Bazán"



Maestros normales últimamente diplomados, acompañados del director, señor Nissen



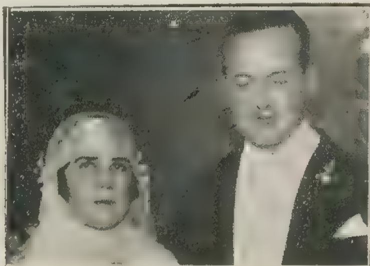
Niñas que recibieron su primera comunión en la iglesia matriz



Señor Heriberto Mendoza, ex senador nacional recientemente fallecido.



ROSARIO. — Enlaces. — Dorita Kokie - Branko Ruben



Elvira Secanell - Rodolfo Boldt.



Amalia Bettina Murguiondo - Aníbal Sarmiento.



Josefa Prió - Salvador Fanucche



María Pollastri Rossi - Santiago M. Flaberty



Herminia Bisogni - Juan Aurelio Pereyra



Laura Gastaldi Almeyra - José R. Cristinziano.



Elisa Esporturno - Emilio A. Corsi

La historia por dentro

La Baviera de los reyes extraños

Por Dionisio Pérez

Se ha publicado en París una nueva biografía de Luis II de Baviera, una nueva historia de su reinado. Hay en los historiadores franceses una gozosa predileccion por indagar, investigar, escrutar en el pensamiento y en las acciones de este pobre Rey, cuyo afrancesamiento, un poco maniático, no supo utilizar y explotar el torpísimo Napoleón III. Es en esta parte del reinado de Luis II, en su decisión de cooperar con Prusia en la guerra contra Francia, arrastrando a la contienda armada primero y luego a la Confederación, a Sajonia y Wurtemberg, donde más prolijamente han investigado los historiadores franceses. La nueva Historia, escrita por Jacques Bainville, abandona en parte este prejuicio, y se extiende en la narración de las relaciones del mísero alucinado con Wágner, a quien ampara como Mecenas y diviniza y adora hasta llegar a producir la indignación y la alborotada protesta de sus súbditos. Luego, pasada la guerra con Francia, realizada la unidad germánica, aceptada la humillación que impone Bismarck al descendiente de los Wittelsbach, casa reinanate más antigua que la de los prusianos Hohenzollern, el Rey bábaro se rinde ya enteramente a su lirismo exaltado, a su complacencia en los ensueños voluntariamente provocados, a su misantropía desenfrenada, hasta la noche trágica del último delirio...

Las ondinas imaginadas, amadas del lago de Starnberg, arrastraron hasta las orillas el cadáver del Rey... A su lado se encontró el del doctor Gudden, hombre de edad madura ya, calvo, la barba hirsuta, acompañante del Monarca en aquellas baladas que Luis gustaba vivir, convirtiendo en realidad los melancólicos ensueños de los poetas románticos... En las calladas noches de luna, bogando en un esquife sobre las quietas aguas del lago, ante la decoración teatral de los torreones del castillo regio, recortados en el horizonte sobre la línea ondulada del boscaje...

Se dice que Wágner volvió loco a este muchacho. No; no. Los Wittelsbach están locos desde el siglo XV. Un estimado noble y generoso, el de hacer fecundo su poder, el de mostrar su grandeza en el bien, el de perpetuar su nombre en las historias fuera de las sangrantes empresas bélicas, los arrastra al mecanismo, al paternalismo, al arbitrarismo, al afán de originalismo, a la diesviación y deformación de los fines de la vida y de la sociedad... Sintiéndose mal comprendidos, faltos de colaboradores en el medio ambiente cortesano, político y burocrático que los rodea, se va apoderando de ellos el gusto de la soledad y del aislamiento; faltos de iniciativa, imitan cuanto les parece original y raro en los demás: en los artistas, en los grandes señores italianos, en Federico el Grande, en Napoleón. Doloridos de la realidad, que se opone a la satisfacción de sus imaginaciones, gustan con afición creciente de la delectación en los ensueños y en las ficciones, y así van caminando, paso a paso, a los delirios de la locura, que en Otón, en quien la línea directa se extingue, se manifiesta ya sin freno cuando ha de recoger la herencia de su hermano.

El primer vesánico de estos Wittelsbach reinantes, en quien se manifiesta el mecanismo ostentoso, es el duque Juan, que lleva a su corte, pobre y minúscula entonces, al pintor Van Eyck.

En el siglo siguiente, Alberto V dedica toda su actividad, todo el dinero que puede arbitrar, apelando a las más extremadas extorsiones e inquisiciones fiscales, a impulsar la cooperación asombrosa de los artistas de Nuremberg en la obra del Renacimiento; Alberto Durero, Pedro Vischer, Adam Kraft y el maestro Hans Sachs son sus consejeros, sus íntimos. Nombra maestro de su capilla a Roland de Latre En Palacio no se habla sino de bellas artes; los funcionarios todos del Estado se dedican exclusivamente a recoger, por todas partes, cuadros, libros, medallas, muebles, piezas de cerámica, de forjas, de tablas, con que comienzan a formarse las admirables colecciones que posee Munich.

De esta pasión exagerada por las bellas artes, de este disgusto por las realidades del gobernar, procede en el siglo XVI, y aun en el XVII, la admiración hacia Francia y el sometimiento a la protección de sus reyes. Fernando, cuya mujer, Adelaida de Saboya, escribía comedias francesas, hizo construir el castillo de Schleissheim, y trazó sus jardines imitando cuato pudo a Versailles. Apenas habitable, tocado de la misantropía de legar a sus descendientes, se retiró allí para pintar, tornear marfil y salmodiar cánticos religiosos. El día que Carlos Alberto fué coronado Emperador escribió a uno de sus consejeros diciéndole que se creía más desdichado que Job... Y luego, he aquí a Carlos Teodoro, que quiere superar el esplendor y el lujo de los reyes de Francia, y arruina con sus prodigalidades, primero el Palatinado, y luego, a Baviera... Y finalmente, he aquí a Luis I. el más delicioso de los locos coronados, pintor, escultor, poeta tierno y melancólico, cuyas poesías hacen soñar aún a las muchachas enamoradas de Alemania.

Se destacan en su cerebro y en su corazón todas las taras hereditarias. Qiere hacer de Munich una Atenas moderna, y no acierta sino a imitar los Odeones griegos, el Palais-Royal parisién, con sus arcadas y sus fuentes, la capilla palatina de Palermo y la Logia d'Lanzi, de Florencia. Imitacionismo y pedantismo... El Museo de pinturas se llama "pinacoteca"; el de esculturas antiguas, "gliptoteca", y así el de armas y el de monedas. Se rebuscan raíces griegas y etimologías latinas para designar todas las obras que se emprenden... Y el imitacionismo llega a querer resucitar en Munich, y en pleno siglo XIX, los días galantes dieciochescos y el reinado de la Pompadour...

Fué una española la que ascendió a este trono: la bailarina Lola Montes... ¡Gloriosa compatriota, cuya memoria se va borrando en el correr del tiempo, sin que haya acudido a reivindicarla ningún historiógrafo español...! Valdría la pena, porque Lola Montes no sólo conquistó el corazón del Rey bávaro y lo supo contentar de sus locuras, sino que acreditó sus dotes de gobierno y llegó a tener numerosos partidarios. El "lolamontismo" fué algo más serio que una intriga palatina o que un vesánico capricho real; fué toda una política, derrocada, acaso más por influencias extranjeras que por las asonadas provocadas en Munich en 1848... Cansado de ser Rey, tiró Luis la corona, y se

SENTIMENTALES

HASTIO

Emoción, Belleza,
alma de las cosas,
impregnad mi vida
de nuevos aromas.

Nada me seduce
ni me sugestiona,
todo ante mis ojos
carece de forma.

Amor, Arte, Ciencia,
fuentes milagrosas
de salud, de gracia,
de ensueños, de glorias,

son para mi espíritu
que sueña con otras
raras emociones
de una vida ignota,

músicas sin ritmo,
placeres sin gloria,
vida sin deseos,
muerte dolorosa...

Yo nací al acaso,
contra toda lógica,
y en mí se ha encarnado
por la vida toda,

un rebelde espíritu
que en vidas remotas
gusto los halagos
de todas las cosas...

Emoción, Belleza,
alma de las cosas,
impregnad mi vida
de nuevos aromas.

J O S É M. B R A Ñ A

fué a Roma, a refugiarse entre pintores y escultores, comediantas y modelos...

No más cuerdo su hijo Maximiliano. Tomó muy en serio su oficio de Rey. Quería ser "la filosofía en un trono"; quería imitar a Marco Aurelio; escribió para sus súbditos conferencias murales, prolijas disertaciones sobre el deber y el placer; quiso reformar las costumbres; "se angustiaba planteando problemas de conducta a su propio corazón y dilucidando casos de conciencia propios y ajenos. Fué un caso evidente de "paternalismo", monomanía poco estudiada por los neurólogos, y que es más frecuente de lo que se cree entre Reyes y gobernantes... Neurópata como él fué su mujer, María de Hohenzollern, tan bella, tan linda, que sus súbditos la llamaron "el angel".

* * *

Los dos hijos de este matrimonio colmaron la medida del desconcierto mental. Luis II, en su mocedad, cuando a poco más de diez y ocho años subió al trono, era de una extremada belleza... "Delicioso monstruo de egoísmo" le llamó uno de sus cortesanos. La hija del Emperador de Rusia, María Alejandrovna, quedó prendadísima cuando lo encontró en el balneario de Kissingen. Al cabo de tres semanas de asiduo entretenimiento, aborrecióle y regresó a Estrasburgo, desesperanzada. Tres años después llegaron a formalizarse más serias relaciones con su prima, la princesa Sofía, hermana de la Emperatriz Isabel de Austria; se anunciaron los desposorios y no se realizaron.

Se cuenta que la Emperatriz Eugenia, pasando por Munich en un viaje que hizo a Viena, se detuvo sólo para conocer al Rey. A despecho de la etiqueta, cuando lo vió lo encontró tan niño, tan bello, que abrazándolo, le dió un beso en cada mejilla... "Y Luis enrojeció como una colegiala y creyó morir de confusión..."

Por aquel entonces, cuando aun parecía próxima la boda con la prima Sofía, corrió por Europa toda, con regocijo y escándalo, un soneto compuesto por el viejo ex Rey Luis, cuando, estando en Pompeya, tuvo noticia del proyectado casorio de su nieto. Estaba escrito ante un fresco de Adonis, y dedicado al éxtasis con que éste miraba a la diosa de la Belleza; terminaba con una exclamación de duda desoladora.

Y esta duda llena todo el reinado del mísero... En su locura, apenas disimulada, apenas escondida en su aislamiento en los castillos y en los parques y bosques reales que hicieron los antepasados, locos también, quiere crear doctrinas nuevas sobre el amor, sobre la amistad, sobre el destino humano. Recordando su amistad íntima, apasionada, con Wágner, se cree Sigfredo... Prepara decoraciones para una representación de Guillermo Tell; manda hacer ricos trajes para los actores; se disfraza con ellos y pasa varios días creyéndose reencarnado en los distintos personajes de la obra... Entre tanto, se arrebatan a Baviera treinta mil habitantes en Franconia y setecientos Mil en el Palatinado.

El final trágico era inevitable. Cuando ya la demencia se revela violentamente en Otón, busca Luis consuelo en la muerte... ¿Cómo fué?... No se sabe. El misterio no ha sido descifrado por el nuevo historiador de este rey... Un sino fatal parece dirigir estas vidas estériles... La princesa Sofía, la bella prometida del Rey loco, esposa luego del duque de Alencon, muere devorada por las llamas en París, en el incendio del Bazar de la Caridad. Un año después su hermana, la Emperatriz, muere asesinada por un anarquista en Ginebra; el príncipe Rodolfo muere en el misterioso desenlace de un idilio. Maximiliano, fusilado en Méjico... Y el mismo Francisco José ve en su agonía el deshacimiento de su Imperio, después del asesinato en Sarajevo de su sobrino y heredero... Sólo tuvo razón el loco Luis I cuando en los momentos de la abdicación exclamó: :

—¡Ser Rey como los pueblos quieren no vale la pena!

"POLEN"

Por Alicia Porro Freire

Un nuevo libro de poesías! Una nueva emoción y una nueva flor del espíritu encerrada en sonoros versos, es lo que nos brinda la exquisita poetisa Alicia Porro Freire.

En su obra anterior, "Savia nueva", que la crítica de su país y del extranjero aplaudió, se veía un gran temperamento emocionable y predispuesto al ensueño, y ahora, con su nuevo volumen, donde el trazo es exacto, los temas originales, la música divinizado por la perfección de la estrofa, la joven escritora de ayer, recobra su personalidad en definitivo, y se pone al margen de los demás que encantan a su tierra, pródiga en artistas, con versos rítmicos y altisonantes.

En "Polen" existe la variedad de los temas reflejados en moldes distintos, lo que nos coloca ante una poetisa de verdad que sabe allanar las dificultades de la métrica, y vence con el color y la armonía.

"Polen" es un libro juvenil y fresco; no hay allí la nota dolorida, ni la desesperanza, ni la angustia, sólo al amor pero se esparce como un humo y nos encanta. El alma inquieta de la poetisa es como un espejo que va reflejando imágenes; siempre huyendo tras la estela de ese ensueño que el patrimonio del artista sincero y de verdad.

En su poema inicial que intitula "Polen", dice:

Tuve los dedos ávidos de polen (ardoroso...
Sobre cien flores los posé,
Diez abejas: mis dedos... Un ins- (tante
y el jardín perfumado abandoné.
Después, en la vitrina donde el sabio
guardo una planta bella sin (amor,
introduje los diez dedos en la (flor!
Desfallecí sintiendo que mis ma- (nos
Sostenían a Dios!...

Cuán emotiva es la poesía transcripta y con qué fineza y sutilidad justifica la poetisa el nombre de su obra, sintiendo en sus manos toda el alma de Dios, ese Dios, fuerza creadora y divinizada en las cosas y en nombre de quien se llega hasta la profanación, por espíritus mercenarios y viles.

Variado es el conjunto de su obra. Miles de motivos se han adueñado de su ser y le han dado a su corazón una mágica fuente para que beban las aves azules de sus quimeras. La bondad que fué parte en Jesús, el héroe de la tragedia bíblica, esa bondad que Nervo aplaudía y cincelaba en versos puros, la siente Alicia Porro Freire en grado sumo y le dice al amado:

"Bien sabes que soy buena: ya (nada más me importa
y hasta puedo en el acto prepa- (rar la partida...
Tú llegarás a viejo sin recordar (un rasgo
de la que iluminara tres años (de tu vida...

Y esa bondad franciscana, esa pureza de su corazón iluminado, la extralimita hasta las cabecitas infantiles en que la razón ha naufragado y los coloca en una noche eterna.

"Cabecitas infantiles, urnas (llenas de inquietudes
¿Hay países en que un niño tie- (ne siempre una mamá?
Pequeñito del Hospicio, yo no sé si fué la muerte...
yo no sé si fué la vida
quien causó vuestra orfandad!...

Este libro de Alicia Porro Freire late como un gran corazón, un corazón lleno de inquietudes, de amor, de poesía, de ritmos extraños.

También la nota panteista se adueña del alma de esta citareda y hace de que le cante a la lluvia que bendice la campiña, y se sienta con el deseo de ofrecerse a la flor, a la nube, a la estrella, y la subyugue la vocación de ser monja, contemplando el tul estrellado de los cielos; ser como "una estatua desdeñosa de la vida..." y dejarse seducir por los dedos impalpables de las estrellas que bajan en las noches para acariciar su frente y sumergirla en el éxtasis.

* * *

La literatura uruguaya que cuenta con este gran valor, está de parabienes. Pues, si con "Savia nueva" adquirió un puesto de honor, la excelente apolonida con "Polen", acentúa su personalidad comentada en América.

"Polen", es un libro tierno, por la dulzura con que esté tejido, pasional porque hay fuego de un corazón que arde en el templo de Cupido, amor, frase que Dios escribió en el alma de los hombres, y por último, música, música alegre y dulce como la de la flauta de pan, que monmovía el boscaje virgen. Démosle paso y esperemos su escala futura.

Félix B. VISILLAC.

La resistencia del aire

La resistencia del aire consume energía. Podemos calcular que si hacen falta 10 H. P. para recorrer 30 millas en "auto" o aeroplano por hora, serían necesarios 20 H. P. para correr 60, y de esa forma alcanzaríamos velocidades asombrosas, pero la resistencia del aire es un gran enemigo de la velocidad y no nos impide porque crece a razón del cubo de la velocidad, por lo cual, si queremos que un "auto" corra 60 millas por hora necesitamos dotarle de motores, no del doble, sino ocho veces más potentes que los que se requieren para correr a 30 millas por hora. Esto es lo que explica que en "autos", botes de motor y aeroplanos rápidos la maquinaria ocupe tanto espacio.

Cada kilómetro extra que se quiera recorrer en tierra, agua o en el aire necesita un considerable aumento de energía.

Cuanto mayor es la velocidad, tanto más suave debe ser el medio en el que se viaja. No hay camino tan suave y llano como una mesa de billar y las ruedas de un "auto" tienen que tropezar con piedrecitas y pequeños objetos que produce un efecto en el vehículo como no podría figurárselo por su insignificante tamaño; el coche salta porque los muelles de suspensión no tienen tiempo suficiente para actuar.

El "Mystery S" hubiera necesitado mucha mayor fuerza en sus motores si hubiese tenido otra forma, elemento importante en los vehículos rápidos.

Una mujer moderna

Por Gastón Nerval

Aló... aló... con el 13-13?

—Sí, señorita... mande usted — respondí apresuradamente, tratando de dar a mi voz la entonación más amable y melodiosa que mis cuerdas vocales permitiesen. Lo cual, por lo demás, haría cualquiera en mi lugar. ¿Por qué no habría de ser una mujer preciosa, una divina criatura la que se hallase al otro extremo del alambre recogiendo el timbre de mi voz?

—Aló... ¿el 13-13?

—Sí, señorita, con el 13-13.

Y antes de darle tiempo a responder, exclamé:

—Por lo que veo es usted una mujer perfectamente moderna.

—¿Por qué?

—Lo adivino, señorita. Porque no es usted supersticiosa. No teme a la mala suerte. No le inquieta llamar al trece-trece.

—Sería ridículo que una mujer de mi temperamento se asustase por tan poca cosa. Yo no tengo miedo a esas bagatelas, a nada, ni... a los hombres.

—Lo celebro, señorita, pero permítame que lo ponga en duda.

—Siento no poder demostrárselo porque no fué esa mi intención al acercarme al teléfono. Además no tengo tiempo...

—Es que todas dicen lo mismo. Y por mucho que hacen, por mucho que gritan, siempre guardan en lo más íntimo de su ser un residuo de temeroso respeto por el rey de la creación. Eso es tan antiguo y tan eterno como el susto que sienten por los ratones. Y conste que no hago paralelos.

—Debiera usted hacerlo, porque éso son los hombres. Ratones, nada más que ratones.

Y ustedes quisieran ser ahora las gatitas insaciables, no es cierto?

Ya nos cansamos de hacer el papel de los trocitos de queso. Los tiempos cambian. Parece que no hubiera usted oído hablar del modernismo. Y del feminismo. Las mujeres somos, ya, tanto como los hombres. Perfectamente lo mismo. Cada día que pasa, las mujeres somos menos mujeres para ser más hombres.

—Quiera el Cielo que no diga usted la verdad, señorita!... Pobre del Amor el día en que triunfen esas ideas!

—El amor es hoy una palabra demasiado convencional. Y muy gastada...

—...inagotable...

—¡Quién sabe!... El romanticismo está en quiebra. Yo no vivo del amor, pero busco la aventura, el capricho. Eso de vivir al día.

—Es que no habrá conocido usted el amor.

—Lo conocí, cuando era muy ingenua todavía. Ahora mismo, tengo que fingirlo a menudo. Pero no lo siento.

—Es usted muy audaz...

—Y usted muy anticuado. Yo le llevaría a un museo de prehistoria.

—Le agradezco la intención, señorita, pero al paso que marcha la época, no negará usted que pronto me hará compañía.

—No, señor. Yo vivo junto con la época. Me renuevo constantemente. Yo corro paralela al tiempo. Mi modernismo, mi actualidad terminará el día que yo me muera. Y si me siento vieja en plena vida, tengo en mi mesa de noche una Browning con cinco cápsulas.

—Decididamente, es usted una mujer original.

—Y por lo mismo no me agrada perder el tiempo. Hágame el favor de decirme si está el doctor Hernández.

Reflexioné un instante. Podía poner acá punto final a este diálogo intrascendente. Había yo tomado el auricular del teléfono por casualidad. Fuí al Hotel Plaza a buscar a un viejo amigo que allí se hospedaba, y cuando me dirigía al hall, grande y silencioso, escuché la campanilla telefónica. Me había aproximado inconscientemente. Un poco de aburrimiento. Y otro de curiosidad. El hall del hotel estaba vacío.

¿El doctor Hernández? ¡Ah!, era el pensionado del número 13. Un hombre serio, cuarentón, parecía inteligente. Yo lo conocía poco. Mi mujer me lo había presentado. Lo había visto charlando con ella algunas veces. Hablaban siempre con mucha gravedad. Ella me decía que le asustaba su presencia porque viviendo en el número 13 nos traería mala suerte con su amistad. ¡Esta mi mujer, cada día más supersticiosa y más vulgar! Pero, en verdad, yo no sabía que el doctor Hernández tuviese relaciones femeninas como ésta que acababa de descubrir por casualidad.

Podía terminar aquí mi inesperada charla con esa mujer incógnita que buscaba al doctor Hernández. Pero... ¡era tan interesante su conversación! ¡Y su voz, tan cautivadora! Debía ser una mujer original. Seguramente modernista. Decidida, audaz, uno de esos caracteres caprichosos que a fuerza de perder su feminidad adquieren ciertos perfiles masculinos que las hacen más fascinadoras. Una mujer del siglo. Atrabiliaria, dominadora, rebelde. Y no hay duda que no existe triunfo más sugestivo en nuestros tiempos que hacer conquistas galantes en esta clase de mujeres. Son las invencibles, las incrédulas, las que juegan con el amor, a juicio del gran público. Nada más sublime que cautivar a esas soberanas del amor, y... convertirlas. Vencerlas, transformarlas. Vulgarizarlas. Hacer de reinas, esclavas. Ese era el tipo de mujer que me trastornaba. Mi temperamento mujeriego despertó rápidamente. Mi instinto tenoriesco parecía revivir como en los mejores días de mis veinticinco años. Volví a sentir mi sed de aventuras galantes en el paladar.

Precisamente, mi esposa había sido de esas. Altiva, incrédula, frívola. Cuando la conocí, era detestable su intransigencia. Pero a los seis meses triunfé. Me casé con ella, y desde entonces era un mujer corriente. No se acordó nunca más de sus teorías modernistas. Ahora me hablaba todos los días del amor espiritual y renegaba del snobismo feminista. Estaba sometida por completo. Mi teoría era absoluta.

Sentí deseos de repetir la hazaña. Fingirme enamorado, hacer el amor a ese extraño ejemplar del sexo bello que se hallaba al otro extremo del teléfono, y embarcarme en un nuevo capítulo galante de la intrincada novela de mi vida. Después de todo, sería salir de la monotonía cotidiana. Mi mujer ya me aburría soberanamente. Y esta otra, en cambio, debía ser tan sugestiva!

La campanilla vino a interrumpir mis divagaciones.

—Aló... aló... ¿han cortado?

—No... no... señorita. Sigue usted hablando con el 13-13.

—¡Ah! Bueno. No me ha dicho usted si está en el hotel el doctor Hernández.

—No se lo he dicho, señorita, porque lo he estado averiguando. Ahora le puedo afirmar que no está en casa. Ha salido.

—¿Ha salido? ¡Qué contrariedad!

—Siento que le moleste, pero...

—¿Le parece poco molesto que un caballero falte a un compromiso con una dama?

—¡Ah! ¿Se trata de un compromiso? Es en verdad lamentable, señorita, y tratándose de usted lo es doblemente. ¿Un compromiso de amor, tal vez?

—Ya le he dicho a usted que no comulgo con el amor. A lo más, será un nuevo capricho. Siempre es divertido tener un hombre a los pies. Sobre todo cuando ese hombre no es el propio esposo de una.

—¡Cómo!... ¿Es usted casada?

—Desgraciadamente. Pero usted comprenderá que ese no es obstáculo para una mujer moderna.

—Sobre todo, para una que no cree en el amor.

—¡Bah! El amor es el camino más lento pero más seguro para perder el sentido común.

—Es que el éxito en amor está en subordinar los sentimientos al sentido común.

—Pero si en amor el sentido común es el menos común de los sentidos!

—Bueno. Veo que es usted irreductible. No insisto.

—Hace usted bien. En cambio, quizá podría prestarme un servicio. Por todo lo que he oído me parece estar hablando con una persona culta...

—...Señora...

—...Quiero decir con un caballero. Como llamé a un hotel pudo atender el teléfono cualquier empleado, pero estoy segura de que usted no lo es.

—Efectivamente, señora. Soy un visitante, pero un visitante que pudiera servirle, pues conoce mucho al caballero que usted busca. Mande usted en mí como al más humilde de los empleados.

—Gracias. ¿Conoce usted al doctor Hernández?

—Sí..., mucho... mucho. Vive en el número 13. Soy amigo íntimo de él. Somos como hermanos. Precisamente, vine al hotel a buscar al doctor. No tengo para que decirle que soy también su confidente, de modo que...

—Pues bien. Voy a aprovechar de su gentileza. ¿Va usted a verle esta mañana?

—Sí, como no. Voy a almorzar con el doctor. ¿Qué se le ofrece?

—Como no tendré tiempo de llamarle otra vez, avísele que a las seis de la tarde lo espera la persona que él sabe en la esquina sur de la Catedral. ¿Entendido?

—Bien entendido. A las seis, en la esquina sur de la Catedral. Ahora mismo lo anoto.

—Bajaré de un auto azul, y me reconocerá por el abrigo petit-gris que llevaré.

—Auto azul y abrigo petit-gris. Muy bien.

—No hay para qué recomendarle que el recado es confidencial. Confío en su discreción. El encargo es para él solo.

—Para él solo. Sí, lo comprendo. Pero antes de cortar la comunicación permítame que le diga algo que me está escociendo en la lengua...

—¿Y es?...

—Que es usted la mujer más encantadora del mundo.

—¡Qué vulgaridad!

—Hay vulgaridades que son eternamente nuevas, señora. Porque siempre hay una mujer más encantadora que todas las demás. La que está hablando con uno.

Tendría usted que probarlo.

Para eso, debo conocerla. Es preciso que la conozca. ¿Tendré la es-

EL RETRATO DEVUELTO

Admirando la belleza
de tu rostro en un retrato,
he sentido el placer íntimo
de posar en él mis labios
y líbar la miel sabrosa
de tu rostro soberano.

Hoy que tu cariño ha muerto,
quieres borrar el pasado
privándome del placer
de conservar tu retrato.
¡Del retrato que ha vivido
al calor de mis halagos!

Y al entregarte, sumiso,
ese cartón adorado
que en mis horas de tristeza
fué mi consuelo y mi amparo,
siento una angustia infinita,
siento tal pena, que exclamo:
¿Quién me devuelve los besos
que a tu retrato le he dado?

José María MARTI.

peranza de estrechar su mano algún día?

—¿Por qué no?... Algún día... Y ahora, ¡adiós!

—¡Adiós... hermosa!

No pude contenerme. Lo confieso. Dejé el aurical, emocionado. Me froté las manos como hacía tiempo no me las frotaba. Sí, estaba resuelto. Tenía un plan. Un plan genial.

Después de todo, el doctor Hernández me importaba muy poca cosa. Y si él era afortunado en mujeres, como parecía, ¿qué significaba en su haber una cita más o una cita menos? Desde luego, su escasa amistad conmigo no era motivo suficiente para que yo me resignara a perder una oportunidad tan magnífica. No podía sacrificarme tampoco por cualquier escrúpulo de eso que llaman caballerosidad. En amor — ahora estoy más convencido de ello, — no existe la caballerosidad. En fin, la ocasión la pinta calva, y era preciso aprovechar de ésta que tan maravillosamente ponía en mi camino una mujer extravagante, una de esas mujeres que me enloquecían en mis tiempos mozos. Sí, estaba resuelto.

* * *

A las cinco y treinta tomé un taxi en la puerta de mi casa. Mi mujer había salido temprano donde "la costurera", y ya sabía yo lo que tardaba en arreglar "sus trapos viejos". Disponía, pues, de un buen tiempo para desenvolver el rol de protagonista de la escena de que me había apropiado tan descaradamente. Mientras me dirigía a la esquina sur de la Catedral, iba pensando en mi falta. Falta relativa, desde luego, como todas las faltas de amor.

De rato en rato me asaltaban deseos de volver atrás. Buscar al doctor Hernández, decirle la verdad, darle el lugar de "su" cita, y arreglarlo todo. ¡Quién sabe si con el tiempo no sería un buen amigo mío! ¿Tendría que reprocharme más tarde esta suplantación galante?

Pero el pícaro instinto triunfaba siempre y me impulsaba a seguir la aventura. Ya estaba en mitad del camino y no era posible retroceder cobardemente. Por lo demás ¿quién me aseguraba que el doctor no habría hecho lo mismo en mi caso? No sé por qué tuve un presentimiento de que nunca llegaríamos a ser buenos amigos con el doctor Hernández.

Mas..., ¿y si la dama se indignaba? ¿Si se enfadaba porque aprovechaba yo clandestinamente de una cita que no era para mí? ¿Si huía de mí? ¡Bah! ¡Qué importaba! Ya sabría yo calmarla. Y convencerla. Mi propia audacia me ayudaría. Le haría comprender el interés que me había despertado. Le diría que era una locura inaplazable. Que me consumía en deseos de conocerla. Que me consumía en deseos de conocerla. Que lo arriesgaba todo por ella. Y... ¿acaso no había sido yo un hábil tenorio en mis buenos tiempos?...

El chirriar de los gastados frenos interrumpió mis pensamientos. Bajé del auto con rapidez. Pagué al chofer y noté que temblaba mi diestra. No podía disimular mi nerviosidad. ¡Después de tantos años me hallaba de nuevo en un trance galante! ¡Y con una mujer de las de mi gusto!

Pocas veces me había sentido tan emocionado. ¡Sí, me parecía estar en las horas de mi noviazgo sentimental! Yo no sé porqué sentía la misma impresión que cuando esperaba en la puerta del cinema a la que ahora era mi esposa... ¡Pero no!... Era una profanación pensar así. La pobre era tan buena. ¡Me había comprendido tan bien! ¡Si hasta había cambiado su modo de ser por complacerme! Quizás era mayor tener una mujercita así, normal, juiciosa, sin misterios, sin rodeos "modernistas".

El claxon imprudente de un automóvil me cortó la respiración. El vehículo se aproximaba. Era un auto azul. Debía ser ella. Sí, en el interior venía una mujer. Descendió del coche a media cuadra de la catedral. El abrigo de petit-gris terminó de convencerme. Era ella. Con gran sigilo empezó a avanzar. A mí me faltaba valor. Me oculté en la sombra que proyectaba la cúpula de la iglesia. ¿Reconocería el engaño? ¿Comprendería que no era el doctor Hernández quien la esperaba? ¿Presentaría la suplantación?...

Me vi en las puertas mismas de la catedral y sentí deseos de llamar en mi ayuda a los poderes celestiales. Quise recordar una oración de mi infancia para invocar a algún santo patrón del amor. Debía haber alguno.

Entretando, la misteriosa y fina silueta seguía aproximándose. Cuando estuvo a pocos pasos de mi escondite, surgí bruscamente, me incliné, con el sombrero en la mano, y quise hablar....

Sentí un grito... levanté la cabeza... Ella sintió otro...: la mujer que se hallaba delante de mí..., era mi esposa!

EL BESO

(De "Cuentos Frágiles") A Ismael E. Arciniegas

Un día el viejo monarca de los Gnomos me dijo:

—Pagado estás, oh poeta, del carmín que bulle en los labios de tu amada; mas, si quieres aceptar mi apuesta, convencido quedarás de que un rubí de mi corona humilla el rojo de ese carmín.

—¿Y qué apostarías, Señor?

—Mi espada de combate que ostenta por empuñadura un solo diamante extraído de mis dominios de Golconda, mi lecho de amores, tallado en una esmeralda, y mi carro de topacio que en irradiaciones vence al sol.

—¿Cuál de mis tesoros te dignarás escoger, oh! poderoso monarca, en cambio del valor de tu apuesta? ¿Quieres el velo impalpable de mi Musa, o el ritmo arrullador de mis estrofas que hace palpitar de amores el corazón de las vírgenes, o la copa de oro en que los sueños imposibles me escancian su bebida inmortal que ahuyenta la tristeza?

—No, poeta, guarda esas miserias indignas de mi cetro y mi corona. Yo tengo por velo el manto de la noche cuajado de pedrerías, por estrofas el ritmo atronador de los torrentes despeñados, y son los volcanes la copa donde bebo el licor de llama que enciende mi sangre y ahuyenta las tristezas. Quiero...

—Habla. Cualquiera que sea el tesoro que me exijas queda aceptado.

—Pues... tu amada misma.

—Mucho pides y no alcanzarían las riquezas todas de tus arcas subterráneas para compensar el más leve átomo del tesoro que pretendes, pero la apuesta hecha está.

¡Ay, era muy hermoso aquel rubí arrancado a las entrañas de la tierra, y razón tenía el viejo monarca de los Gnomos para mostrarse tan orgulloso del ardiente fulgor que irradiaban las mil facetas de la sangrienta piedra!

¿Fué la timidez, fué la ansiedad de la apuesta? No lo sé. Lo cierto es que mi amada aquel día estaba temblorosa y pálida como nunca. Su boca ya no era la encendida flor del granado, sino un marchito pétalo de magnolia. Perdido estaba para siempre, y en vano se debatía llorosa y suplicante. El viejo Gnomo la reclamaba con acento que su repugnante pasión hacía más odioso.

Trémulo de dolor y de impotencia me arrojé en sus brazos y en un beso de angustia indecible puse todo mi amor. ... ...

El viejo Gnomo lanzó un grito horrible, y lleno de rabia huyó a su caverna para devorar a solas la cólera de su humillación.

Mi beso habíale arrebatado el triunfo incendiado con su fuego los labios de la amada, que aparecieron más que nunca rojos y lucientes.

Fabio FIALLO...

La Vega (Rep. Dominicana)

El hombre primitivo

Unos exploradores que se dedican al descubrimiento de fósiles cerca de la ciudad de Bilings, han hallado en unos lechos carboníferos de Bear Creek Field, cerca de dicha población, huesos que, al parecer, pertenecieron al hombre primitivo, anterior al de Neanderthal y al Picanthetropus, o sea el hombre de Java, del período pleirtoceno, que habitó en aquellas tierras en las primeras edades de los mamíferos.

Débese esta exhumación al hallazgo en lo más profundo de los lechos carboníferos de un diente humano cuyo esmalte hace algún tiempo que se convirtió en carbón y la cal de las raíces en hierro.

Este diente, según los dentistas de la ciudad, es el segundo molar de un ser humano. Fué hallado por el doctor J. C. Siegfriedt, de Iowa.

El depósito de carbón se halla en la formación fortuniana, la más baja del período eoceno, con más de un millón de años. Se hallaron en el depósito muchos fósiles, incluso pescados, conchas de tortugas y dientes de tiburones; y el doctor Siegfriedt asegura que constituyen un material prolífico para las investigaciones de los fósiles y del dinosaurio.

Un amor de ultratumba

La comedianta y el poeta

Por Juan López Nuñez

Se vieron y se amaron. Ella era actriz y se llamaba María Ignacia Ibáñez, y él, militar y poeta, y se llamaba José Cadalso, aunque en las tertulias literarias de la época presentábase con el seudónimo de *Dalmiro*, para seguir la moda que imponía que todos los escritores tuvieran un sobrenombre latino y poético. Eran los buenos tiempos de los amores pastoriles y de las églogas; que no se avenían con el temperamento de Cadalso, que había estado en Francia y visitado Alemania en los días en que alboreaba el romanticismo, llenando las almas de afanes y deseos sin nombre y tumultuosas pasiones. Escribía versos bucólicos para sus amigos; pero a ella...

También era soñadora e inquieta la comedianta, que en plena juventud brillaba en el escenario como una estrella de fututra gloria, y también había en su corazón un gran deseo de vivir una de aquellas novelas que por entonces se presentían. Por eso vió en el poeta un alma igual a la suya, llena de las mismas idealidades, de las mismas inquietudes. Sabía que era valiente, que se había batido, que había estado en el sitio de Almeida en 1782; pero lo que le realzaba más ante sus ojos eran la tristeza, la amargura, la melancolía y hasta la desesperación que reflejaba aquel hombre, que se anticipaba en bastantes años al seductor y maravilloso Byron ¿Por qué no ser la compañera de aquel hombre extraordinario, que, sin saberlo, expresaba todo lo que ella confusamente sentía? ¿Por qué no penetrar en los abismos y misterios de aquel espíritu atormentado y dulcificar con sus lágrimas y acallar con su ternura todas las tristezas que latían en él? Siempre fué la compasión hermana del cariño, y siempre fué la piedad femenina la más fiel y constante aliada del amor de las mujeres. Dejándose llevar por ellas, la que indiferente y desdeñosa triunfaba en el mundillo del arte escénico por su frialdad y su esquivez convirtióse en la más abnegada y humilde de las amantes, dichosa por haber hallado en su vida un hombre que despertara su corazón, dormido hasta entonces.

En las reuniones de las gentes del teatro comentábanse aquellos amores, atribuyéndolos a un capricho pasajero de la mujer, que no tardaría en olvidarlos. Pero no conocían a la comedianta los que así pensaban, ni conocían tampoco al poeta los que le suponían satírico, poéticamente enamorado de una musa loca. En sus almas no podían penetrar los que, juzgando a los demás por lo que ellos pensaban y sentían, no soñaban siquiera que hubiese un mundo sentimental más elevado que la absurda y dulce Arcadia en que vivían los que, echando de menos en su tertulia al antiguo compañero y cófrade *Dalmiro*, se sorprendieron al verle llegar un día enlutado, tétrico, más sombrío que de costumbre.

¿Qué había pasado? Con laconismo doloroso respondió diciéndoles que ella, *su musa*, había muerto. Los amigos, para no romper la costumbre, se dedicaron a escribir sendas elegías, que leyeron en sesión solemne. Había que llorar en versos completamente clásicos la muerte de aquella niña — pues lo era,— y todos lo hicieron; es decir, todos no, pues quien únicamente no descolgó su lira ni escribió verso alguno fué el propio Cadalso, que había enmudecido, al parecer. El no escribía versos para nadie. Los que hacía guardábalos después de leerlos en voz alta, en la soledad de su cuarto, para que los escuchara ella, su adorada, la que seguía viviendo en torno suyo como una sombra acariciadora y bondadosa. A los demás, ¿qué les importaban los sentimientos que encerraba dentro de su corazón como un tesoro del que se sentía celoso?

Y así pasaban los días, insensible el poeta aparentemente y desoldados los camaradas, que no sabían cómo explicarse aquella actitud de Cadalso, que se pasaba los días y las noches en el cementerio de San Sebastián, delante de la tumba de su amada, diciendo a voces versos y versos, que sonaban allí como lamento de un corazón destrozado. En los tiempos románticos, aquello hubiera sido definitivo y admirable; pero entonces era algo tan extraño como inexplicable. Pero Cadalso, precursor de Byron, padre verdadero del romanticismo y hombre que vivió antes que ninguno una vida intensa y loca de poeta, de verdadero poeta, ajeno a todos aquellos comentarios, seguía yendo al cementerio, a *su cementerio*, como decía él, que lo consideraba como suyo, ya que lo había comprado con tantas lágrimas.

Pero estás lágrimas no bastan cuando se trata de llegar al corazón de los hombres, y, reconociéndolo así Cadalso, quiso llegar al del sepulturero para que le dejara ver el cadáver de su adorada, y apeló al oro, preciado talismán que abre todas las puertas, hasta las de las tumbas.

Y dicho y hecho: en noche memorable y terrible se verificó la profanación y volvió el poeta a estrechar entre sus brazos a la mujer que, muda para siempre, mirábale con sus ojos, donde no había luz y eran tan negros y horribles como la nada...

. . . .

Huyó aterrado el poeta. Aquel amor de ultratumba sólo podía satisfacerlo en la eternidad. ¿Por qué no buscarla? ¿Por qué no ir hacia ella, con la mirada serena y el corazón animoso, decidido y firme?

Cuando supieron lo ocurrido los amigos, los compañeros, los camaradas, los dulzones, melifluos y satíricos *arcades* que hablaban en sus versos almibarados de pastoras desdeñosas y pastores desesperados, se sobrecogieron y amedrentaron. Aquello era superior a todo lo que habían sentido. Aquello era el primer grito del romanticismo en el mundo; aquello era la verdadera poesía desgarradora y humana; aquello era la personificación, la realización del sueño del entonces zaherido Hamlet queriendo robar a los que fueron el impenetrable, el eterno, el infinito, el absoluto misterio del *más allá*.

Poco tiempo después publicó Cadalso su libro titulado *Noches lúgubres*, que fué muy comentado, muy leído, y era también algo que se salía de su tiempo y que no parecía propio de aquella época de escepticismo, y al decir escepticismo decimos de decadencia. También se salía de su tiempo y de su época lo que hizo Cadalso, que, incorporado voluntariamente al Ejército, a la sazón en campaña, recibió la muerte en el sitio de Gibraltar en 1782, sonriendo en su agonía a un algo invisible que parecía acariciarle desde muy lejos.

MAXIMAS

—Con buen juicio y elevados sentimientos no se es nunca mediano.

—Siempre deberíamos estar provistos de la complacencia y atención que hace germinar los pensamientos de otros.

—Debemos vanagloriarnos de ser racionales, no de tener razón; de ser sinceros, no infalibles.

—No cortéis nunca lo que no podáis atar, imitad al tiempo, que destruye paulatinamente. Gasta, disuelve, desintegra; pero no descuaja.

—Las pasiones buscan lo que las alimenta. El miedo ansía la idea del peligro.

—Lo malo del sentimiento es que hace insípidas todas las otras cosas; y del placer, que nos hace odiar la razón.

—La ternura es el descanso de la pasión.

—Las pasiones son la naturaleza misma; la que engendra corrupción es una falta de la que debemos arrepentirnos.

—Todo exceso entraña cierta frialdad de espíritu: es un abuso estudiado y deliberado del placer.

—Por muchas precauciones que tomemos, condenamos siempre a aquéllos cuya única falta es ser desventurados.

—Debemos procurar que nos amen, porque los hombres sólo son justos con aquellos a quienes estiman.

—La ambición no tiene entrañas; mira con desdén los méritos que no le reportan beneficio.

JOUBERT

LAGRIMAS

Fué el amor de mi pecho que partió a lo ingorado,
y al partir, condolido, el jardín ha llorado.

Como el sol se desliza tras la sierra bravía,
como muere una rosa, por el viento vencida,
así ha muerto en mi pecho el amor de mi vida.

Y al beso de las áuras, han llorado los árboles
su rosario de hojas sobre la rosaleda.
Ha llorado la tarde, cuando el sol agoniza
entre grises celajes, tras la ventruda sierra,
y han llorado las fuentes el collar de sus perlas,

Han llorado mis ojos y mi alma ha sangrado:...
la Pálida, del pecho, el amor me ha robado
y la fuente, el jardín, la sierra brava,
todo..., todo ha llorado.

Alfredo LOPEZ de ARELLANO.

Con la poetisa María Alicia Domínguez

"Música de Siglos"! Pensando en este libro que acabamos de leer y que no olvidaremos nunca porque cautivó el recuerdo con belleza, nos encaminamos a casa de su autora, la joven poetisa señorita María Alicia Domínguez.

Nos recibe alegre, sencilla, encantadora. A través de sus palabras reconocemos a esa alma exquisita que nos dijo:

"Cada día que pasa, me des-
(pierta un anhelo
Cada noche que llega me sume
en (un confiar
Mis sueños se asemejan a ese
(incorpóreo velo
Que une a la nube el ansia no
(entendida del Mar"

Hay en sus ojos negros, iluminados por su propia primavera, esa poesía, ese algo inefable que la palabra no puede explicar, porque, como María Alicia Domínguez nos dice en uno de sus versos más bellos.

"Las palabras son cuentas de
(rosarios gastados
De rodar".

Toda su alma es un verso! Es más que un verso, es la poesía misma! Luz pureza, bondad!

Bondad que nos canta la esperanza eterna:

"En la playa sin nombre de
(otro mundo
Yo volveré a cantar
Quizás aún vibre en mí el rit-
(mo profundo
Nada se pierde con esperar."

Bondad que nos canta la Fe en la Vida y en la Muerte:

"Creo en el agua y en luz y
(creo
En la semilla-síntesis del To-
(do—
Y en lo que existe y en lo que
(no veo
Y en la constante evolución
(del lodo
... ...
Creo en la Muerte, sombra que
(proyecta
La luz fulgente de algún día
(eterno".

Bondad que canta en la tristeza y en la alegría:

"No volveré a soñar haber
(bajado
Hasta el fondo de un alma,
(nunca más.
Ni volveré a decir: yo que
(he sembrado
luz sobre luz, espero claridad".

Bondad que busca el ajeno dolor para consolarlo:

"Dolor de muchos siglos te nu-
(bla la mirada
De tu dolor de siglos, ¿qué lo-
(grará mi afán?
Alcánzame tus manos, dame
(tus manos blancas
Yo que soy primavera, te las
(voy a entibiar."



Señorita María Alicia Domínguez

"MUSICA DE SIGLOS"

Por María Alicia Domínguez

(Carta abierta del poeta Estrella Gutiérrez)

Estimadísima poetisa:

He esperado, para escuchar su "Música de Siglos", un momento de serenidad en la tarde. He acechado el silencio. He esperado angustiosamente el silencio. Y su voz, que quién sabe de qué lejanías sonoras viene, ha subido como una llama azulada en el cielo. Y yo he visto el milagro de una tarde de octubre, en cuyos caminos de ausencia su alma de sacerdotisa se aleja, cantando una esperanza. Y yo he sentido en el aire la tibieza de su corazón, levantado como una hostia en las tres ofrendas místicas. Y yo he escuchado el grito ansioso de "¡Reconóceme!", tendido como una antena vibrante de uno al otro extremo del cielo.

Poesía mística y panteísta a la vez, esta que pone ahora en su boca la suavidad serenísima del rezo. Usted se despoja de toda humana ambición, para estar más cerca de la verdad absoluta y del absoluto amor. Sus versos quedan vibrando en el aire crepuscular como llamados de fé. Ellos tienen la gracia de la simplicidad y el don de la sincera pureza. El soplo tiernísimo que se alarga en "Distancias", da a todo su libro una transparencia de intención que hace noble y sin mancha cuanto usted toca.

A la disciplina rigurosa del soneto, prefiero yo el cauce hondo de estos versos libres y aromados de selvático efluvio. Su denso contenido poético gusta más de la canción alzada hasta el azul que de las áureas prisiones métricas. Por eso, entre las notas de esta música milenaria que usted ha conjurado, esta tarde, en el hueco de mi soledad, yo he escuchado con alborozo su nueva poesía.

Hermano mayor de "La Rueca" y "Los crepúsculos de oro", este libro suyo es toda una confirmación. Gracias por su envío, y considéreme su amigo y admirador.

Fermín ESTRELLA GUTIERREZ

25 de diciembre de 1927.

Sí, lector. Esta admirable criatura es un alma extraordinaria, un gran cerebro y un inmenso corazón. Es un ser que ha venido a llenar de alegría todo lo que la rodea.

Hablando con ella se descansa de la charla frívola sin caer en la fatiga de la conversación pedante de ciertas intelectuales; y es que María Alicia Domínguez es altamente femenina. Artista, sin olvidar que es mujer. Su cerebro, tiene profundidad varonil; su palabra toda la gracia femenina. El hogar de sus padres está lleno de sus canciones; toda su primavera florece optimismo sincero en su obra y en su vida.

María Alicia Domínguez pasa gran parte de sus días entregada a la creación y a la lectura.

—Leo mucho — nos dice — mi curiosidad literaria es insaciable.

Conoce la literatura francesa a fondo y también como la italiana.

—¿Sus predilectos en ambas literaturas? — preguntamos.

—En la francesa, De Vigny, Hugo y otros muchos entre los modernos. En la italiana, Dante, Petrarca, Páscoli y D'Annunzio.

Abarca ampliamente el actual movimiento literario.

—Estamos — nos dice — en un momento de transición común a todas las literaturas; volcando la inquietud, el sentir, y el pensamiento actual en los moldes clásicos— sin música no hay poesía universal — tendremos la escuela del siglo.

—¿Su más grande anhelo?

—Ir superándome de obra en obra; acercarme, cuanto pueda, al ideal artístico que llevo en mí misma y que ha nacido conmigo.

—¿Qué tiempo hace que escribe?

—Hace pocos años que cultivo el verso; pero siendo muy chica escribía siempre cuentos que empezaba y que jamás concluía.

—¿Proyectos para el futuro?

—Trabajar, trabajar, trabajar!— nos responde con entusiasmo único.

Y así, la joven y talentosa poetisa, nos habla siempre sonriente, con inmensa fe en la vida.

Y mientras nosotros volvemos a los afanes diarios, ella queda llenando de canciones la paz del hogar paterno, modelo de hogar, desde el que su nombre ha surgido salvando el Mar, como lo demuestra la inclusión de sus poemas en la antología "Los mejores poetas de la Argentina", recientemente editada en Madrid.

Juan Carlos de TEJADA

¿CUAL ES EL ORIGEN DE LOS AEROLITOS?

Se calcula que, por término medio, la tierra recibe cada día un visitante del espacio. Su llegada es un gran espectáculo; luz, ruido de artillería que avanza, explosiones una larga cola luminosa como colosal cohete, humaredas que marcan su trayectoria...

Así anuncian su llegada esos aerolitos que con frecuencia nos visitan.

De todas estas piedras que caen a la tierra desde el espacio, sólo una de cada cuatrocientas la llegamos a encontrar. En la actualidad, hay unos 850 ejemplares de estos meteoritos repartidos entre los museos del mundo, y de ellos son pocos los que se han visto caer. Muchos de ellos se han encontrado años después de haber llegado a la tierra y algunos se han encontrado envueltos en telas como en momias o en altares de antiguos ritos, donde primitivas razas los depositaron como objetos sagrados dignos de ser adorados.

Aunque hay diferentes opiniones sobre el origen de estas piedras, está muy generalizada la creencia de que esos aerolitos, que llegan a nuestro sistema solar desde les espacios interestelares, son pedazos de mundos que en lejanas épocas pertenecieron a otros sistemas solares y también, partes de unas grandes corrientes de piedras meteóricas que recorren el espacio y han entrado en nuestro sistema solar atraídos por el sol al tocar su esfera de influencia.

La gran velocidad que esos aerolitos suelen poseer al entrar en la atmósfera de la tierra demuestran que describen órbitas hiperbólicas propias sólo de cuerpos que entran en nuestro sistema de regiones remotas.

De ser así hubieran descrito una parábola para volver a alejarse de nosotros. Y, sin embargo, algunos meteoritos parece que son miembros de la familia solar antes de ser capturados por la atracción de la tierra. Están formados por la misma materia que forma el núcleo de los cometas.

Entran en nuestra atmósfera unas veces aislados, otras en grupos. Cientos de estas piedras, que no pesan sino gramos, han llegado unidas o se han despedazado al entrar en la atmósfera terrestre.

El meteorito de Peary, que es el más grande que se conoce, pesa 36 toneladas y media y es el más grande de los tres que Peary encontró en Groenlandia en su expedición de 1896 a 1897. Se cree que los tres formaban uno solo.

En el Cañón del Diablo, en Arizona, hay un enorme cráter: un agujero abierto por un aerolito o reunión de ellos que mide 4.000 pies de diámetro y 600 de profundidad. En sus alrededores se encuentran multitud de pedazos de estas piedras cósmicas.

Según el doctor Merrill, él calculó en más de veinte toneladas el peso de los pedacitos de meteoritos encontrados en aquella región. Todas estas piedras son pequeñas; la mayor de ellas, que se guarda en un museo de Chicago, pesa unos diez kilos. Según se cree, todo ello es debido a un cometa cuyo núcleo cayó en la tierra enterrándose a gran profundidad hace muchísimos años.

Desde hace poco tiempo, algunos astrónomos han sugerido la idea de que esas masas meteóricas son fragmentos del gran grupo de asteroides que tienen sus órbitas entre Marte y Júpiter. Más bien no han llegado a formar un planeta de consideración porque la atracción de Júpiter les obligó a permanecer dislocados.

Los geólogos clasifican a los meteoritos en tres clases: los de hierro o de aleación de hierro y níquel, los de piedra y los de hierro y piedra. Todos ellos presentan señales de rápidos pasos del calor al frío sin signos de vida orgánica.

Sin embargo, el astrónomo sueco Arrhenius afirmó que los meteoros transportan a través del espacio gérmenes de vida.

Los compuestos minerales encontrados en los meteoritos pedregosos son tales que apenas pueden contener una pequeña cantidad de humedad o de oxígeno, por lo cual si son parte de un mundo hecho pedazos, ese mundo tuvo que ser muy pequeño; un cuerpo subplanetario desprovisto de agua. Sin embargo, nuestro planeta está compuesto de las mismas materias que los aerolitos.

Hasta hace poco, se creía que el centro de la tierra era un lugar de materia líquida o gaseosa incandescente, pero hoy se sabe que no hay tal cosa y se ha probado que el interior de la tierra es tan rígido y sólido como el acero y que consiste en un núcleo de hierro meteórico de cerca de 10.000 kilómetros de diámetro, rodeadod de una capa pétrea de rocas ígneas de 1.400 kilómetros de espesor que contiene minerales como los que se encuentran en los meteoros.

Por este parecido de los aerolitos con el interior de nuestra tierra, la ciencia cree que esas masas meteóricas son fragmentos de un mundo hecho pedazos.

Es curioso observar la pequeña diferencia en el plan de creación de todo el universo. Los meteoritos que vienen del espacio interplanetario se componen de substancias iguales a las de los aerolitos de nuestro sistema solar. Los cometas de otros soles son iguales a los que dependen de nuestro sol.

Más bien parece ser que estos pequeños astros son restos de la materia de los demás planetas y satélites.

Según las más recientes teorías sobre la formación de nuestro sistema solar, la planetesimal de Chamberlain y Moulton que ha venido a reemplazar a la hipótesis nebular de Laplace, los actuales planetas y sus satélites se formaron por choques y caídas de pequeñas masas, lanzadas al espacio por nuestro sol por su fuerza eruptiva intensificada por la atracción de algún otro sol que llegó a pasar por sus cercanías.

Los espacios que rodean al sol y hoy ocupados por sus planetas y satélites, estuvieron en un principio llenos de innumerables de pequeñas masas lanzadas por el sol, las que al chocar y caer unas sobre otras formaron los planetas y satélites que hoy existen. La trastornadora influencia del gigantesco Júpiter es la responsable de la existencia de esos pequeños astros que llamamos asteroides. Más que fragmentos de un astro destrozado, los asteroides son masas sueltas que

La escasez de estas piedras meteóricas hacen difícil el análisis de su composición. Aunque los museos poseen algunas no es fácil emplearlas en estos estudios e investigaciones, sólo pueden utilizarse fragmentos.

En estos análisis se han encontrado compuestos metálicos denominados en la tierra como el mineral llamado "merrillita", nombre dado en honor al doctor Merrill del Museo Nacional de los Estados Unidos, de Wáshington, ya mencionado en estas líneas.

Con gran dificultad se pudo hacer el análisis de esta materia meteorológica, compuesta de cal, ácido fosfórico y sosa. Con la misma dificultad se pudieron conseguir dos libras para hacer la investigación.

Aunque hasta ahora la merrillita y algún otro mineral de los aerolitos no se haya encontrado en nuestro planeta se supone que estas substancias existen en la capa de rocas ígneas que envuelven el núcleo terráqueo.

Los meteoritos se encuentran, generalmente, envueltos en una capa vítrea de color grisáceo u obscuro que se forma al derretirse la superficie del aerolito a consecuencia del gran calor producido por la resistencia que el cuerpo celeste encuentra al atravesar las capas de nuestra atmósfera.

Por la misma razón, es decir, por pudrirse las partes menos resistentes del cuerpo meteórico, se producen esas cavidades o huecos que se ven en la superficie de estas masas.

El Museo Nacional de los Estados Unidos ha adquirido últimamente un meteorito de hierro encontrado el 26 de mayo de 1926 en Idaho, que pesa 245 libras; piedra rara, irregular, de forma triangular, con huecos o cavidades muy marcadas.

Este ejemplar presenta como casi todos una característica que pone en evidencia el origen celeste de esta piedra, como son las venas y hendiduras llenas de una substancia de origen desconocido, causada por choques con otros cuerpos meteóricos.

ELOGIO DE UN RAYO DE SOL

Rayo de sol que llegas a mi pieza,
tu presencia será siempre oportuna,
pues vienes a traerme la tibieza
que no pude encontrar en parte alguna.

Rayo de oro que me da su encanto,
—luz en la selva de mi vida, agreste—
tienes la misma limpidez del llanto,
y acaso seas lágrima celeste.

Tibio rayo de oro que me arroba:
mi emoción te saluda estremecida,
cuando te desparramas por mi alcoba
para reconciliarme con la vida.

La vida es triste y la esperanza vana,
pero rodando desde inmensa altura
me vienes a traer cada mañana
la caricia de luz de tu ternura.

...Quizá se cumplan mis presentimientos;
por eso ruego a tu clemencia acceda
a entibiarme los últimos momentos
de este poco de vida que me queda...

Eduardo O. Zapiola

Con Nora Serrador Marí

Una buena intérprete del Teatro Español

Breve disputa, al fin conseguimos vencer la resistencia del fiero y obeso cuidador del escenario del Victoria y llegar a la puerta del camarín de Nora Serrador.

Deseábamos departir unos momentos con esta interesante actriz, que día a día va ganando merecidamente el aplauso y admiración sin reservas de nuestro público, por su belleza, distinción y la graciosa naturalidad que despliega en escena.



Instantes después la artista nos recibe con un cordial apretón de manos, acompañado de una suave sonrisa, capaz de hacer olvidar todas las penas sufridas en este pícaro mundo.

—¿Reportaje relámpago? — inquiere.

Y a guisa de respuesta, va la primera pregunta:

—¿Hace mucho tiempo que actúa en escena?

—Nueve años.

—Sería entonces una chiquilla... — le interrumpimos.

Efectivamente, y agrega con encantadora naturalidad: Tenía solo... (y discúlpanos, querido lector que no te transcribamos el dato recogido, porque la suma es muy sencilla y en nuestro egoísmo, solamente nosotros queremos estar enterados de cosillas tan íntimas).

—Se inició con primeros papeles?

—No; yo misma no sabía el alcance de mis medios, pues siempre me tocaban roles secundarios; pero sucedió lo que a menudo ocurre en el teatro: enfermedad imprevista de la primera actriz y reemplazo obligado. Suplí a la ausente..., me desempeñé bien y gusté. Desde entonces se me confiaron papeles de gran responsabilidad. Estudio sin descanso, tratando de superarme en cada obra. El arte forma parte inherente de mi vida y constituye mi verdadera pasión; fácilmente explicable por otra parte..., Pertenezco a una familia de artistas.

—De los autores españoles a cuáles prefiere?

—Los hermanos Quintero en primer lugar; luego Benavente...

—De las actrices y actores?

—La Xirgu, y por sobre todas a mi madre, tengo un verdadero culto por ella. Entre los actores..., Esteban, en quien encuentro grandes condiciones de galán.

—¿Qué opina de Camila Quiroga y Blanca Podestá?

—No me atrevo a sentar juicios definitivos, pues sólo he tenido ocasión de apreciarlas una vez. Muiño, me resulta mucho como actor; reconozco en él un gran temperamento.

—¿Y del público nuestro qué opina?

—Encantador, siempre me ha alentado con sus aplausos, ha sabido demostrarme que me aprecia y tengo por él especial predilección.

—De no haberse dedicado al teatro, como habría actuado en la vida?

—En la paz de mi hogar, rodeada del cariño de los míos, como ahora, pero en vez de artista, burguesita vulgar, lectora de buenos libros y amante de la música escogida...

—¿Qué compositor le agrada?

—Beethoven, lo admiro, sencillamente.

Y así seguimos charlando, tocando diversos temas; mejor dicho; escuchando nosotros y hablando ella con esa voz velada, de suaves modulaciones, que conversando así íntimamente parece ser sólo propicia para las tertulias familiares y que en el teatro sabe emplear con tanto acierto en las tiernas escenas amorosas o en los fuertes momentos pasionales, en donde se revela ampliamente todo el poder emocional de su arte interpretativo de actriz de comedia. Y al hablar acciona; sus manos finas, parlantes, tiemblan, se agitan o se abandonan en un ademán aristocrático, constituyendo un adorno níveo en la hermosa cabeza al alisarse con gesto distinguido los negros cabellos, que son un detalle más en el conjunto armonioso de su figura.

La visión del reloj llámanos a la realidad y finalizamos con grandísimo pesar esta entrevista amable; porque bien puedes haberte apercibido, querido lector, de lo bella y gentil que es Nora y de lo agradable que resulta departir con ella.

R. L. C.

PLAZA DE SANTO DOMINGO

Al doctor Gregorio León, cariñosamente.

Pequeña Alameda de este barrio viejo
que guardas recuerdos de tantas edades,
tus bancos de piedra me han dado el consejo
en las inquietudes de mis soledades.

Tú eres Alameda de ciudad y de aldea,
risueña y alegre, grave y monacal,
alegre en las horas que el sol te caldea,
grave al plenilunio de noche estival.

La luna proyecta en el pavimentado
siluetas de cosas que las mueve el viento;
y como al conjuro de un tiempo pasado
pasan mil recuerdos por mi pensamiento.

Yo escucho el gemido que produce el viento
que habita en los huecos de este campanario,
y evoca los cantos del viejo convento
cuando celebraban algún novenario.

O el eco doliente de grave campana
llamando a maitines en la tarde quieta...
o como el suspiro de una voz lejana
que cruza el espacio como una saeta...

Vieja serenata murmura la fuente,
turbando el silencio en noches calladas,
como la plegaria de un alma doliente
que llora recuerdos de dichas pasadas.

———

Yo busco el silencio en la noche yerta,
en las altas horas, tu misterio y paz;
soy un peregrino que llega a tu puerta
con los pies sangrantes, cansado de andar.

Cansado de andar por esos senderos
que cubren las zarzas de la ingratitud;
he sido azotado por los ventisqueros,
¡nadie me ha ayudado a llevar mi cruz!

Yo busco el reposo de tus soledades
en las altas horas de renunciación.
¡Vieja compañera de mis mocedades,
acepta mi canto como una oración!

José MELIAN JIMENEZ

Las Palmas

Los antepasados del hombre

Por Enrique Feyjóo

Las modernas investigaciones de la Paleontología comienzan a revelarnos aquellos solemnes períodos de magia geológica que constituyeron los albores de la vida terrestre. El espíritu analítico del hombre de ciencia da un salto atrás de millones de años y nos lleva a los tiempos ancestrales de la gestación del planeta. Primero, el inmenso globo revolucionado por fenómenos plutónicos; los fuegos centrales crepitando espantosos e intentando volatilizar los mares, que los ahogan en un formidable abrazo de espumas. Los titánicos obreros de la Naturaleza: el Sol, el hielo, las lavas, el viento, los océanos y los diluvios, laboran incesantemente sobre el astro recién nacido, que con sus crujidos espantosos, la explosión de sus volcanes y el rumor poderoso de sus océanos, simula los primeros vagidos de la gran criatura astral que viene a vivir su vida sidérea y a cumplir los maravillosos e ignotos destinos para que fué creada.

Una exuberante vegetación señorea los escasos lugares de la tierra seca. Helechos gigantescos y hayas inmensas, forman compactas bóvedas de verdura, que parecen los primeros templos que Natura eleva a su Creador. En los conturbados mares reinan aún las *ammonitas, belemites* y peces *ganoideos;* y en tanto que, de peña en peña, se acechan el *ictiosaurio* y el *plesiosaurio*—monstruosos gladiadores de aquellas épocas de ensueños—surcan los aires aulladoras bandadas de *pterodáctilos*, horribles reptiles, híbridos de cocodrilo y murciélago.

Rebaños de colosales *iguanodontes* pacen las crecidas hierbas de las primeras praderas. Enormes *megatherios* huyen con pesado galope del carnicero ataque de viejos *diplodocos*. Los tellosauros y los *estreplopóndilos* — verdaderos piratas de los mares — agitan por encima de las olas sus formidables fauces serpentinas, y mientras el *mammouh* ataca al *oso de las cavernas*, que, despreciándole, se guarece en una oquedad ingente, corren por las llanadas de lava manadas de *diornis y epiornis* (gigantescos avestruces). El acorazado *rinóceros tichorrhynus* acomete con furor al *auroch salvaje* y en las lejanías un alce gigantesco, el *cervus megatheros*, cruza como un rayo, perseguido por un nuevo ser que hace su aparición en la escena del mundo: el primer *antropoide*

En las selvas inextricables de cedros y baobads colosales de vohtes y hongos formidables, se hace fuego y se tallan pedernales. Surge de ellas como un rumor de humanidad y es porque ya ha terminado el alumbramiento de la Tierra y acaba de nacer el señor de sus destinos: el *hombre cuaternario*.

En la eterna polémica de mosaistas y paleontólogos que tan enconada fué entre C. Draper y el Abate Moreux, comienza a haber transaciones científicas. *Fuerza y materia*, de Buchner, es combatida por "Dios en la Naturleza", de Camilo Flammarión. Darwin tiene razón, pero le falta el eslabón intermedio. Los modernos estudios de paleontología tal vez resuelvan en definitiva esta árdua cuestión.

Unos notables descubrimientos científicos nos llevan al desarrollo de esta modesta divulgación. En Moravia, que en la actualidad pertenece a Checoeslovaquia, y en las cercanías del pueblecillo llamado Dolmi-Vistonice, en los flancos de los montes Palavski-Rory y bajo los cimientos de un viejo castillo feudal, existe uno de los yacimientos paleontológicos más ricos del mundo. Los profesores Absalón, Capek y Jaroe, animados por indubitables indicios, han practicado excavaciones, y guidados por su sabio instinto han alumbrado lo que pudiéramos llamar: "un cementerio de mammouths".

En la excavación practicada se encontraron restos gigantescos de un pubis; un fragmento de una gran mandíbula, una enorme costilla y otros huesos, aún no clasificados. Entre estos restos se han hallado armas, útiles domésticos, objetos de marfil y estatuitas hábilmente talladas. Todo se hallaba envuelto en cenizas, lo cual demuestra que, los ancestrales cazadores, después de captada la bestia y utilizada para su consumo, quemaban sus despojos o se servían en parte de ellos y de sus huesos como combustible, pues hay gran cantidad de materia orgánica carbonizada. Las labores de investigación continúan ardorosamente y no sería extraño que la maravillosa intuición de estos sabios sacase a flor de tierra cualquiera de los hombres fósiles que habitaron los terrenos de Neanderthal y Heidelberg o el concebido por Dawidson, a la vista de un cráneo prodigioso.

Las capas subterráneas del planeta guardan calladamente su historia milenaria que, con paso lento, pero seguro, va escribiendo la Paleontología; y en la propia superficie del planeta descubren a veces estos admirables arqueólogos-naturalistas, seres prodigiosos, cuya peculiar constitución y vida les hace imposible negar su ascendencia, contemporánea de aquellas remotas épocas en las que el hombre tal vez fuera un sólo proyecto del Creador. Tal es el famoso Varanus Komoedensis. Este fantástico lagarto actual, habita en la Australia y es descendiente directo de aquellos formidables *Dignosaurios* que medían veinte a treinta metros de cabeza a cola. También en Tasmania existe un gran crustáceo, cuyo viejo antepasado, el *Praenáspides*, acaba de catalogarlo la ciencia moderna en sus archivos paleontológicos.

Las actuales investigaciones en su rápido avance parecen convertir en realidad tangible la deleitadora y erudita fantasía de Julio Verne, en su "Viaje al centro de la Tierra". Un ilustre novelista inglés, Conan-Doyle, da una gallarda prueba de originalidad y cultura presentando en su obra "El mundo perdido", el florecimiento de la Tierra en su época cuaternaria, ante las asombradas miradas de tres viajeros contemporáneos, tan sabios como audaces.

La Tierra sigue su viaje planetario, indiferente a que en su superficie se horaden montes, rueden ferrocarriles y vuelen aeroplanos.

En sus entrañas de piedra guarda el arcano de su historia y este secreto inmenso empieza a sernos revelado por esos sabios que, de una capa de terreno o de un hueso incompleto, forman el viejo silabario con el que deletreamos los orígenes de la vida del astro viajero...

PALABRAS DEL LANÚ

(Del libro "Senderos de Maya", que acaba de aparecer)

Señor, anduve por tus tierras,
conozco todos sus senderos.
No me preguntes por qué traigo
los pies sangrientos.
Sólo podría responderte:
Tu mundo es bueno.

Señor, anduve por tus tierras
y dí de beber al sediento,
no me preguntes por qué traigo
los labios secos.
Sólo podría responderte:
Tu mundo es bueno.

Señor, anduve por tus tierras;
conmigo fué manso el invierno,
no me preguntes por qué traigo
blancos los cabellos.
Sólo podría responderte:
Tu mundo es bueno.

Señor, mi noche fué llegada.
y ya me tienes de regreso;
no hagas que venga el nuevo día
a sorprenderme en el sueño.

Señor, llamabas al descanso,
y yo olvidé que existe el sueño,
como olvidé que el mal existe
hace ya mucho tiempo.

Señor, tu mundo me reclama,
tu mundo es bueno.
Quiero volver a él,
dame un cuerpo nuevo.

Julio VIGNOLA MANSILLA.

La clemencia para con los enemigos

Cierto hombre cuyo corazón era noble, se enamoró una vez. Aunque sus enemigos se burlaban de él, no mostró el menor enfado.

Alguien le preguntó:

—No te da vergüenza soportar esos ultrajes? ¿Eres acaso insensible a estas indignidades? Es abyecto el exponerse así al ridículo y constituye prueba de debilidad el sufrir los escarnios del enemigo. El pasar por alto las burlas del ignorante es una falta, pues pueden decir que ni tienes fuerza ni valor.

¡De qué manera más hermosa contestó el enamorado a estas palabras! Su contestación merecía ser escrita con letras de oro. Hela aquí:

—En mi corazón sólo hay lugar para el amor que siento por mi amada. Por lo tanto, no queda sitio en él para el enojo.

SAADI

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

El baño y el tocador

(Continuación

El lujo permite todas las fantasías: pinturas murales, las cortinas de muselina, las sederías antiguas, los tapices blandos de colores pálidos: numerosos espejos o armarios de luna colocados con habilidad constituyen lo más usual en estas habitaciones. En un tocador lujoso no debe haber ningún utensilios que sirva para la "toilette", fuera de dos grandes mesas, una para el tocado propiamente dicho, surtida de cubetas, frascos, vaporizadores, portajabones, cajas de polvos, etc. La otra será para el peinado, y sobre ella se pueden tener espejos, horquilleros, peines, cepillos y frascos de perfumes.

Los tocadores sencillos reemplazan el tapiz por el linoleum, y los armarios por simples tablas adosadas a las paredes.

Desde el punto de vista higiénico, el tocador debe ser claro, aireado y soleado para que la humedad no permanezca mucho tiempo, y se debe limpiar cuidadosamente. Muchas señoras se cuidan por sí mismas de este trabajo, y hacen bien.

Desde dicho punto de vista, el salón no necesita condiciones esenciales, es una pieza poco habitada, o habitada solo en ciertos días y a ciertas horas, que se puede airear cuando convenga y mantenerla en la deseada condición de salubridad. Sin embargo, se debe aconsejar a las amas de casa que habiten con frecuencia su salón; con esto adquiriría un carácter de intimidad, de vida, cuya falta se notaría en un departamento reservado únicamente para las recepciones. Si una mujer desea reunir periódicamente un grupo de amigos y adquirir la reputación de cariñosa y sociable, es preciso que dé a su interior un aspecto de cierta confianza.

Nada más propicio a la conversación como un salón dispuesto y amueblado con gusto y sin ningún color saliente que hiera los ojos ni absorba la atención; los "bibelots" escogidos inteligentemente dan ligereza y gracia al mobiliario: esto pocas personas saben proporcionárselos.

Los estilos Luis XIV, Luis XV y Luis XVI son entre los clásicos los más apropiados para decorar un salón. Los estilos modernos, así llamados, aunque no sean en realidad estilos, también pueden suministrar lo necesario, y a veces hasta imponer la moda. Cada uno es libre de elegir lo que más le agrade, según sus conveniencias personales, según el medio en que viva y según la gente a quien haya de recibir. debe ser hermoso y rico, de colores delicados; por excepción, cuando hayan de estar ante un mueble Luis XIII o Luis XIV, se admiten ciertas tonalidades sombrías. Cuando no se tiene seguridad en el propio gusto, se debe pedir consejo. El piso necesita siempre alfombra, generalmente de fondo blanco, muy adornada. La moda del brillo y sin esteras pasó, y además es perjudicial. En muchos salones se ve todavía una gran mesa en el centro, adosada a la pared, útil para sostener "bibelots", libros, una jardinera y hasta un reloj y candelabros, pero es anticuado. Entre las ventanas un mueble de fantasía o un espejo grande.

Los muchos espejos dan claridad, apariencia más espaciosa y alegría, pero no son muy elegantes.

Los otros muebles grandes consisten en veladores, mesas, vitrinas y consolas, para tener a la vista los "bibelots", jardineras de pies, cestas de flores y estatuas. Tampoco están mal los mueblecitos y estanterías de gusto japonés. Con todos estos elementos basta para amueblar convenientemente un salón.

Una colección de butaquitas ligeras y de sillas volantes acompañará este mobiliario, y se tendrán a punto una o dos mesitas para que el visitante pueda sostener el libro que desea hojear, dejar el abanico, etc. Las flores, cuando más sencillas son más decorativas, y en unión con algunas plantas elegidas según el estilo del mobiliario, completan un carácter risueño y animado. La chimenea se adornaba antiguamente con un péndulo monumental que tenía el inconveniente de recordar a todos la brevedad del tiempo; se ha reemplazado hoy con un bronce, un mármol, una "terracota", un objeto de arte cualquiera, siempre que sea bonito y adecuado a la situación. Pero como es esencial la noticia de la hora, un relojito pequeño y antiguo con preferencia, debe estar a la vista sobre una mesa o un estante, no lejos de la dueña de la casa, para indicar la hora discretamente a los contertulios si lo necesitan.

Además de estas habitaciones, la mujer elegante tiene su gabinete íntimo, donde reune los objetos que le son queridos y donde se rodea de la poesía y la dulce intimidad en que no penetran más que los elegidos de su corazón.

Generalmente el gabinete de una mujer es un nido muelle y perfumado, en donde descansa de sus cuidados domésticos y mundanos. Una chimenea, flores, butacas, la mesita de lectura, el escritorio, la bombonera, la labor en que distrae sus ocios, batidor, tambor, encajes, el piano o el arpa, cuanto se refiere a la vida íntima, las mil bagatelas que forman el encanto de las mujeres y que revelan sus gustos y sus aficciones. Nada demuestra tanto la personalidad de una mujer como su gabinete de descanso y de labor.

Además de éste, hay otro gabinete de recibir, especie de salón menos suntuoso y más íntimo, intermedio entre el gabinete y el salón, que sirve para las reuniones familiares y los amigos de confianza.

Algunas mujeres artistas tienen su gabinete particular hecho escritorio o estudio, según sus aficciones las inclinen a la música, la literatura o la pintura. En estas cosas sus gustos y su fortuna son las que pueden dar el patrón del amueblamiento de esas habitaciones.

El despacho de una dama no ha de parecerse nunca al de trabajo de un hombre. Los despachos de los artistas permiten cierta fantasía: se les ve rodearse de tapices, retratos, "bibelots" y otros mil objetos, pero en los hombres vulgares el despacho debe tener un carácter vulgar y severo, que no excluye la elegancia ni la comodidad.

C. de B.

(Continuará).

CRÓNICAS DE LONDRES

EL JUEZ, EL MEDICO Y LA DAMA

Hace un año el público de las grandes ciudades ya no se asustaba de ver las pantorrillas de las mujeres. Las pantorrillas ya no tenían importancia, excepto para los fabricantes de medias y para las mismas mujeres. Vamos progresando. Este año son las rodillas las que han perdido su misterio. En Londres todas las muchachas llevan las rodillas al aire libre y nadie se fija. La gente se ha insensibilizado contra el frío. Las mujeres caminan con pasos largos hacia la moda del Paraíso terrenal, y los que las rodean se van acostumbrando poco a poco. Los hijos de las mujeres de falda corta ni siquiera comentan el caso; los hermanos, tampoco, y los padres no pueden evitarlo. Sin embargo, hasta ahora todavía se oye de cuando en cuando alguna protesta de un obispo o de un moralista que nos citan ejemplos de virtud y sentido común entre las mujeres del siglo pasado. Prescinden del hecho de que las mujeres ya no se preocupan de si su falda es un poco más corta o más larga y que muchas salen de sus casas corriendo, sin tener tiempo para fijarse en la caída del traje. En la calle, la gran masa de mujeres, con, naturalmente, algunas excepciones, van también pensando en mil diferentes cosas de más o menos importancia, sin fijarse en el efecto que van haciendo sus piernas, que a fuerza de ser así, no hacen ya efecto alguno. Algún que otro padre y algún que otro marido recién casado piensan, al leer la crítica del moralista, en reformar los trajes de sus hijas o mujeres, cosa que desde luego nunca consiguen.

Pero hasta estos pocos padres y maridos cesarán de insistir en su empeño después de enterarse de que los jueces ya han aceptado la desnudez de las rodillas como cosa muy natural. Los jueces siempre son los últimos en adaptarse a las nuevas modas. Cuando se presenta un caso en la corte en el que se citan, por ejemplo, instrumentos musicales del "jazz", el juez pregunta con gran tranquilidad y con bastante ironía la significación de los complicados nombres y la aplicación de los instrumentos. Después de haberse enterado y de haber demostrado así que él nunca ha aceptado la música de negros, sigue la parte seria del juicio. Sin embargo, las faldas sobre la rodilla ya no son una moda nueva para los jueces. Así lo dijo hace un poco un juez soltero.

Una dama llevó a su médico a los tribunales porque mientras le hacían una operación estando ella anestesiada, le vertieron agua hirviendo sobre la rodilla y se la habían quemado. La dama se negaba a pagar la cuenta del médico, y el médico insistía en cobrarla, alegando que había sido la "murse" quien se había descuidado. Se trataba, pues, de averiguar cuán grave era la herida y si se había desfigurado la pierna de la señora. La señora tenía que enseñar la rodilla al Jurado. Hasta ahora esta clase de averiguaciones sa han hecho siempre en una habitación reservada, donde sólo el Jurado y la persona interesada podía entrar. Pero en este caso el juez no encontró necesaria tanta molestia. Dijo que puesto que hoy las señoras enseñan las rodillas en la calle, en los tranvías, en sus casas y en todas partes, por qué no podían enseñarlas en los tribunales. La dama contestó que estaba completamente de acuerdo con el juez, y en seguida procedió a mostrar su rodilla.

El juez y la dama han sido, en realidad, los que oficialmente han confirmado el derecho de las mujeres a mostrar las rodillas en público. Hasta ahora todas lo han hecho; pero desde ahora nadie se lo censurará, como tampoco se les censura que enseñen los tobillos.

Lo más curioso de este caso es que nadie ha protestado contra la conducta del juez, lo cual denota que a nadie le parece escandaloso que una mujer enseñe su rodilla en los tribunales. Dentro de estas circunstancias, el incorrecto sería ahora el señor que insistiera en que las mujeres se bajen las faldas; porque ese señor demostrará con su protesta que mientras todo el mundo pasa por la calle preocupado en sus asuntos él va fijándose en las piernas de las mujeres. Por esto yo digo que desde ahora ya no volverán a insistir en la cuestión los moralistas.

Irene de FALCON.

Para que no me olvides

Por Xenia

¿Recuerdas? Yo te encontré en una hora de tu vida en que el hastío habíase apoderado de tí, era por eso que ansiabas la soledad, para quedar a solas contigo misma, buscando tu propia alma en el laberinto contradictorio de tus anhelos brumosos, para saber qué deseos sinceros dormitaban en el fondo de tu ser. Mas, vana era tu búsqueda inquieta, te perdías entre las mil impresiones fugaces que te atormentaban, te hallabas extranjera en tu propia personalidad...

Vi en tus ojos, ojos profundos y oscuros, el cansancio y la pena del desamor porque en el cortejo de tus adoradores no hallabas aquel que querías amar! Comprendí bien pronto la honda tristeza que te poseía, apenas velada por tus sonrisas: era tu corazón que suspiraba porque no sabía de dónde lo llamaban, cuando la brisa, hecha música en el atardecer y la sombra suave, llenaban de deseos tu alma insatisfecha, huérfana del buen amor.

Bajo la luciente estrella crepuscular tú soñabas, soñabas, y tu fino rostro pálido era entre las sombras, como una rosa, divina flor, brotada de un suspiro, un beso y una lágrima...

... ...

En una de esas tardes silenciosas, frente al mar dormido bajo la quietud del viento, nos encontramos, y no sé cómo tu mirada tan dulce, prendió una llama violenta en mi corazón. Fuí entonces como un mendigo que imploraba la caridad de tu cariño, que pedía a tus ojos las fuerzas cansadas de su ser. Pero tú me amabas ya, sólo que, miedosa, retrocedías aun con espanto en los umbrales de la pasión. Ese día.. yo no sé como no he muerto después de haber puesto mis labios en la copa maravillosa de tu amor. No sé cómo mi alma no abandonó el mísero cuerpo al sondear los secretos tesoros de tu ternura, que volcaste en mi sediento corazón, precipitando en lo infinito el raudal de mi vida. Entonces, detuve mis pasos de peregrino aventurero y bebí de tu manantial lleno de tanta dulzura, que calmé la sed turbulenta que bullía en mí. Y de mendigo fuí rey, porque me elevaste en tu alma, me acogiste en tus brazos y curaste las llagas de mi corazón perdido hasta entonces en los más polvorientos caminos del mundo...

... ...

Mi lámpara se ha apagado. Amargas, las lágrimas resbalan sobre mi rostro y en la oscuridad. revive tu dulce, adorada imagen, imborrable para siempre! No muy lejos, tú duermes libre de inquietudes, feliz, y no sabes que cuando aparezca la mañana, yo no estaré a tu lado, aguardando tu despertar ¿Y qué es lo que me roba a tu amor, estrella mía?

Es que no puedo darte nada, a ti que tanto me diste, es que no quiero verte sin las joyas que dan mágico realce a tu belleza, sin las sedas suntuosas que envuelven tu cuerpo lleno de gracia inigualable, porque tú, no puedes vivir fuera del marco de tu aristocrático señorío, no debes abandonar todo cuanto te es necesario como el aire que respiras.

Por eso lloro. Porque soy incapaz de trocar la corriente del destino, porque quisiera ser el caballero Des Grieux, tahur y farsante, para cubrir de perlas tu cuello de seda, tus cabellos de sol...

Parto ya. Para que no me olvides dejo estas páginas manchadas con las huellas de mi llanto, prisionera de mi desesperación y mi impotencia. Lejos de ti vagaré ahora miserablemente, perseguido por la armonía de tu voz, por el recuerdo perturbador de tus caricias, de tus miradas, de tus sonrisas. Ya no han de vibrar más las cuerdas de mi alma ni las luminarias de la alegría pondrán sus luces en mi corazón!

Inmensamente triste, tu mendigo irá otra vez por las sendas pedregosas, intentando en vano apartar tu imagen de su camino que como águila se cernirá sobre sus recuerdos, y hará de esta tortura su penitencia y de su dolor, la expiación del tuyo.

Te beso locamente, con el alma, y dejo en tu ventana estas páginas, junto con los jazmines de tu predilección.

No son gotas de rocío las que brillan sobre ellos, son las lágrimas cobardes de tu pobre y desdichado.

Andrés.

EL AHORRO

En donde se trabaja y donde existe reciprocidad y comunidad de ideales se es feliz; pero cuando no se prevé el mañana puede cambiarse súbitamente la tranquilidad por inquietudes y fuertes golpes desconcertantes.

El hecho de vivir con economía aparente, es decir, produciendo y consumiendo la misma cantidad no resuelve más que el problema del día; pero como se ignora lo que las contingencias producirán, debe preocupar el futuro.

Entonces, el vivir bien comprende, no sólo el llenar lo necesario dentro de la situación social de cada uno, sino, el ahorrar lo suficiente para prolongar ese mismo rango de vida.

Este propósito es el que induce al hombre a formar una familia, a consolidarse, a multiplicar sus fuerzas, y a destinar una parte de sus recursos para sostenerse en los días inciertos.

Es necesario calcular y disponer acerca del porvenir y no echar a cuestas del acaso o de los parientes o amigos las cargas y los sinsabores que nos originaron nuestra imprevisión.

Para que el hogar sirva a la sociedad, debe estar amparado por el pequeño fondo de previsión, aquella vanguardia que despeja el camino y acorta la distancia. El hogar del previsor es virtuoso y es feliz, es potente columna sobre la que puede reposar el complejo mecanismo de las instituciones de un país.

Los pueblos que se forman con la base de la familia organizada, sujeta a los principios del orden y de la previsión, son los que progresan rápidamente y se constituyen en potencias industriales y de un bienestar general, uniforme, permanente.

Juan D. CONDE

Media prueba de amor

Trátase de dos novios franceses a quienes ya solamente un breve plazo separaba del día feliz señalado para su enlace.

El es un muchacho como todos los muchachos, poco más o menos. Ella es una encantadora señorita, que, como casi todas, lleva las faldas cortas hasta las rodillas.

Un día el novio dijo a su prometida:

—No te molestes por lo que voy a decirte; pero la verdad es que tienes las pantorrillas excesivamente gruesas.

Al día siguiente la enamorada muchacha fué a ver a un cirujano famoso.

—Es preciso, absolutamente preciso, que *desengrase* usted mis pantorrillas — le dijo.

Se efectuó una primera operación. Una de las pantorrillas quedó reducida a estéticas proporciones.

Pero la operación fué muy dolorosa y... la *operada* reflexionó ¿Sufrir horriblemente de nuevo para que las dos pantorrillas resultasen del gusto de su prometido? ¡No! ¡De ninguna manera! ¡Era demasiado!

—Doctor — dijo al cirujano cuando llegó el momento. — Decididamente prefiero conservar mi segunda pantorrilla tal como está. ¡Tanto peor si mis piernas quedan desiguales y si yo me quedo sin marido!

El novio, satisfecho y conmovido por la *media prueba* de amor recibida, apresuró los trámites y... ya se ha celebrado el matrimonio.

Datos exactos

—¿Es usted de Estocolmo?

—Mitad de Estocolmo y mitad de Gotemburgo.

—¿Cómo es eso?

—Porque yo pesaba 20 kilos cuando vine de Estocolmo, y ahora peso 40.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 489, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	3.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ 6.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ 8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Uno de los mejores sistemas para conservar flores cortadas o para mandarlas fuera, es clavar los tallos en rodajas de patata, cuidando de que queden bien sujetos.

Con una sola patata se pueden conservar frescas una porción de flores durante más de quince días, siempre que se tengan expuestas a una temperatura moderada.

Para curar el moquillo a los perros. — Un especialista recomienda dar al animal enfermo, una cucharada pequeña de la siguiente porción durante el período agudo de la enfermedad:

Salicilato de bismuto 5 gramos, extracto de cola 5 gramos, jarabe de ratania 80 gramos, ácido paregórico 2 gramos, agua 60 gramos.

Después, durante la convalecencia, se le dan al perro diariamente de dos a cuatro cucharadas grandes de esta mezcla:

Pectonas secas 10 gramos, tintura de cinamomo 5 gramos, tintura de nuez vómica 21 gramos, vino de kola 200 gramos.

En los primeros días de la convalecencia, el perro estará a dieta, y luego se le irá dando de comer gradualmente.

Papel transparente. — Con una muñequilla de algodón empapada en bencina muy pura, se frota ligeramente el papel que se quiera hacer transparente. De este modo se puede calcar el dibujo al lápiz, pluma o pastel. Poco después se evapora la bencina y el papel vuelve a recobrar su opacidad.

Para pintar sobre celuloide. — Todas las substancias colorantes sirven para pintar sobre esta materia, siempre que se tenga cuidado de disolverlas en ácido acético; de este modo se evita que se corra el color. Hay ciertas clases de celuloide para las cuales no basta con este procedimiento; en tal caso, se humedece el objeto con esencia de trementina o simplemente con trementina líquida.

Reparación de los objetos de ámbar. — Las boquillas, pipas y demás objetos de ámbar se rompen con una facilidad desesperante. Para un fumador, el accidente es doblemente sensible, porque supone la pérdida de un objeto relativamente útil, y porque los utensilios hechos de la expresada substancia suelen ser caros en proporción a su tamaño.

Generalmente, la fractura aparece tan limpia, que pueden aplicarse perfectamente unos pedazos a otros. Desde luego, esto es lo primero que hace falta para recomponer el objeto, para lo cual puede emplearse cualquiera de los procedimientos siguientes:

1.o Disuélvase en un poco de agua potasa cáustica, a saturación cuidando de no tocar la potasa con los dedos, porque quemaría la piel. Se toma un poco de esta solución con un palito, y se embadurnan bien los bordes de la parte rota. En seguida se juntan los los pedazos en la posición debida, y se aprietan bien el uno contra el otro. Cuando se nota que se van pegando, se deja el objeto, hasta que la pequeña cantidad de líquido interpuesto se haya evaporado, lo que ocurrirá muy pronto. Si hay que llevarse a la boca la parte compuesta, conviene limpiarla muy escrupulosamente, para que no quede al exterior la menor huella de potasa.

2.o Se prepara una mezcla líquida poniendo a calentar una parte de copal y dos partes de alumbre; se untan con ella los bordes de los pedazos rotos, y después de reunir éstos, se dejan secar muy bien.

3.o Se hace la misma operación que en el procedimiento anterior, pero en vez del copal se emplea aceite de linaza, que al secarse forma cuerpo con el ámbar.

EL AGUILA Y LA VIBORA

La víbora no se podía conformar con su miserable condición y en vez de ser humilde y buena protestaba contra su destino, se alimentaba de odio y asesinaba a traición a los seres que se le acercaban.

Contemplando el vuelo majestuoso del águila que se elevaba, se elevaba, y luego, como un puntito negro, describía grandes círculos serenos en el azul, se lamentó:

—He ahí un placer que yo no puedo gozar.

Y maldijo a Dios.

No por ello dejó de ambicionar y se dió a escalar la montaña para llegar al cielo.

Se arrastró, se arrastró... Atravesó torrentes, salvó precipicios, rocas encendidas, nieves eternas y desde el más alto pico, vió aun lejano el cielo impasible y profundo.

El águila, fuerte y generosa, adivinando su desesperación se acercó a preguntarle:

—¿Qué pretendes?

—¡Subir!

—Bien, siendo pura y noble, subirás.

—¿Y cómo?

—Yo te conduciré.

Y así fué.

Como en las garras iba mal, como en las alas impediría el vuelo, la víbora se abrazó al cuello del águila y ésta abrió las amplias rémiges que batieron el aire limpio y se elevó sin esfuerzo.

El ofidio sintió un mareo, un vértigo, luego una inefable sensación de azul.

El águila pensaba:

—El cielo suaviza sus instintos; el agradecimiento le dará buenos consejos: no me puede hacer mal.

La víbora llevaba la aplastada cabeza más alta que la del águila, bebía el azul y, olvidada de ser una simple invitada en el paseo celeste, ordenaba siempre ir más arriba, más arriba!

Miró con soberbia la miseria de la tierra lejana y como la ascensión no le demandaba el mínimo esfuerzo llegó a creer que era ella la reina del aire, que era suyo el dominio del infinito, y eran propias las alas poderosas, y despreció a su compañera.

Echó en olvido ser de la tierra; que su condición era la de arrastrarse, y que debía al águila noble el sueño de su viaje azul.

Quiso ir por sí. Prescindir de ella. Y estrechó sus anillos al cuello del ave.

Esta, ahogándose, preguntó:

—¿Qué haces?

—Es que estamos tan alto que temí caer.

—Me haces mal y es peligroso.

—Ahora que sé volar, me río del peligro... monologó la víbora y se estrechó más y más hasta estrangularla.

Pero antes que el águila perdiera su última fuerza ya se precipitaban como un rayo en el vacío.

La víbora se enorgullecía:

—¡Vuelo!

Y se destrozó contra la tierra.

Montiel BALLESTEROS.

El zumo de limón tiene aplicaciones muy útiles. Para los constipados es muy bueno tomar terroncitos de azúcar impregnados de zumo. Los gargarismos de zumo de limón curan la garganta. Para cortar la hemorragia de una herida se aplica zumo de limón y se pone un vendaje apretado. El limón y la glicerina constituyen una loción excelente para las manos; las suaviza y las limpia.

Un buen barniz para hojas metálicas, papel, madera, etc., se hace del siguiente modo: A 60 gramos de goma laca en escamas, blanqueada, se añaden otros 60 de copal de Manila triturado, otros tantos de goma mastic y 15 gramos de trementina de Venecia. A todo esto se agrega un kilogramo de alcohol de unos 90° y se completa la mezcla con un poco de cristal machacado.

Se deja en reposo de ocho a catorce días, agitándolo con frecuencia, y después de filtrarlo, para que se conserve bien, se le echa un gramo de ácido bórico.

Remedio contra la ronquera. — Póngase un limón en el horno, y cuando esté asado como pudiera estarlo una manzana en punto, exprímase el jugo caliente sobre terrones de azúcar, los cuales pueden comerse.

Es éste un remedio que emplean frecuentemente los cómicos y los artistas de ópera.

Los dibujos al lápiz se fijan sumergiéndolos en leche cocida fría, dejándolos secar y volviendo a repetir la operación, o aplicándeles al dorso una solución de 80 partes de sandáraca en 920 de alcohol.

Para curar las picaduras de abeja, debe ante todo examinarse con una lente la parte herida, donde probablemente se encontrará el aguijón, que conviene extraer con unas pinzas. Después, se frota la picadura con un poco de amoníaco diluído en agua (una parte de amoníaco por tres de agua) y en seguida se aplica un poco de hielo. En caso de no tener amoníaco a mano, puede sustituirse con carbonato de sosa o con cualquier otro álcali, y si no se dispone de hielo, un pedacito de plomo o de mármol que esté frío puede surtir el mismo efecto.

El XVII Salón Nacional de Bellas Artes

Ante el XVII Salón Nacional abierto al público en las salas de la Comisión Nacional de Bellas Artes, cabe preguntarse qué fin tiene esta exhibición y que utilidad prestan los jurados.

Diez personas competentes sin duda alguna. Pintores, escultores, entendidos en cuestiones artísticas, con una larga y destacada actuación los forman. Pero creemos sinceramente que no harían falta, pues un "Salón libre" era lo que correspondía. No podemos convencernos que lo rechazado sea inferior a la mayoría de lo expuesto y más aún que algunas de las obras de los que se aceptan como consagrados y que se exponen como una mofa al público, que atónito las contempla.

Parece no existir una conciencia plena de lo que es el arte y sí una despreocupación absoluta por todo esfuerzo bien dirigido. Está bien que desaparezca para siempre esa pintura hecha de manera fría, pesada, que convierte al arte en caduco, para dejar paso a elementos nuevos, vigorosos, personales, pero sin por ello aceptar lo ridículo por grndioso, lo inacabado y balbuciente por obra seria y de quilates.

Es imprescindible que cada artista, que cada pintor o escultor, tenga conciencia plena del momento de renovación estética por que atravesamos, arrojando los prejuicios, si los tiene, pero sin caer en el amaneramiento insulso de ciertas modernas tendencias. Porque si todos trabajan con fe, sin dogmatismos, serán inmensos los beneficios que se obtendrán para el arte.

El arte es un elemento social, un venero precioso de emociones, y por lo tanto, se necesitan aquellos capaces de comprender la verdad y de amar la belleza en toda su magnificencia.

¿Puede decirse que este "Salón" sea una muestra del arte nacional? Estamos seguros que no. Pues mientras fuera de él, vemos exposiciones personales de artistas argentinos interesantísimas, en él, sólo observamos un conjunto de obras mediocres y malas.

Esto no quiere decir que todo sea deleznable, porque hay también laudables aciertos. ¡Pero desgraciadamente son tan contados, que no consiguen borrar el mal efecto producido por el conjunto heterogéneo y desagradable!

Es tiempo que el verdadero espíritu del país y de la raza se impongan a las corrientes del snobismo, a los vicios de la imitación, a las audacias insolentes de estudiantes, en que parecen deleitarse los artistas titulados de vanguardia.

Y para esas tendencias desorbitadas, que no son arte ni son nada, se les podría aplicar muy bien lo que decía Max Nordau en el año 1920, refiriéndose a las exposiciones que se realizaban en Europa, donde se exhibían al público parecidos modernismos.

A continuación nos iremos ocupando de los artistas que tienen un lógico concepto de la verdadera misión que el arte debe cumplir, que no se contentan con la imposición llamativa y que tienen un bagaje suficientemente sólido para imponerse y triunfar en esta época de transición y renovación estética.

En primer lugar debemos nombrar a Ana Weis de Rossi, una de las artistas que mejor representadas están en ésta muestra. Nos presenta tres envíos de valores destacados, siendo el más interesante el titulado "Los hermanitos" por su factura y por la expresión psicológica que cabe dar a los niños que representa. Los otros son dos retratos muy sentidos y resueltos en tonos más bien bajos, poniendo de relieve sus grandes condiciones de delicada observadora. Se nota en sus tres telas una mano acostumbrada a manejar los pinceles con soltura y que está en todos los secretos de la técnica.

Mario Auganuzzi no presenta más que un solo cuadro "Mañana Otoñal", de matices delicados. Todavía tenemos presente el recuerdo de su última exposición en la Galería Witcomb, donde cimentó su ya destacada posición artística. Su paleta nos ha dado frutos de innegable belleza y una muestra de ella es el presente envío. Es un pintor serio y sincero como pocos.

Un solo oleo expone Emilio Centurión, donde demuestra la virtuosidad de su oficio el cual domina perfectamente y sabe trasmitirnos al mismo tiempo en una sensación de vida, la realidad psicológica del modelo elegido. Tiene soltura, espontaneidad y armonía, y está hecho con profundidad de análisis.

Halo Botti, pintor de corazón, sabe dar una interpretación más que superior a los temas que elige. Sus paisajes son estados de alma que sabe trasmitirnos en una sincera y dulce emoción. La más expresiva de sus tres telas es el tríptico titulado "Notas del Riachuelo".

"Retrato" titula María Elisa Argento a un delicado "pastel" de agradable entonación y seguro dibujo. Es una obra de indiscutible mérito, lo que era dable esperar por su labor anterior.

De los tres envíos de Emilia Bertolé, el titulado "Adolescente" es el más representativo de su arte. No es una artista que realice su obra de acuerdo a una moda, así es que siempre agrada y no hay temor que llegue a olvidarse su nombre en nuestro ambiente pictórico.

Cleto Ciocchini es un artista que pincela con desenvoltura, consiguiendo muy agradables matices. Su mejor envío es el óleo titulado "Retrato. De su "Paisano Catamarqueño" podemos decir que le encontramos un acercamiento pronunciado a algunos cuadros de Jorge Bermúdez.

Julián Gómez Frayle es un artista joven, que hace muy poco se nos ha revelado en la Galería Witcomb con una interesantísima serie de óleos. Presenta en esta exposición uno solo que titula "Los soldadores", el cual se contempla con deleite, tanto por lo agradable de su ambiente y su belleza colorista, como por la seguridad de su simpática técnica.

De Jorge Larco solamente nos agrada el "Retrato de la pintora Ana Weis de Rossi" donde podemos apreciar sus grandes cualidades de artista.

La original y personalísima interpretación que sabe dar a sus óleos Giordano La Rosa está conseguida en las dos telas que exhibe "Astillero solitario" y "Día gris".

Gregorio López Naguil nos presenta un paisaje luminoso y decorativo que titula "Pinos en la playa".

La nombradía de Atilio Malinverno no es de ahora en el arte. Como paisajista nos tiene ofrecidas notas muy interesantes. Actualmente expone tres obras decorativas y plenas de luz de las cuales la mejor es "La antigua posta".

Hildara Pérez de Llanso presenta dos interesantísimas telas, siendo de méritos más destacados la titulada "Martita", por el sentido y emoción que de ella se desprende.

A Augusto Marteau le podemos llamar el pintor de nuestras plazas, pues se dedica con entusiasmo halagador a sorprender sus características y sus escenas peculiares.

Manuel Musto aunque interesante, ha empezado a repetirse. De sus tres envíos, el mejor logrado es el que se titula "Los muñecos".

De Antonio Pedone, nos agrada únicamente su óleo "Atardecer en San Gimignano". Los demás carecen de interés.

Los cuadros de Ceferino Carnacini nos proporcionan emociones delicadas, momentos de verdadero solaz espiritual. El titulado "El cochero" es el que mejor impresión produce de los tres.

Lola de Luzarreta exhibe una naturaleza muerta que titula "Serenidad" demostrando conocimientos indudables del color y del volumen.

El desnudo de Romilda Ferraria agrada por su acertada visión estética y por el indudable cariño con que está tratado el conjunto.

Carlos de la Torre nos presenta sus acostumbradas escenas camperas y aunque no hay evolución en su arte, son notas que se ven con simpatía por el amor a las cosas de la tierra que demuestran.

Enrique Borla expone un óleo que titula "Feria" dándonos la sensación exacta de lo que ha querido representar, con un tecnicismo seguro.

Uno de nuestros marinistas más serios, Justo Linch, se destaca con un óleo "Tarde gris".

La naturaleza muerta de Aquiles Badi interesa por su ambiente y porque los volúmenes están bien conseguidos.

Merecen citarse también, por la seriedad y lo agradable de sus envíos: Inés Bontá, Alfredo Di Leandro, Adán Pedemonte, Angel D. Pena, Luis Tessandori, Pascual Aiglión, Juan Pelaez, Enrique Muiño, José María Lozano Mouján, Carlos Luis Benedicto Marsino, Alberto Monticelli, Carlota Stein, Víctor Ernesto Roverano, Ermete Ferrando, Antonia Ventura y Verazzi, Alberto Rossi y Calabresse Valentinetti.

La sección escultura, como siempre, la menos interesante, aunque este año hay numerosos envíos, que se reducen a cabecitas de escaso valor.

Luis Falcini ha obtenido en justicia el primer premio con su "Relieve del monumento a la poetisa M. E. V. T.", demostrando su talento artístico y su sobriedad en la ejecución.

De los demás que se destacan en esta sección podemos nombrar a Pedro Tentí con un yeso "Retrato" a Carlos de La Cárcara, con un bronce y un yeso, titulados "M. P. G. (retrato)" y "Cabeza de estudio", respectivamente; a José Santiago Chierico con un yeso "Suprema evocación"; a Juan Grillo con un yeso "Golf"; a Juan Leone, con dos bronces y un yeso de los cuales el más interesante es el titulado "General Nazar"; a Amado Puyan, con tres yesos, destacándose el titulado "Pampita"; a Trojano Trojani con un yeso de mucho carácter; a Juan Iramain con tres bronces, siendo el más característico "El Quitilipi"; a Hilda Ainscongh con un bronce y un plomo; a Angel María de Rosa con dos mármoles y una cera, siendo el mejor obtenido el titulado "Sonrisa enigmática"; a Rogelio González Roberts con dos ceras: y a Antonio Proietto con tres envíos.

Los grabadores están bien representados por Juan M. Navarro, Héctor Accetta, Rafael Bertugno, Francisco de Santo y Adolfo E. Sorzio. Los demás no nos agradan.

Marcelo de CASTRO ESTEVEZ.

CHRONOS TRAIDOR

Para FRAY MOCHO.

El tiempo es un anciano bondadoso,
de trato afable y corazón amante,
que nos guía por la Ruta, presuroso,
como condujo el gran Virgilio a Dante

Ríe a veces, en tono malicioso;
no mira atrás; siempre marcha delante,
deja al pasar un signo misterioso
y la partida vese más distante.

De los peligros dicen nos ampara
(reales o supuestos, no sabemos)
que sin cesar el sino nos depara.

Pero, en tanto que así corremos
no vemos que el anciano nos prepara
¡disimuladas trampas, en que caemos!

Antonio PORTNOY

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

LA CABEZA EN LA PARED

Colocad una banqueta en el suelo arrimada a la pared; poned la punta de los pies a una distancia de la pared doble del ancho de la banqueta, bajaos y coged la banqueta por los lados, apoyando después la cabeza en la pared. Levantad la banqueta del suelo, sin más apoyo que el de la cabeza, hasta poneros derecho.



No hagáis esta experiencia en una pared cualquiera, sino procurad que tenga un tapiz, para atenuar las consecuencias de un coscorrón.

Existe en esta experiencia un efecto curiosísimo del movimiento del centro de gravedad de nuestro cuerpo, que hace la experiencia casi imposible, a no ser que al tratar de coger la banqueta tomemos allí el punto de apoyo y nos valgamos del impulso para levantarnos.

No. 12 — COMPRIMIDO
(POR J. FERNANDEZ)



No. 13 — CHARADA

Ni *una-dos-tres* es *dos-tercia,*
ni un montículo es *tres-cuarta*
ni un noble es *dos-tres* y (*cuatro,*
ni el *dos-cuarta* vale nada
si, como es uso y costumbre,
lo adulteran con mil trampas
ciertos comerciantes dignos
de ser puestos en la barra.
Golpeándose el *prima-cuatro,*
un *total* así cantaba,
ni al pie de dorada reja...
a la puerta de una tasca.

No. 14 — COMPRIMIDO

Ford. FIAT.
BUENO

No. 15 — ¿QUE ES DE TU OBRA?

Ya
Mediodía RPR Mediodía
Norte T Poniente

No. 16 — JEROGLIFICO



P A
500 500
W.C.
VLON

No. 17 — CHARADA

—Este año tardan mucho los señores en venir, *prima tercia, cuarta.*
—Mucho, no; el *cuarta prima* dice que para *prima segunda,* como todos los años.
—No, todos, no, la *todo.*

No 18 — COMPRIMIDO

II
A
1000
CASTA
II

No. 19 — ¿QUE TE PARECE MI NOVIO?

1 A

No. 20 — CHARADA

—No me *segunda prima.* Ese *cuarta tercia* está siempre *prima tercia cuarta.* Por eso no puede tener nada de bueno, a pesar de ser tan *todo.*

No. 21 — DE CURAS

Negación
III

No. 22 — JEROGLIFICO
(POR J. FERNANDEZ)

ISTA y ISTA

No. 23 — CHARADA

—¿Es usted zapatero?
—Sí; tengo el *prima tercia* ahí, al final de la *prima segunda,* en el *todo.*

No. 24 — ¿QUE TAL FORTUNA TIENE?

SSS 100 AAA

No. 25 — ¿QUE TE PARECE ESA CHICA?

M
OO
O

PENSAMIENTOS

El que muere joven es, según los antiguos, el preferido de los dioses, porque se le ahorra con ello una porción de muertes, por ejemplo, la de sus amigos; aunque yo creo que las que principalmente matan son las muertes de la amistad, del amor, de la juventud, de las afecciones que forman el conjunto de nuestra vida, y sin las cuales no sería ésta más que un soplo vano. — Lord BYRON

Uno de los peores modales en la política mal entendida es el abuso de las promesas. — BALZAC

La vanidad crece en ciertos hombres en proporciúón del mal éxito que les produce. — Madame C. BACHI.

Una revolución es la larva de una civilización.—HUGO.

El panteísta es un ateo disfrazado de Dios mismo. — BOSSUET.

Dijo Cristo: quien no está por mí; y quien no recoge conmigo, desparrama. — SAN LUCAS

Mucha es por cierto la mies y pocos los operarios. Rogad pues al dueño de la mies que envie operarios a su viña. — X. X.

Dios hizo a la mujer y descansó. — MAHOMA.

La mujer se burla de los hombres como quiere, cuando quiere y mientras quiere. — BALZAC

La filosofía consiste en ver en todo objeto todo cuanto en él hay, y sólo lo que en él hay. — BALMES.

Hay hombres que se creen libres porque han escrito en una hoja de papel la palabra libertad. — Aparisi GUIJARRO.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

1 — Endecha
2 — Italia
3 — Sobrehumano
4 — Milano.
5 — Y dado de alta
6 — Más vale pájaro en mano que ciento volando.
7 — Panorama
8 — Grados bajo cero.
9 — Descuentos
10 — Hipopótamo
11 — Sobresaliente

PAPEL Y TINTA

"Anecdotario completo de Beethoven", por Luis Bertrán. — Agencia General de Librería y Publicaciones. — 1927.

Luis Bertrán, escritor documentadísimo y traductor de Bernard Shaw y Maeterlinck, acaba de publicar en Buenos Aires una obra, cuya seriedad y cuya trascendencia nos mueven al respeto.

Apasionado admirador de Beethoven, se ha dedicado durante años enteros a la búsqueda de anécdotas sobre el grande hombre, y fruto de su paciente labor es este volumen de más de cuatrocientas páginas, escrito con la soltura y la elegancia de quien sabe decir las cosas bellamente.

Bertrán no ha querido informarse al azar, y sólo toma los hechos verídicos consignados por Wilder, Chantavoine, Prod'homme, Vincent de Nidy, Ries y Weleger en sus estudios sobre Beethoven. Esta circunstancia, y los capítulos dedicados a la vida del músico, al inventario de sus bienes, y al calendario, donde se anotan los principales hechos de su existencia, dan a la obra un valor histórico y de divulgación muy encomiables.

Si la historia nos muestra el camino, no siempre plácido y feliz, de los grandes genios, la anécdota los humanizan más, y al presentarlos a nuestra vista en el desarreglo de su intimidad, los acerca más a nuestro corazón. Por eso, en las páginas cariñosas de este libro, las ocurrencias, los dolores, los decaimientos y los triunfos del sordo magnífico fijan su personalidad con una precisión inolvidable.

Interesantísimo, ágil, lleno de hallazgos felices, este libro habrá de ser gustado con delectación por los devotos del maestro y por todos aquellos que se solacen con la buena lectura.

"El Contrato Social", de J. Rousseau.

Pocos libros como el presente han influído de una manera tan decisiva en la marcha de la humanidad. Colaborador Rousseau de la "Enciclopedia" con d'Alambert y Diderot, no sólo dejaron su ideas huellas en aquel libro inmortal, sino que, aun en nuestros días, son fuente de inspiración para los pensadores y los políticos avanzados.

El Contrato Social, dice uno de los biógrafos de Rousseau, tuvo un éxito grandioso y sirvió de base a la Revolución Francesa. La causa de este éxito no está sólo en la osadía de sus ideas, sino también en la perfección de la forma, en el tono profético, en la habilidad de su raciocinio y en la violencia de sus ataques.

Esta obra célebre, ha sido, en la edición que tenemos a la vista, hecha por la Casa Maucci, de Barcelona, con todo el esmero que merece, y lleva al frente un prólogo biográfico escrito por José Brissa, y el retrato de Rousseau, elegido entre los 62 que se conocen del famoso pensador.

"Las Mal Calladas", por Benito Lynch. — Editorial Babel. — 1927.

El autor de la hermosa novela, "El inglés de los güesos", acaba de publicar la segunda edición de "Las Mal Calladas". Su autor, Benito Lynch, es ya un maestro en el difícil arte de novelas; por eso, cada libro suyo, constituye un ascendente éxito literario, tanto allende el océano como en nuestro mundo intelectual.

Publicar la segunda edición de una novela — en tan breve tiempo de su primera aparición — sería desde ya, un éxito, si no abonara a su favor las innegables cualidades que atesora "Las Mal Calladas", de Benito Lynch. Y, decir esto de una producción literaria, es hacer su mayor elogio.

Con esta novela, el señor Lynch, se aparta por primera vez de su tema favorito: el campo. En esta ocasión, sus personajes actúan en la Capital Federal, en el pintoresco barrio de Flores.

El argumento de "Las Mal Calladas" es sencillísimo, como reducido son el número de sus protagonistas. A lo sumo asciende a cuatro, de los que cobran mayor relieve en la trama de esta novela. Ellos son: Diego y Marcelo Rixdale, el doctor Rioja y Eugenia Py, viuda de Santángelo.

Sin embargo, por la manera en que se desenvuelven sus personajes; por la psicología que infunde a cada uno de ellos y el ambiente que describe, y los diálogos y las incidencias a que dan lugar cada escena, el lector va viviendo con el novelista momentos felices o nerviosos, según sean las modalidades y características que distinguen a sus actores.

Lo que más interesa, es el dominio del diálogo, es la pintura de los caracteres, es la conexión que existe entre uno y otro ambiente estudiado. Al analizar la manera de sentir de cada alma, no se detiene en la superficie de su sentimiento, sino que ahonda con sensibilidad y ternura hasta tocar el corazón. Es por eso que sus personajes son reales, viven y accionan como de carne y hueso.

José Mauricio PEIXOTO.

"La hora intensa", de Marcos Arredondo.

No será un libro más, sino un libro espiritual, hondo y bello, le dije a Marcos F. Arredondo, el día que estampó su firma elegante en uno de los originales dando así por terminado los manuscritos del libro que lo reintegra a las letras. Sonrió moviendo negativamente la cabeza, exteriorizando su modestia ingénita.

Cuentos de colorido maestro en que el escritor, con estilo claro, arrebata, sugestiona y conmueve. Con un lenguaje rotundo traduce espíritus, delinea pasiones, instintos, anhelos y entusiasmos, descubriendo miserias y vicios, exaltando sentimientos y emociones hermosas y puras. En una caravana policrómica desfilan los seres más diversos. Desde el burgués al circense, la mujer pecadora y el mercader, el falsario y el alienado.

Tiene algunos que reflejan cuadros de una profunda emotividad. Emplea la síntesis en forma acabada que es admirable por su perfección. Son verdaderas filigramas literarias. Pausas sugestivas, reticencias intencionadas de una elocuencia radiante.

Marcos F. Arredondo, periodista y escritor de costumbres, que describe con agilidad y esbeltez de cóndor las sensaciones más diversas de diferentes ambientes y costumbres sociales, mostrando su agudeza de observador exquisito, retorna con LA HORA INTENSA después de una ausencia de los campos literarios, ofreciendo en ese tomo un collar de piedras relucientes y valiosas como diamantes tallados en facetas, con su pluma que equivale al cincel, la espátula y la paleta, dado su poder de combinación.

DORA LA AVENTURA, novela central, del libro, es la médula y el alma de obra tan recomendable para los que gustan de los inefables placeres intelectuales.

Roque CEPEDA VERON.

Dos novelas de Carolina Invernizio.

Dos obras nuevas de la popular escritoria italiana en estos tiempos, son un hallazgo. Nosotros creíamos que, después de las innumerables novelas publicadas y leídas ávidamente durante tantos años, no quedaba nada nuevo de Carolina Invernizio; pero estas dos novelas que llegan ahora a nuestras manos, nos sacan de nuestro error. No sólo éstas, sino ocho o diez más, verán la luz inmediatamente, publicadas, como todas ellas, por la Editorial Maucci, de Barcelona.

Los títulos de estas dos nuevas novelas, son: BESO IDEAL, y PECADORA MODERNA, y ambas están traducidas esmeradamente, por José Campo-Moreno, veterano escritor, de ilustre abolengo.

No es necesario recordar el modo de escribir de la Invernizio: todo acción, movimiento, interés, "novela", que es el secreto de todo libro de esta clase, para que adquiera suma difusión y sea leído en todos los países. Estas dos obras, que forman parte de la última producción de la autora, acentúan, si cabe, el especial tino con que sostiene la atención del lector hasta la última página del libro.






TEATROS

EN EL AVENIDA DEBUTO CON EXITO LA COMPAÑIA DE VALERO

Fué en realidad interesante la presentación en la sala del Avenida del conjunto organizado por el actor Diego Valero, que se propone explotar una suerte de género divertido, menos que picaresco y un poco más que cómico. Si puede juzgarse por la impresión del público en la noche del debut, este intento veraniego podría prolongarse bastante tiempo, ya que parece evidente que las obras que se escogen son entretenidas y agradables.

La compañía ofreció dos estrenos: "Los ojos con que me miras" y "El regalo de bodas". La primera es original de Antonio Paso, Ricardo González del Toro y lleva números musicales del maestro Pablo Luna. Clasificada como humorada lírica, refiérese el argumento a las aventuras de cierto galán cuyos ojos hechizan a las mujeres, las cuales, como puede imaginar el lector, sufren las consecuencias de las miradas del afortunado galán. La cantidad de peripecias cómicas que se suscitan ha sido bien prevista por los autores, quienes han creado situaciones apropiadas para incluir números de música y bailables, que el maestro Luna ha escrito con fácil inspiración, sobresaliendo un bonito minué.

"El regalo de bodas", que suscribe Fernando Luque como libretista, y los maestros Sontullo y Vert, es una opereta bufa, más bien una caricatura de zarzuela, que provoca abundantes risas. Con la pupila enfocada en el rey del "astrakan", el autor de la letra ha ideado, mejor dicho, ha recordado una fábula vieja, aderezándola a su modo. Presenta a un noble en trance de hacer su regalo de bodas a la princesa que desposará. En vez de dar con el brujo que le proporcionará la maravilla que desea, encuentra a un trovador, a quien confunde con aquél. El juglar, obligado a atender al caballero, le brinda un cofre vacío, con el que verán sin embargo un vestido aquellos que sean puros de conciencia. Como nadie quiere dejar de aparentar limpieza de alma, todos pretenden ver el famoso vestido. Luego, el asunto se complica con los amores del trovador con la princesa, terminando la pieza agradablemente, después de oírse abundantes chistes de toda laya y juegos de palabras a cada rato. Interesantes los pasajes musicales, y la interpretación bastante discreta por parte de las tiples Soledad León, Rosario Agueda y la Manrique. El elemento masculino, deficiente.

TERMINARON EN EL APOLO

Antes de lo que se esperaba, hicieron mutis los hermanos Podestá que venían representando en el escenario del Apolo, las archiconocidas obras camperas, "La piedra de escándalo" y "La chacra de don Lorenzo", de Coronado.

Su majestad el Calor, el mayor enemigo del teatro, se ha negado a prolongar por más tiempo la tradicional temporada veraniega de los Podestá. Está visto que la estación no respeta ya ni las más populares tradiciones.

MANDAMIENTOS REVISTERILES

En el Porteño, donde la última revista "La sorpresa del año" ha sorprendido gratamente al público, saben que en verano las sorpresas están a la orden del día, y en consecuencia buscan poner se a cubierto de toda sorpresa desenturada, preparando la nueva producción que desplazará a aquella, tan pronto como la taquilla lo mande. Se titula "Los mandamientos modernos" y serán responsables de las consecuencias los Sres. Le Pera y Cairo.

EL HOMENAJE A MUIÑO

Alcanzó el éxito previsto, la velada extraordinaria efectuada en el Buenos Aires, con motivo de celebrarse las bodas de plata del actor Enrique Muiño con la escena nacional. Organizada por las instituciones de autores y actores criollos, hicieron uso de la palabra, elogiando al popular artista, los Sres. Vicente G. Retta, González Castillo y Alberto Vacarezza, cada uno de los cuales destacó la actuación de Muiño en el género chico nacional, historiando sus éxitos. El beneficiado, con viva emoción contestó agradeciendo el homenaje y recibió de parte del público una sentida demostración de simpatía y estima.

CINE EN EL NUEVO

Los programas de esta sala, provisoriamente consagrada al cinematógrafo, vienen anunciando unos títulos que se las traen; "El instante del pecado" y "La ciencia y la mujer (15 operaciones de parto)". Nos parece que son demasiado operaciones por día y que han llegado la hora de cambiar el nombre de la casa, trocando la palabra teatro por hospital...

"EL BURLADOR DE SEVILLA" EN LA COMEDIA

El conocido poeta español, Francisco Villaespesa, ha sentido la tentación de tomar como sujeto teatral al tenorio de Tirso de Molina, Zorrilla y otros autores, para escribir un poema en tres actos que acaba de poner en escena su compañía, en la Comedia. En rigor de verdad no es una nueva versión del famoso personaje lo que nos presenta Villaespesa, ni tenemos motivo para creer que a través de un meditado estudio de la psicología de Don Juan, Villaespesa trate de rectificar sino la fisonomía moral del tipo, algunos de sus rasgos. Nada de estos nos ofrece este poema. Apenas puede pensarse que esta producción se limita a revelar una nueva aventura donjuanesca. El burlador, aquí, se propone conquistar dos novicias de un convento. Con la complicidad de una celestina se roba una, es sorprendido por el celoso jardinero del convento, quien dispara su ballesta sobre los fugitivos, hiriendo de muerte a la novicia. Riñen el jardinero y el conquistador, que mata al primero y va en pos de la otra novicia, mientras en el convento todas las recluídas se hacen cruces y caen en un ruego para salvar a los pecadores.

Villaespesa es un poeta sonoro, que maneja el verso con destreza. No sube muy alto en su vuelo lírico, pero tiene aciertos parciales dignos de mentarse. Ha desarrollado su poema haciendo gala de romanticismo en todo momento e inflando de ardiente fantasía las escenas de amor. Su verso se escucha con placer, aunque no siempre nos resulte notable en su fuerza lírica, y fluidez, a lo largo de las tres jornadas del poema, en los que ha usado diversos metros.

El público aplaudió la obra con entusiasmo y gustaron en la interpretación las actrices Sras. Trescols y Pucedo.

NACIONAL

La sala de Carca es la que sube menos penosamente la cuesta de enero. Siempre y en toda época del año, hay público para el Nacional. La gente penetra en él sin preocuparse del cartel ni del día. Por eso la catedral del genero chico desafía triunfalmente, como los grandes aviadores, las mayores tormentas del tiempo...

VERANO EN EL SARMIENTO

No podía terminar el 1927 sin que el Sarmiento confirmara su prestigio de sala bataclánica. Lo que no consiguieron los autores del centro, lográronlo dos plumíferos de Flores, Guillermo A. Cayol y Bertelli García, intrépidos muchachos que se salían de la vaina por debutar en el asfalto luego de haber cometido más de un sainete en el barrio de las chicas bonitas y obtenido fortuna allá por el Pueyrredón.

Cayol y su compañero se han iniciado bien como organizadores de temporada y si la suerte y el público los favorece, no está lejana la hora en que los flamantes admiradores del desnudo bataclánico, se incorporen a la falanje de revisteros que pueblan los cafés de la calle Corrientes.

"Atención al campanazo" y "La revista de año nuevo", las dos revistas con que debutó el elenco, pertenecen a Cayol y Bertelli García y si bien ninguna de las dos representan fenómenos en el género, acreditan que sus autores conocen el arte ligero de construir cuadros y escribir "sketchs", para dar lucimiento a las figuras principales del elenco. Este cuenta con elementos conocidos como las "vedettes" Lucy Clory y la Velázquez, dos chicas que en materia bataclánica han sabido lucirse muchas veces y lucir los encantos de su arquitectura física. Picardía y alegría picaresca ponen esas dos artistas en sus canciones y ambas se desempeñan agradablemente, gustando al público cada vez que asoman al escenario. El actor Morales, los elementos danzarines de la compañía y el cuerpo de las segundas tiples secundaron eficazmente la labor de aquéllas, dando el conjunto en general una impresión de disciplina no muy común en las temporadas veraniegas.

En suma, el verano se ha iniciado simpáticamente en el Sarmiento y es de desear que las veleidades de la cubeta mercurial no arroje a otras playas este discreto elenco.

LOS PIBES DE LA PAGANO

Continúa ofreciendo periódicamente sus "matinées" la compañía infantil de la Pagano, en el Smart, interpretando "Perico, rey de Purgaria", la feerie que comentamos en nuestro número anterior.

"LEGUISAMO SOLO"

En el Cómico

El famoso jockey Ireneo Leguisamo, que según los carreristas es el látigo más notable que se ha conocido en nuestros hipódromos, va en camino de inmortalizar su apelativo, pues ocurre con él como con los grandes artistas: su nombre sirve de reclame para cualquier cosa. Los milongueros inventaron el tango "Leguisamo solo"; ahora le ha puesto idéntico título a una revista el autor Alberto Ballestero y no pasará mucho sin que tengamos que pedir cigarrillos, helados, calcetines y morcillas marca "Leguisamo". Nos parece muy bien que se perpetúe la memoria de los jockeys ilustres y desde ahora aseguramos que si algún día nos toca la desventura de ser concejal, proyectaremos dar la denominación de Leguisamo a la calle Florida...

Volviendo a la nueva revista estrenada en el Cómico, cabe decir que es una sucesión de cuadros sintéticos, agradables todos, bien que poco originales. El público los escuchó con atención, celebró algunos con brío y sancionó una buena acogida en general.

PARC

Se han contado por llenos las funciones efectuadas en este bello cine de Palermo en la primera semana de 1928 y es de suponer que se repetirán en la semana entrante, dado el interés de los programas que se anuncian y que tanto éxito vienen obteniendo.

GRAND SPLENDID

El intervalo otoñal que nos ofreció el tiempo en los últimos días de 1927 y los primeros del que se ha iniciado, determinó una notable afluencia de público en la regia sala de la calle Santa Fe que administra con acierto el conocido cinematografista Sr. Carmelo Carbone.

Brindará en la semana que se inicia este cine bellas producciones del arte silencioso que atraerán numerosas familias a las funciones.

CAPITOL

Este bonito salón ha empezado el año con discreta fortuna, habiéndose observado que sus funciones se van poblando de público cada vez más. La empresa ofrecerá en estos días un atrayente cartel, constituído por buenas cintas de acreditadas marcas, que es la norma invariable que sigue.

GLORIA

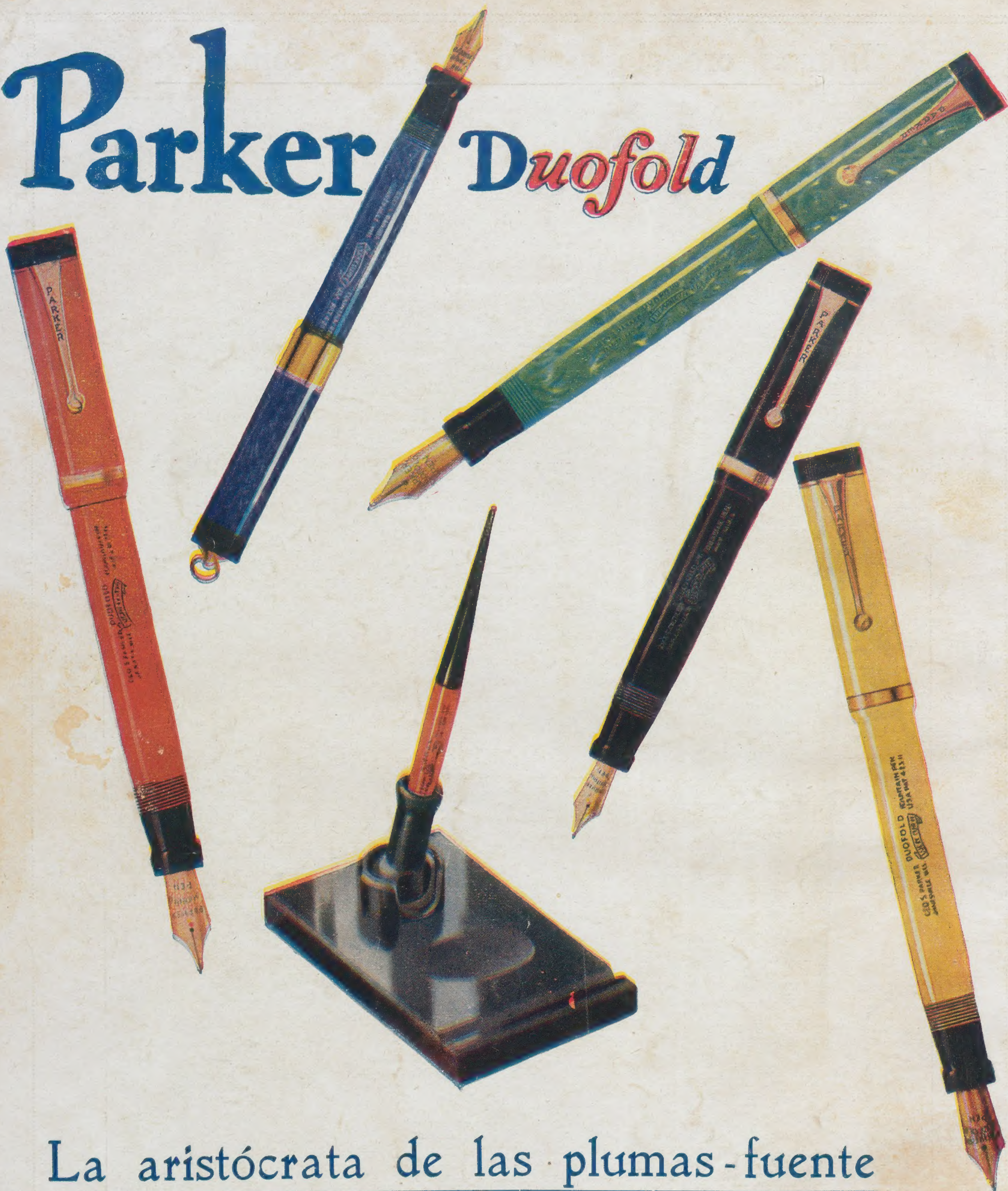
Las funciones de navidad y fin de año se singularizaron por la gran cantidad de público asistente. Bien es cierto que el programa de esas veladas se había formulado consultando el deseo de expansión de la gente que celebra las tradicionales fiestas con particular regocijo.

En la semana que va a comenzar se brindarán notables "films" que llamarán la atención.

Ultimas creaciones de la moda femenina



MODELOS CIBER. —1. Traje para baile confeccionado en crespón Georgette rojo grosella, guarnecido con nervaduras y volantes de pétalos sobrepuestos. Ancha cintura de crespón rojo anudado al costado. Igual disposición por detrás. — 2. Traje para baile, en crespón Georgette color negro y encajo de seda negra. En el hombro gran flor de adormidera hecha con muselina y raso rojo. — 3. Traje para baile, confeccionado en crespón Georgette color rosa. Falda con volantes orlados con calados. El cuerpo va adornado con bordado dispuesto para formar dientes redondeados y sobrepuestos.



La aristócrata de las plumas-fuente

UNICOS DISTRIBUIDORES:

THE RIVER PLATE SUPPLY Co.

769 - Moreno - 775 38 - Mayo - 2815 Buenos Aires

Agente Exclusivo en el Uruguay: Pablo Ferrando. Sarandí 675. Montevideo.

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. Perú 1746.